



SG

6364

B.P. de Soria



61086760
D-2 13564

2
13564



LOS ESPAÑOLES
EN LA
REVOLUCIÓN FRANCESA



A. 2802

l^o
MIGUEL S. OLIVER

LOS ESPAÑOLES

EN LA

REVOLUCIÓN FRANCESA

PRIMERA SERIE

UN VIAJE Á FRANCIA EN 1792.—LA POESÍA
ESPAÑOLA Y LA REVOLUCIÓN.—PERIODISMO
DE ANTAÑO: EL 9 TERMIDOR Y TERESA CABA-
RRÚS.—UN GRANDE DE ESPAÑA TERRORISTA.



RENACIMIENTO

Madrid.

Buenos Aires.

San Marcos, 42.

Libertad, 170.

1914

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

UN VIAJE Á FRANCIA EN 1792

UN VIAJE A FRANCIA EN 1792

No existe pueblo alguno en Europa que no haya contribuido largamente á la literatura alimentada por la Revolución; que no haya registrado las proezas y andanzas de sus hijos cuando, por azar ó por entusiasmo irresistible, intervinieron en aquellos episodios, y no haya agotado sus archivos particulares y públicos, exhumando cartas, notas y recuerdos de testigos presenciales; que, en el sentido de la historia pragmática ó de la historia íntima, en el aspecto de los hechos, de las costumbres ó del espíritu social, no haya investigado y desenvuelto, en suma, los mil y mil dramas particulares en que se descompone aquella gran tragedia y que subyugarán eternamente, con invencible poder de fascinación, la curiosidad apasionada de los hombres.

Tan sólo España parece haberse sustraído á esa curiosidad universal, mirando con desvío un tema apurado en casi todas las naciones y poco menos que intacto en la nuestra, no obstante los adeptos

militantes que proporcionó en el mismo París á la Gironda y á la Montaña; no obstante haber sido nuestra tierra refugio principal de aristócratas emigrados y sacerdotes expulsos, que la convirtieron en foco de perennes conspiraciones realistas, y haber trocado en una hora, después de la guerra del Rosellón, nuestro papel de paladines de la vieja Francia por el papel opuesto de únicos aliados de la República y de instrumentos sumisos del Directorio. Así, Burke y los demás flageladores de la Revolución en Inglaterra pudieron apellidar á España *el feudo del Regicidio*, como nos habían infamado la víspera, á título de *la Coblenza del Sur*, los libelistas y voceros de la demagogia francesa. Ni este cúmulo de relaciones privadas y públicas, ni la continua y larga repercusión de aquel movimiento en los destinos de nuestro país, ni el supremo interés de la catástrofe en sí misma, han conseguido avivar el celo de los investigadores nacionales para que contribuyeran á la producción histórica que tantas obras maestras ofrece más allá de los Pirineos.

Tal vez, en el cuadro que presento ahora al lector sea posible entrever y fijar la extraña posición de espíritu largo tiempo guardada por los españoles en cuanto á los *sucesos* de la Revolución francesa, con todo y tratarse á menudo de liberales, de volterrianos y de afrancesados. En la reconstitución del viaje que es objeto del presente estudio, y que he debido intentar sobre rastros muy débiles y efímeros, observaremos á un ilustre literato español, encarnación de toda su época, puesto frente á frente

del volcán revolucionario, bordeando entre curioso y arrepentido sus laderas, asomándose un momento á su cráter y volviendo para siempre los ojos y la espalda, y aún la memoria, al espectáculo grandioso y horrible, como si quisiera relegarlo á perpetuo olvido; ni más ni menos que su nación debía sofocar y esconder después casi todos los testimonios directos y vívidos que pudiesen evocarle algún día.

I

El domingo 6 de Mayo de 1792, poco antes de media noche, el parador de la diligencia de Bayona en Madrid presentaba la peculiar animación de los días de salida. El enorme vehículo obstruía la calle. Mundos, fardos y maletines iban encastillándose sobre el imperial y el pintoresco farolón del testero proyectaba su cono de luz sobre los mozos soñolientos, que sacaban los tiros de la cuadra, engachaban el ganado y repasaban los atalajes y colleras, de vez en cuando sacudidas, con estruendo musical, en la quietud de la noche.

Poco á poco, los pasajeros pusieron pie en el estribo, hundiéndose en la oscuridad de la gran balumba. Otros ocuparon sus asientos de berlina. El postillón había montado ya; el mayoral daba el último vistazo á los preparativos, recibía los últimos pliegos, contestaba maquinalmente á las últimas re-

comendaciones, y todavía un grupo bastante compacto se aglomeraba junto á la portezuela, despidiendo con las más expresivas demostraciones de deferencia á un personaje de toda distinción, que distribuía apretones de mano y revelaba las agri-dulces y contradictorias emociones de quien deja patria, familia y amigos para correr mundo. Pudo hurtarse, por último, á los brazos que lo retenían y afirmó su gorra ó cachucha de viaje, ocupando en la diligencia el puesto reservado anticipadamente. Resonó la voz del mayoral; restalló el látigo, trazando una rúbrica en las tinieblas; la balumba rodó, con ruido de caja armónica, por el centro del arroyo, y el grupo quedó junto al parador, gritando: «¡Adiós, buen viaje!», hasta que se dispersaron, como un cuadro fundente, perdiéndose en las extraviadas callejas, los cuatro ó cinco eclesiásticos y abates, con algún covachuelista y guardia de corps, que acababan de despedir al pasajero.

Media ahora después, atravesado el puente, abandonados á su quietud los barrios extremos de la villa, en plena oscuridad del campo y de la noche, nuestro viajero arregló en las perchas ó debajo del asiento sus paquetitos y bártulos de mano, tomando las precauciones y postura definitivas del hombre que se decide á invertir el resto de la noche durmiendo, ó con la menor incomodidad posible, ante la perspectiva de seis días á pasar en ajeteo continuado. Sin duda, cerraría los ojos para atraer un sueño rehacio á presentarse. Pero cuando se deja la corte de las Españas en el momento más bri-

llante de una victoriosa juventud; cuando se acaba de gozar un triunfo de aquellos que forman época en los anales de su patria, y, más allá de los Pirineos, sonríe la esperanza de cuatro ó cinco años de embeleso ante todas las maravillas de la civilización; cuando el pasajero taciturno, incrustado en un ángulo del carricoche, se llama MORATÍN, entonces no es difícil adivinar que esperaría en vano las caricias insulsas de la ninfa del sueño.

D. Leandro Fernández de Moratín tenía entonces treinta y dos años, como habiendo venido al mundo en 1760. Reunía todas las gracias del espíritu: ingenio, donaire, picante ironía, vasta lectura, gusto limitado por la estrechez de horizonte propia de su época, pero solidísimo y seguro dentro de esta restricción. Era el ejemplo cabal de lo que se llama un temperamento literario. Cierta musa, inseparable de él, comunicábale sin tregua el hechizo indefinible y misterioso de la amenidad. Y hubiera añadido á tales dones los de una figura atractiva y un rostro agraciado, si las viruelas que padeció en la niñez no hubiesen venido á desfigurarle en gran parte con aquella terrible marca de su siglo que no perdonaba á pastoras ni á duquesas.

En la fecha de que hablo, y después de la temprana distinción obtenida en un certamen de la Academia Española (1779) por su canto épico *La toma de Granada*, Moratín había escrito no pocos de sus mejores versos; había estrenado, después de inauditos apuros y contratiempos, *El viejo y la niña* (1790), poniéndose á la cabeza del

bando reformador del teatro castellano, en que tanto figuró su padre antes que él; había publicado *La derrota de los pedantes*, metiéndose con ardor en la polémica literaria, que venía llenando el siglo XVIII, como suele llenar todas las decadencias y períodos de corrupción, y acababa de estrenar, cosa de tres meses antes, ó sea por Febrero de 1792, la más deliciosa, si no la más perfecta, de sus obras teatrales: *La comedia nueva ó el café*, cuya primera representación le deparó un triunfo insólito, por lo mismo que venía después de una tremenda conjura y de una gran batalla.

¿Cuál era el motivo de la peregrinación que emprendía en aquel instante? La vida de Moratín el hijo ha sido contada tantas veces, que había de resultar imperdonable redundancia ofrecer de ella una centésima refundición en este relato, no obstante lo cual, será preciso acudir á las más indispensables referencias. Si hemos de dar fe á sus biógrafos más señalados, y en especial á su amigo y confidente D. Manuel Silvela, afrancesado como él, y en cuyos brazos había de morir cosa de treinta y seis años más tarde, compartiendo la misma expatriación; si hemos de creer á estos testimonios, Moratín se alejaba de la corte por miedo á la Fortuna. Temía ser capturado, como un pobre satélite, por los beneficios de Godoy, cuyo gran valimiento con la reina María Luisa empezaba á escandalizar á Europa. En menos de tres años, el modesto guardia de corps había ascendido á coronel, á brigadier de ejército, á teniente general, á grande de España. Aún antes de

intervenir directa y oficialmente en la gobernación del país, su buena estrella había deslumbrado ya á los ambiciosos, á los necesitados y á los pedigüeños. Tenía su corte; veía llenas de postulantes y palacios sus antecámaras; distribuía mercedes, gracias y sinecuras.

El impecable estilista madrileño había participado de las primeras distribuciones de esa privanza. Un compañero de armas del valido, el guardia de corps D. Francisco Bernabeu, hombre de ilustración, honrado, discreto y gran amigo de los literatos, se prendó de las cualidades de Moratín y del polígrafo D. Juan Pablo Forner, y quiso presentarlos á D. Luis Godoy, hermano del omnipotente favorito. Conociólos éste, y les halagó y protegió desde el primer día como deseoso de formarse un partido, rodearse de personas inteligentes en previsión de los graves empeños á que parecía llamarle el destino y hacerse perdonar, con el acierto de sus preferencias y liberalidades, lo impuro y odioso de su origen. Forner fué nombrado fiscal de la Audiencia de Sevilla y á Moratín se le confirió un beneficio en la iglesia parroquial de Montoro, unido á una pensión de 500 ducados sobre la mitra de Oviedo. Sí; ¡Moratín fué *abate*, aunque sus biógrafos y panegiristas hayan escamoteado cuidadosamente esta palabra depresiva! Fué *abate* como su amigo Melón, como Pellicer, como el botánico Cavanilles, como Marchena, como Muriel, como el mismo Cladera, ¡inmortalizado bajo la figura de *D. Hermógenes*. Aceptó, ya en tiempo del ministerio Florida Blanca,

una prestamera de 300 ducados en la archidiócesis de Burgos, pretexto para no morir de hambre. Con este motivo, ordenóse de prima tonsura (Octubre de 1789) para ser algo en la tierra, *si el ser abate es ser algo*, como él mismo hubo de decir en el romance postulatorio que dirigió al insigne y astuto golilla murciano (1). Y para mayor incongruencia, siguió simultaneando con este carácter religioso el ejercicio de una profesión manual, semihereditaria en la familia, desde su abuelo, el guardajoyas de Isabel Farnesio, hasta su tío D. Miguel, junto con el cual trabajaba en la platería de la calle de las Veneras el futuro autor de *El sí de las niñas*. De la misma suerte, Lope de Rueda había sido batihoja y el relojero Caron acababa de convertirse en Beaumarchais.

Pues bien: el dulce *Inarco* se sustraía á la fortuna, poniendo por obra el viejo aforismo estoico según el cual el valor está en la huída. Huía á la peligrosa amistad de un omnipotente, que no tardaría en aprovecharse de sus luces y encadenarlo á sus destinos, para arrastrarle después en una caída más ó menos remota, pero fatal é inevitable. A sí propio parecen aplicables estas palabras, que escribió en la vida de su progenitor: «Incapaz de malograr el tiempo en las antesalas, de recomendarse al lacayo confidente, ni de acariciar á los falderitos de la señora; »poco á propósito para trinchar en sus mesas y ani-

(1) *Obras de D. Nicolás y de D. Leandro Fernández de Moratín*, tomo segundo de la Biblioteca Rivadeneyra, pág. 600.

»marlas con chistes y cuentecillos alegres, demasiao austero para sufrir caprichos y aplaudir desórdenes, inútil en las contradanzas, ignorantísimo y »torpe en el manejo de los naipes, mal podía hallar »con facilidad los caminos que conducen á la fortuna». Sensible, por otra parte, á los beneficios recibidos; débil de condición é incapaz de caer en las vilezas de la ingratitud, reconocíase sin fuerzas para resistir al cerco que el flamante duque de Alcudia ponía á su flaca voluntad. Una cosa era dedicarle versos galantes y finezas poéticas nada comprometedoras, con las cuales pagaba inocentemente los favores obtenidos, y otra muy distinta desviar su vocación y sacrificar su persona á la temeridad de una empresa política cuyo desastroso término adivinaba con segura intuición. Moratín, como tantos otros de sus contemporáneos, entonó alabanzas al futuro príncipe de la Paz, que descollaba entonces como el primero entre los Mecenas, en una época en que el arte todo vivía de este arrimo y no había conquistado ni una sombra de independencia material. Aun así, sus composiciones de este género son, sin duda, las más discretas en su línea, limitándose á lisonjear la florida juventud y los anhelos de ilustración y cultura de que hacía gala el afortunado extremeño, según es de ver en la IV, V y VI de las epístolas, esta última en *fabla* antigua:

*A vos el apuesto cumplido garzón,
asmándovos grato la péñola mía
vos faz omildosa la su cortesía
con metros polidos vulgares en són...*

Buscó, pues, un pretexto decoroso, invocó su necesidad de instruirse y viajar en preparación de sus proyectos literarios, y obtenida la venia de Godoy, que la concedió, acompañada de una ayuda de costas de 30.000 reales, dedicóse Moratín, gratuitamente ilusionado, á los sabrosos preparativos de la partida. Consignó las pensiones de sus beneficios eclesiásticos en casa de los banqueros Joyes para atender al reembolso de las letras y cartas de crédito que tomó; dejó en poder de un tal D. Bernardino títulos y acciones para suplir los descubiertos en caso de necesidad; completó su ajuar, hizo sus visitas de despedida á Godoy, al conde de Aranda, entonces primer ministro, á Llaguno, á todos sus protectores y á los antiguos compañeros de obrador; comprometió el pasaje con impaciente anticipación, y amaneció, por último, el día de la marcha, hallándole excitado é insomne, como cumplía á tan memorable fecha.

Moratín había resuelto empezar su viaje por Francia, y, como primera etapa del mismo, se dirigía á Bayona. Mientras el pesado armatoste atravesaba la solemne desnudez de los campos manchegos animados por la luna inmortal del Toboso, por la sombra fantástica de los molinos y el ilusorio rumor de los batanes, la imaginación del viajero había de sentirse oscilar entre dos opuestos incentivos, entre dos mundos de ideas, entre dos polos de la emoción. Detrás de sí, á la espalda, iba dejando la corte de las Españas con todos sus recuerdos de una tranquila niñez, con todos sus afectos familiares, con to-

das sus esperanzas literarias y los halagos de una reputación creciente y sólida. Allá quedaban los gustosos paseos por el Prado, la celda del l'. Estala y el grato platicar sobre toda suerte de humanidades. Allá, las frecuentes lecturas, las chanzas y los donaires á costa del tropel de grafomanos y versistas que fueron el regocijo de su tiempo: Comella, Cernadas, «el pestilente Nifo, el pálido Higuera, Concha, Zabala y demás garulla de insensatos», y toda «la turbamulta de los chorizos, de los pedantes, de los críticos de esquina y los autocillos famélicos y sus partidarios» (1). Allá también las deliciosas disertaciones de Pedancios y Ermeguncios, en el *Correo* ó en cualquier otra gaceta, á propósito de *El viejo y la niña*, reprendiendo á Moratín por haber dado en la *protasis* una idea demasiado clara, que atropella y resta interés á la *epitasis*, por haber escogido la fábula *simple* de Aristóteles en vez de la *implexa*, sin disputa más rica con el aliciente que dan á su desarrollo la *agnición*, la *peripecia* y otros mil variados y peregrinos recursos (2). Allá quedaba, en fin, aquella placidez de una vida casi provincial, que tan intensamente evocan las rápidas pero sugestivas anotaciones de su *Diario*: día tantos, «á casa de mi tío Victorio»; «al anochecer, á la

(1) Carta de Moratín á Forner, *Epistolario español*, tomo II (volumen 62 de la Bibl. Rivadeneyra), pág. 216.

(2) *Correo* del 30 de Junio y 7 de Julio de 1790, citados por Cotarelo en *Iriarte y su época*, Madrid, 1897, págs. 392 y 393. El parlamento de D. Hermógenes, en la escena IV del acto primero de *El café*, aparece, en efecto, calcado sobre esas extravagancias.

Frontana; refresco, seis cuartos». Día cuantos: al Sermón de los Basilio, á la bóveda de San Ginés, á comer buñuelos con los del obrador, á casa de la tía Anita, á ver á los ahorcados, al claustro de la Soledad. Y, más lejos: á correr las estaciones, á la fonda de los Milanese, á una comedia casera (1).

¡Qué contraste el de esa quietud doméstica y clerical de nuestra Corte en las postrimerías del siglo XVIII, con el mar fragoroso de la Revolución que se había desencadenado en Francia, y en el cual, por ventura sin noción exacta de su violencia y furor, corría á engolfarse nuestro ilusionado viajero! He aquí lo que pensaba y escribía el 25 de Abril de 1792, en carta á Forner, como dos semanas antes de su marcha: «Carísimo: Tengo ya pasaporte y recomendaciones del Rey para afufarlas á Francia á principios de Mayo, esto es, el 7 ú 8. Regularmente no te escribiré hasta *que me fije en Paris*: si quieres algo para allá, no dudes mandarme, y también si quieres que dé alguna carta tuya á Florián, puedes enviármela, pero debe ser á vuelta de correo. Mi viaje será largo, si alguna circunstancia inopinada no me hace volver fuera de tiempo. Creo que podré adelantar *allí* mucho, y si no me equivoco, ganará mi salud otro tanto *en aquella tierra fría y húmeda*; tus nervios y los míos no son para resistir esta Numidia... Siento no ver á Bernabeu antes de irme, y siento mucho más no poder

(1) *Obras póstumas de D. Leandro Fernández de Moratín*. Madrid, 1867-1868, tomo III, págs. 229 y siguientes.

»llevar un par de amigos hacia allá, siquiera hasta
»que pudiera remudarlos con otro par de franceses.
»Pero lo que importa es marchar, y pronto, porque
»el calor aprieta. Manda cuanto gustes. Vive alegre,
»y adiós» (1).

II

Como se ve por el contexto y especialmente por las expresiones que he subrayado adrede, el ánimo de Moratín era quedarse en París, cuando menos durante una larga temporada. Contaba adelantar en su ilustración y parecían sus designios los de dedicarse intensamente al estudio, sin desdeñar los demás atractivos de la capital famosa. El prurito de *correr cortes*, la vanidad de *haber escupido en Francia*, son proverbiales durante aquella centuria: apenas existe una biografía de prócer ó de hombre de letras que no registre entonces ese viaje obligado, y no era la primera vez que Moratín había puesto el pie en la suspirada é insigne Lutecia. Cosa de cinco años antes, en 1787, había visitado ya la vecina nación, si bien en condiciones menos favorables al poeta y al erudito. Por mediación de Jovellanos había pasado temporalmente al servicio de Cabarrús. Natural de Bayona este personaje, fué enviado por su padre á ejercer el comercio en Zaragoza, junto á

(1) *Epistolario español*, tomo II, pág. 217.

su corresponsal Gelabert. Se nacionalizó español, como es sabido; contrajo matrimonio con la hija de dicho comerciante ó banquero, Teresa Gelabert, de la cual se había enamorado, y establecido después en Madrid, dióse á conocer por su talento rentístico, siendo el fundador del Banco de San Carlos y creador de los *vales reales*, que abrieron tal vez el camino á los *asignados* de la Revolución francesa. Sus parciales y admiradores, con un poco de énfasis sin duda, le llamaron el Law español.

Así, pues, acompañando al ensalzado arbitrista, que era entonces uno de los hombres más importantes del reino, y sirviéndole como secretario, había ido Moratín á Francia en los comienzos de 1787 ó á últimos de 1786, puesto que su itinerario, en este punto, permanece sin precisar. Los biógrafos de Cabarrús, los de Moratín y algunos historiadores, insinúan que el primero, además de los objetivos bancarios ó económicos del viaje, tenía encomendada una misión secreta del Gobierno de Madrid cerca de Luis XVI y el Gabinete de Versalles, relativa á los signos precursores de la tormenta revolucionaria y á no sé qué planes ó consejos para desvanecerla.

Por ventura, y en la misma proporción que los negocios de Estado, influyeron los asuntos personales y de familia en el viaje de Cabarrús. Su hija Teresa Cabarrús y Galabert ó Gelabert, joven de precocísima hermosura y despejo, que había nacido en la quinta ó palacio de San Pedro, en Carabanchel de Arriba, el día 31 de Julio de 1773 y que

contaba entonces catorces años no bien cumplidos, se hallaba en la ciudad del Sena desde 1785, en compañía de sus dos hermanos varones, con objeto de completar su educación. Albergada en el hotel de M. de Boisgeloup, señor de la Mancelière, consejero del rey en el Parlamento de París y amigo íntimo del hacendista español, traía al retortero, con los hechizos de su desenvuelta y picante juventud, á una porción de moscones de toda edad, desde su propio tío materno, Gelabert, hasta Méréville de Laborde, hijo del marqués de Laborde, el príncipe de Listenay y el joven consejero de la sala tercera de dicho Parlamento, Juan Jacobo Devin de Fontenay, marqués de Fontenay (1), quien acabó por pedirla en matrimonio y por casarse con ella en Febrero de 1788, meses después de la excursión de Cabarrús y Moratín. Es lícito pensar, por lo tanto, que los preparativos de la boda y el ajuste de las capitulaciones correspondientes entrarían por mucho en el viaje y que el poeta español asistiría á los preludios de una novela tan extraordinaria é increíble como fué la vida de nuestra bella compatriota: aquella *Dona Thérèzia* de los escritores franceses (desorientados, entonces como ahora, en cuanto á transcripción correcta de nombres y apellidos) que debía señalar la declinación del Terror, adormecer

(1) Luis Sonolet, *Madame Tallien*, Paris, 1909, págs. 15 y siguientes. Véase también el completo libro de Turquan: *La citoyenne Tallien*, Paris, 1898, y como curiosidad literaria, más que rigurosamente histórica, el de Arsenio Houssaye, *Notre-Dame de Thermidor*.

en Burdeos los furores sanguinarios de Tallien, provocar desde un calabozo de la Petite Force la audacia de los termidorianos y cerrar personalmente, después de cinco años de horrores y de crímenes, el club de los Jacobinos, recogiendo sus llaves como un trofeo de victoria (1).

Sea de ello lo que quiera, resulta comprobado por diversas cartas de Moratín, que en Enero de 1787, él y su protector atravesaron, con un tiempo malísimo, la tierra aragonesa, y llegaron hasta Barcelona; por el Rosellón entraron en Francia, hallándose en Montpellier el 20 de Marzo. De Montpellier pasaron á Marsella, de aquí á Aviñón y de Aviñón á París, donde fecha ya su correspondencia el 29 de Abril, entregado á la embriaguez de la mil veces soñada capital. Hallóla en aquel momento bochornoso de calma aparente, de inconsciencia y de sopor que suele preceder á los grandes cataclismos: aquel momento de la inmensa metrópoli en que pareció reconcentrarse un instante y hacer ostentación de todos sus atractivos, galas, miserias y frivolidades, para que la pluma del futuro convencional Mercier, predecesor de los modernos «costumbristas», pudiese trazar en el inagotable y enciclopédico *Tableau de Paris* (1781-1789), la última imagen de una sociedad y de un régimen tal como

(1) Carta de la princesa de Caraman-Chimay al caballero de Pougens, fechada en Bruselas el 16 de Noviembre de 1824, y publicada por Houssaye: «*Ce fut aussi moi qui fis dans la rue Saint-Honoré, accompagnée de Freron et de Merlin de Thionville, enlever les clefs de la porte du club des Jacobins...*»

se acostaron en la vispera de su espantoso derrumbamiento. Desde el primer día, Moratín se lanza con avidez á la calle y se deja arrastrar por el torbellino de la vida parisiense. Sobre las cartas suyas que se han conservado, es posible rastrear no poco de sus correrías, de sus asombros, de sus *cicerones* y amistades, supliendo la sequedad con que los biógrafos de la antigua escuela pasan sobre este género de pormenores. Como ya mencionan, Silvela en la biografía antes citada y el anónimo que la escribió para el tomo de la colección Rivadeneyra, el autor de los *Orígenes del Teatro castellano* se instaló para su estancia en París en el *Hôtel de la Cour de France*, después, *Hôtel des Etrangers*, situado en la calle de las calles de entonces y «centro matemático del mundo»: en la *rue Vivienne*, por decirlo todo, que, con el Palais-Royal, constituía el cogollo y la flor de cuanto puede existir de más exquisito en la existencia humana, bastando á todas sus necesidades. Uno de tantos españoles del tiempo, aristócratas y galomanos que consumían su vida en París, el vascongado Eguía y Corral, durante treinta años consecutivos salió apenas una sola vez de las galerías de dicho Palais, en el cual hallaba todas las cosas indispensables al espíritu y á la materia, mas no las que para nada hacen falta, ó sean, al decir del terco volteriano, *iglesia y botica* (1).

(1) Anécdota recogida por el duque de Mandas en su obra *La separación de Guipúzcoa y la paz de Basilea*. Madrid, 1895.—Menéndez y Pelayo la menciona también en su admirable trabajo sobre el abate Marchena, *Estudios de crítica literaria*, tercera serie. Madrid, 1900, pág. 207, nota.

Alojado de esta suerte, atendiendo á los trabajos de la secretaría de Cabarrús que habían motivado este su primer viaje, Moratín se entregó, durante los días y horas libres, á la deliciosa fiebre de la exploración en bibliotecas, museos, archivos, teatros y academias, y se puso en contacto con la numerosa colonia española, así fija como flotante, que que bullía en torno de nuestra embajada (1). Era entonces embajador, aunque ya dimisionario y por pocos meses, el viejo Conde de Aranda, tan grato un día á los volterrianos, y á quien se le había dado por sucesor el Conde de Fernán-Núñez. Desempeñaba la secretaría principal D. Domingo de Iriarte, hermano del fabulista D. Tomás y futuro negociador de la paz de Basilea. Embajador y secretario atendieron con el mayor cariño á Moratín. En casa de Aranda encontró también á Iberti, conocimiento antiguo y uno de tantos italianos españolizados ó hispanófilos bajo la influencia de los Borbones de España en Parma y Nápoles, de la misma suerte que Benascone, Signorelli, Conti y otros fieles amigos del comediógrafo español. Iberti pudo proporcionarle una de las sorpresas más gratas de su vida: le presentó al anciano Goldoni, desterrado de Venecia, su patria, y viviendo en París, como es sabido, de la pensión que, á título de lector suyo, le concedió María Antonieta. Largamente departieron nuestro compatriota y el autor venerable de *La lo-*

(1) Morel-Fatio, *Études sur l'Espagne*, segunda serie. París, 1890, páginas 150 á 162.

candiera é *Il ventaglio*; y con lágrimas en los ojos describe aquél, en carta á D. Eugenio Llaguno, la emocionante entrevista, á pesar de su frialdad acostumbrada y de su resistencia á los transportes del entusiasmo, que le comunican cierto carácter muy parecido al de un moderno *snob*.

Para abreviar: Moratín aprovechó el tiempo cuanto pudo. Recorrió los sitios famosos, se extasió ante los monumentos insignes, admiró la perspectiva del Puente Nuevo, con la estatua de Enrique IV, y fué á engrosar el número de paletos, provincianos y vagabundos que diariamente acudían á contemplar la columnata del Louvre, entre los tenderetes y carretillas de los prenderos, que lo infestaban, á manera de Rastro madrileño, tendiendo de columna á columna su exposición de viejos calzones y harapos. «*Il y en a de toutes formes, de toutes couleurs et de toute vetusté exposées aux chastes regards du soleil et des jolies femmes, soit anglaises, soit italiennes, soit ESPAGNOLES, qui ne peuvent admirer le péristyle du Louvre, sans voir en meme temps ces échoppes si ridiculement ornées*» (1). Claro es que el teatro habia de atraerle en primer término, y á él dedicó casi todas sus veladas. Vió, entre las principales actrices, á la Contat y á la Raucourt, y saboreó el arte consumado de Molé, Fleury y Desessarts, de La Rive, Saint-Fal, Naudet y Vanhove. La escuela de los cómicos franceses le satisfizo por completo, sobre todo en la Comedia, que le pare-

(1) Mercier, *Tableau de Paris*, artículo «Plaza del Louvre».

ció de una perfección absoluta. En cambio, la Grande Opera hubo de dejarle una impresión muy distinta: «las decoraciones y las máquinas son admirables, el aparato magnífico, la orquesta de lo más exquisito en la ejecución instrumental, las voces excelentes, y el canto insufrible para todo el que no haya nacido francés» (1). Exceptuó, sin embargo, á la inimitable Dugazon, la *Nina* ideal, que había de immortalizarse, no menos que por sus méritos artísticos, por un rasgo de noble fidelidad á la pobre reina de Francia, en un momento en que toda muestra de simpatía ó gratitud hacia ella implicaba ya un título á la proscripción y al cadalso (2).

De este modo, alternando el hallazgo de códices y manuscritos castellanos con su correspondencia literaria á Signorelli, á Forner, á Ceán Bermúdez; visitando desde la Biblioteca Real hasta el último puesto de libros viejos, podía escribir á Llaguno: «Yo me divierto en esta inmensa ciudad, y me apresuro á ver todo cuanto puedo, porque lo habré de

(1) Carta á Forner, de 18 de Junio de 1787, *Obras póstumas*, tomo II, págs. 102 y siguientes.

(2) Fué esto á últimos de Septiembre de 1791, después de haber admitido Luis XVI la Constitución, en las fiestas engañosas que siguieron á la jura. Cantábase en los Italianos, con asistencia de la familia real, una ópera de Gétry, *Les événements imprévus*. Bullían los jacobinos en las alturas del coliseo, y procuraba contrarrestarlos en la platea un público de realistas y constitucionales. La Dugazon, al llegar á cierto pasaje en que figuran estas palabras: *Ah, comme j'aime ma maitressel*, se volvió de cara al palco de S. M., cantándolas con gran vehemencia, y vinieron á desatar una lucha tempestuosa entre los espectadores de los dos bandos. Fué la última vez que María Antonieta estuvo en un teatro.—Véase: Mme. Campan, *Mémoires*, colección de Barrière. París, 1886, págs. 307 y 308.

»dejar mucho antes de lo que quisiera. De lo que
»he visto hasta ahora he llegado á inferir que, en
»aquel libro intitulado *Sólo Madrid es corte*, debe
»de haber mucho de hiperbólico» (1). Institutos,
hombres célebres, hispanófilos entusiastas del tipo
de Florian, compartieron la atención de Moratín
con la que le imponía su cargo ó le robaban las di-
versiones propiamente dichas. El grupo de españo-
les distinguidos en que se mueve, y que le lleva en
palmas, le allana todas las dificultades y le abre to-
das las puertas. «Esta ciudad, con todos los medios
»de corrupción de que dispone—puede escribir á
»su cariñosa tía Anita, sin duda para tranquilizar-
»la,—no me parece que altere en nada la austeri-
»dad de mis principios; porque le hago saber á us-
»ted que no vivo ocioso y que, aun cuando me di-
»vierto, me instruyo. Todos mis amigos son gente
»de mucha estimación, de mucho talento, que no
»pierden el tiempo en distracciones perjudiciales,
»ni hallo otra cosa en su compañía que la instruc-
»ción y el placer unidos en mi utilidad. El trato con
»Betancourt, Veri, Cabarrús, Iberti, Heredia y otros
»de esta clase, lejos de poderme ser dañoso, me
»honra» (2).

De Cabarrús nada hay que añadir. Á Iberti le
hemos visto ya proporcionando á Moratín una en-
trevista con Goldoni, el príncipe de la comedia en
el siglo XVIII. De Betancourt sabemos que era el

(1) *Obras póstumas*, tomo II, págs. 97 y siguientes.

(2) *Obras póstumas*, tomo II, págs. 107 y 108.

mismo D. Agustín de Betancourt, hijo de una ilustre familia de Canarias, dedicado en París al estudio de la física y de la mecánica, y distinguido y alentado por aquella Academia de Ciencias, la cual mandó imprimir en 1790, entre las Memorias de los sabios extranjeros, una de nuestro compatriota sobre las máquinas de vapor. Había pasado también á Londres, con objeto de aprender la aplicación de dicho invento á la moltura de trigo, rigurosamente ocultada por Watt y Bolton, y que reconstituyó de vuelta á París, gracias á un prodigio de intuición y memoria, sonando mucho su nombre con este motivo, por ser la molienda de granos, en tiempo de la Revolución francesa, uno de los factores de la escasez de pan y de todos los conflictos consiguientes (1). Betancourt formaba parte, en suma, de la falange lucida y animosa que sostuvo por unos años la internacionalidad científica de España y que hubiera podido levantarnos definitivamente si la regeneración

(1) Muriel, *Historia de Carlos IV*, publicada por la Academia de la Historia en el *Memorial Histórico Español*, tomo I (XXIX de dicho Memorial), pág. 238.

En el viejo *Moniteur* de la Revolución francesa, número del 6 de Marzo de 1791, he encontrado un artículo bibliográfico respecto á otro opúsculo de Betancourt: *Mémoire sur la force expansive de la vapeur de l'eau* (París, Laurent, librero, calle de la Harpe, núm. 18), que acababa de salir á luz. En este artículo consígnase que «el señor Betancourt se ha propuesto en su trabajo investigar la relación existente entre los grados de calor que el agua puede adquirir dentro de una vasija cerrada y la fuerza expansiva adquirida por el vapor que de aquélla se desprende». Hace constar que lo ha conseguido con sus experiencias y el aparato que describe, llegando á determinar esa ley, desconocida antes.

por el trabajo y la cultura no se hubiese trocado después en mera regeneración por la política abstracta, sangrienta y sin contenido. Con él figuraron: Mendoza, asociado á los trabajos del sistema universal de pesas y medidas, ilustre como geógrafo y por sus delicadas observaciones sobre el péndulo, y uno de cuyos trabajos aplaudió con entusiasmo la misma Academia de París en la apertura de curso celebrada el 13 de Noviembre de 1790 (1); los astrónomos y geodestas Clavijo y Peñalver, que compartieron los trabajos de Méchain y Delambre en la medición del arco de meridiano; Arézula, adepto muy estimado de Lavoisier, que aparece haberle conferido la representación de su escuela científica en España (2), y otros muchos que deben omitirse ahora.

Menos que el de Betancourt habían trascendido al público los nombres de los demás amigos y acompañantes que menciona Moratín en el párrafo transcrito, ó sean, Veri y Heredia. ¿No podía ser

(1) Reseña publicada en el *Moniteur*.

(2) *Moniteur* del 10 de Febrero de 1790. En un artículo dedicado al quinto curso de Química que se da en el famoso *Lycée* (origen de nuestros ateneos), á cargo de Fourcroy, y en el que explicaba aquel año todo lo concerniente á «los líquidos animales» se reseña la revolución de la química, según la escuela francesa capitaneada por el insigne Lavoisier, destinado muy pronto á dejar su cabeza en el cesto de la *Louison*. Hablando de los progresos de dicha escuela y de los sabios que la representan en aquel país y en el extranjero, dice que es enseñada y propagada con brillantez «en Dijon por Morveau, en Montpellier por Chaptal, en Tolosa por Reboul, en Holanda por Van-Marum y Van Troostwyk y en España por Arézula».

este *Veri*—escrito con acentuación defectuosa—el joven aristócrata mallorquín D. Tomás de Verí, de quien es fama que estuvo en París en los tiempos pre-revolucionarios, como tantos otros de sus paisanos de la misma alcurnia? Me parece indudable. Había descollado desde 1779, como primer discípulo, en las cátedras establecidas por la Sociedad Económica Mallorquina de Amigos del País, fundada poco antes; acudió á la capital de las capitales para recibir el baño supremo y, veinte años más tarde, en 1808, por sus luces, su representación y su tacto exquisito, fué uno de los dos representantes de Mallorca en la Suprema Junta Central (1). En cuanto á Heredia, que pertenecía á la familia de los marqueses del Real Transporte, que servía en el cuerpo diplomático y era ó había sido uno de los secretarios de la embajada española, estaba muy próximo á señalarse, pero en sentido harto diferente. Cuando estalló la Revolución y vino la guerra del 93, desertó de su puesto y de la causa de su patria, con los más violentos alardes de furor demagógico, y formó en el grupo de españoles que asediaban el ministerio de Negocios Extranjeros de Francia ó bullían en los comités insurreccionales de Bayona y Perpignan, fraguando planes, escribiendo «reflexiones» y proclamas, glosando en intolerable estilo y lenguaje el famoso *Avis aux de Espagnols*, de Condorcet, «descendiendo á innobles insultos contra Carlos IV

(1) Véase mi libro: *Mallorca durante la primera revolución.—1808 á 1814*. Palma, 1901, págs. 47, 162, 235, etc.

y María Luisa, y, lo que es peor, contra la desdichada y heroica María Antonieta, cuya cabeza iba á rodar pocos meses después en el patíbulo» (1).

Tales fueron las andanzas y la compañía habitual de Moratín en este primer viaje de 1787, que transcurrió como un sueño, y cuyas emociones y alegrías compartió, en gran parte, con el más antiguo y señalado de sus amigos, D. Juan Antonio Melón, el cual, de paso para Londres, fué á encontrarle en París y se hospedó en el mismo *Hôtel de la Cour de France*, en la calle de Vivienne (2). No permitió aquella escapatoria más que un rápido mariposeo en torno de las flores excelsas de la civilización. Fué como una correría atropellada á través de unos jardines maravillosos, que no hizo sino dejarle el deseo de más larga contemplación, los ojos fatigados, el cuerpo rendido, la mente abrumada de imágenes tentadoras.

El espectáculo de la gran capital y de sus esplendores urbanos, artísticos é intelectuales, absorbióle por completo, dejando apenas lugar á la observa-

(1) Menéndez y Pelayo, *Estudios de crítica literaria*, tercera serie, págs. 239 y siguientes. Archivo de Neg. Extr. de Francia, *Es-pagne*, volumen 634, pieza 165.

(2) «Noche hubo—dice Melón en sus *Apuntaciones*—que me tuvo hasta las tres de la mañana sentado sobre su cama y sin dejar de reír con los graciosos despropósitos que se le ocurrían...» Moratín remedaba con prodigiosa fidelidad todos los caracteres, sobresaliendo en este género de parodias. El abate Guevara y Vasconcelos, secretario de la Academia de la Historia, era uno de sus tipos preferidos. «También imitaba á veces el carácter afectado de Jovellanos, el del poeta Huerta, el del buen Carlos III en sus diálogos con el conde de Losada, con gracia insuperable.»



ción política, no obstante tocarla tan de cerca por su cargo y hallarse en uno de los momentos más decisivos que jamás haya señalado la Historia. El espíritu de Voltaire había corroído los soportes del régimen antiguo; la Enciclopedia había saturado por completo á la nación, subvirtiendo las almas; las visiones de Rousseau brindaban en las lejanías de lo futuro la luminosa aparición de un mundo nuevo, de una sociedad virginal, reconciliada y justa. En otra esfera más relativa ó contingente, la corte de Versalles se debatía en su propia indecisión, navegaba sin brújula y expulsaba con estrépito á sus ministros, sin contar que en las monarquías absolutas la ignominia de sus servidores acaba por recaer sobre el trono. Dudando de los hombres lo mismo que de los sistemas, vacilando entre Choiseul y Vergennes, entre Vergennes y Calonne, entre Calonne y Monseñor de Sens, entre Monseñor de Sens y Necker, la antigua adoración por la reina se había ido trocando en odio y aversión á *la Austriaca*. El malhadado asunto del collar, toda una vasta conspiración de equívocos, fatalidades y calumnias colectivas contra la mujer y la soberana, parecían empujarla ya, desde lejos, hacia su trágico destino.

Déficit, hambre, sequías, espectro constante de la bancarrota, resistencias de los Parlamentos, fracaso de la Asamblea de Notables, clamores de las provincias, fermentación de París, grito universal pidiendo la convocación de Estados generales, este era el momento en que Moratín pasó por Francia la primera vez absorbido en sus preocupaciones lite-

rarias y sin que le arrancase otro comentario que el que he podido encontrar en una carta escrita á Jovellanos, desde Narbona, y ya de regreso, el 28 de Agosto de 1787: «Su amigo de usted (Cabarrús) »está bueno y alegre y, como siempre, amabilísimo; »creo que le escribe por este correo y le hablará de »noticias políticas. Yo nada entiendo de esto; pero »le aseguro á usted que cuando salimos de París me »parece que *estaba aquello á punto de dar un estallido*» (1). El estallido ocurrió, efectivamente, según su profecía; y, al estamparla, debió estar muy lejos de pensar que cinco años después, en el viaje que le hemos visto emprender ahora y en el cual vamos á seguirle mentalmente sin otra digresión, haríale testigo la casualidad del aspecto culminante de aquella sacudida y de unas escenas que no podrán borrarse jamás de la memoria de los hombres.

III

Los biógrafos de Moratín hablan de este su segundo viaje todavía más superficialmente que del primero. Refieren, de una manera vaga y en cortas líneas, el invencible horror y repugnancia que le causaron los excesos revolucionarios. Además, el único hecho concreto que citan, tomándolo de Sil-

(1) *Obras póstumas*, tomo II, págs. 111 y 112.

vela, es erróneo en absoluto. «Acababa de llegar á París—escribe Aribau en su biografía para el tomo del Rivadeneyra,—cuando, el día 3 de Septiembre de 1792, oye por la calle un grande alboroto; se asoma á la ventana, y ve la cabeza de la princesa de Lamballe, que, clavada en una pica, iba paseando en triunfo una furiosa muchedumbre, que consagró aquel día terrible á toda clase de crueldades y abominaciones» (1). Ahora bien: ni Moratín presencié las satánicas abominaciones cometidas en los restos de la pobre Lamballe ni se hallaba ya en París cuando ellas ocurrieron.

Extrañará, por ventura, semejante inexactitud, si se tiene en cuenta el carácter semiautográfico de la vida escrita por Silvela, de donde arranca esta versión, que acaso se deba á los relatos confidenciales del viajero, á sus propios recuerdos é impresiones evocados todos los días durante largos años de intimidad y convivencia bajo la misma techumbre. Nada, sin embargo, más verosímil y frecuente que esas tergiversaciones de la memoria, contraída á períodos lejanos y de gran confusión, en que se barajan y alteran los sucesos, acabando por imponer después, á la vuelta de siete ú ocho lustros, la creencia de haber visto cosas en realidad no presenciadas. Para demostrarlo acompañaremos á Moratín, sirviéndonos de las oscuras y enrevesadas anotaciones que nos dejó, é iluminando sus hue-

(1) *Obras de Moratín, padre é hijo*, en la Bibl. Rivadeneyra, página 29.

cos y aparentes incoherencias con un poco de luz histórica.

Lo que vió en Francia, y especialmente en París, desde mediados de Mayo á últimos de Agosto de 1792, hubiera dado materia á un cuadro de valor inapreciable, si se hubiera decidido á desarrollarlo y extenderlo, como extendió, casi en seguida, las *Apuntaciones sueltas* sobre Inglaterra ó el *Viaje de Italia*, que llenan el tomo primero y parte del segundo de sus *Obras póstumas*. Entonces España hubiera tenido lo que casi todas las naciones poseen: algún relato directo y nacional de los tiempos de la Revolución francesa, debido á la pluma de uno de sus grandes escritores contemporáneos. Porque asombra la sequedad de nuestras fuentes históricas en este punto, cuando son en el extranjero tan abundantes y nutren todavía una copiosa producción literaria y editorial, que vomita libros á montones cada mes y aun cada semana.

Contra lo que en general se dice y se cree del énfasis de los españoles, resulta que son muy modestos y no suelen ofrecerse en espectáculo á las gentes de su época ni creerse observados por la posteridad. De aquí esta escasez y como carencia absoluta de epistolarios y memorias íntimas, que privan á la investigación moderna de uno de sus más ricos manantiales. De aquí también el descuido de nuestro *Inarco*, respecto de sus impresiones personales en aquellos dos meses y ante unos sucesos culminantísimos en la historia humana, de los cuales un caprichoso azar debía hacerle testigo, y cuya



narración hubiera dado perenne interés á su viaje, como lo dió al del agricultor inglés Arturo Young la de los preludios revolucionarios que alcanzó á presenciar, como lo obtuvo el relato de Gouverneur-Morris. Pero Moratín, que inmediatamente después de salir de Francia se entretiene vertiendo en largas notas su extrañeza y hasta su credulidad de extranjero acerca de las costumbres londinenses; que nos puntualiza las borracheras del Príncipe de Gales, las audacias de la caricatura, el tumulto de los clubs y los interminables brindis de un banquete demagógico organizado por los partidarios de Tomás Payne; que diserta, en suma, con española ponderación sobre la longitud del pie de las inglesas y sobre los veintitantos adminículos que una dama de la Citty necesita para servir el te á sus invitados, no halla ocasión, ni entonces ni en el resto de su larga vida, para referir un solo episodio entre cuantos le horrorizaron en París, como si temiera volver la vista atrás y quedar herido por la contemplación de la ciudad maldita.

Es de observar también la interrupción que sufre su correspondencia conocida durante este paso por las Galias, lo mismo que la displicente sequedad de las alusiones á aquellos sucesos en las cartas que escribió desde Inglaterra. Ciertó que desde los comienzos de la Revolución, el Gobierno de España había tomado las más rigurosas precauciones contra toda suerte de escritos y noticias, tratando de aislar herméticamente á las dos naciones por medio de un cordón de tropas en los Pirineos. Impresos,

manuscritos, dibujos, abanicos, figurines y juguetes de circunstancias, no menos que la correspondencia particular, todo fué objeto de inspección y vigilancia en la frontera, en las aduanas, en las casas de postas, en las comisarias del Santo Oficio. Una serie interminable de edictos, órdenes, circulares, decretos y reales cédulas se sucede desde mediados de 1789, encaminada á evitar el contagio francés (1). Pero si no pudo cohibirse en absoluto la circulación clandestina de papeles revolucionarios, los periódicos que salían en España por privilegio oficial no dan noticia alguna de las novedades ocurridas en el vecino reino, sino mucho tiempo después, al declararse la guerra del Rosellón.

Cabe sospechar que el silencio de la literatura española respecto á los episodios de la Revolución francesa, no tiene un simple origen gubernamental ó coactivo, sino que nació en gran parte de la repulsión que sintieron instintivamente por aquel tema los españoles capaces de tratarlo, aunque fueran, como Moratín, liberales, volterianos y novadores. Esto explica la carencia de documentos no oficiales sobre aquella época y la misma falta de estudios retrospectivos que se ha observado después, como si una secreta interdicción espiritual pesara sobre

(1) Órdenes de 18 de Septiembre y 1.º de Octubre de 1789 y 5 de Enero de 1790; Reales cédulas de 10 de Septiembre y 9 de Diciembre de 1791 y de 22 de Agosto de 1792; edictos de la Inquisición de Diciembre 1789, prohibiendo 39 obras introducidas en España, de Septiembre de 1792, sobre comisarias en las Aduanas, etc., etc.

dicho asunto. Los propios revolucionarios españoles, los propios afrancesados y reformistas, se esforzaron siempre en desviar la atención pública y apartarla del recuerdo nefando de 1793. Basta ver cómo escribieron más tarde, y aun en la misma emigración, sus rápidas alusiones (cuando les fué imposible evadirlas) Silvela, Muriel, Miñano, Somoza y tantos otros, sin contar á Moratin. Basta recordar que Marchena no se atrevió á dejarnos un bosquejo de sus aventuras girondinas, y que fué necesario acudir á las *Memorias* de Riouffe cuando se trató de conocerlas; que para seguir el rastro de Guzmán es preciso explorar muchos «cartones» de los Archivos Nacionales de Francia, seguir pacientemente los debates de la Convención, de la Municipalidad, de las Secciones de París, de los Jacobinos y de los Franciscanos ó *Cordeliers*; registrar las colecciones del *Moniteur*, de *L'Ami du Peuple* y de *Le Père Duchesne*, á falta de toda referencia española, y que lo mismo ocurre con respecto á Heredia, al general Miranda, á Rubín de Celis, á Santibáñez, á Santa Cruz, á los Gimbernat y á cuantos, en suma, intervinieron más ó menos ostensiblemente en el estupendo drama revolucionario. El *espíritu* de la Revolución sedujo á muchos españoles; pero su *historia* fué mirada casi siempre de través y aun con todo estudio preterida y expulsada de sus propios trabajos, bien por ingénita aversión, bien por entender que los hechos habían de perjudicar grandemente á los principios de que parecieron ser consecuencia.

En el tomo III de las *Obras póstumas* (1) figura el extracto de un *Diario* de D. Leandro Fernández de Moratín, que, por su forma incoherente, brusca y esquemática, ha pasado hasta ahora casi inadvertido á la generalidad de los lectores y no ha sido puesto á tributo por la misma erudición. El manuscrito original, cuyo extracto se imprime aquí—dice una advertencia de dichas *Obras*,—forma un tomo en 4.^o que fué encuadernado en la Biblioteca Nacional según hoy se halla, y consta de 114 hojas útiles, con dos en blanco al principio, cuatro después de la décimaquinta y diez al fin. En la primera llana de la primera hoja se ve un núm. 2 en la parte superior, á la mano izquierda; y á la derecha, á la misma altura, estas palabras de letra de D. Leandro, divididas en dos renglones: 2. *Apnts. of mi Father and mines*; palabras que indudablemente quieren decir *Apuntes de mi padre y míos*. Queda en blanco lo demás de la hoja. En la siguiente principia, de mano de D. Nicolás Fernández de Moratín, un *Diario*, escrito en dos columnas, desde 1.^o de Enero de 1778 hasta 4 de Mayo de 1780, día de la *Ascensión*, última palabra que estampó D. Nicolás allí. Ocupa su *Diario* siete hojas y casi media, y probablemente aquel 2 de la primera hoja indicará que le precedía un cuaderno señalado con el núm. 1. Está el *Diario* escrito con abreviaturas de voces y cláusulas castellanas y latinas; el que ha cuidado de esta edición no ha con-

(1) Págs. 229 á 300.



»seguido entender de aquella cifra, sino frases incoherentes, relativas á negocios domésticos, ó de poco interés para el público: no se extracta por eso el Diario de D. Nicolás...» Algo más comprensible es el de su hijo, que principia en el propio mes, y en la misma hoja y columna en que dejó de escribir el autor de *La fiesta de toros*, siguiendo hasta últimos de 1782. Aquí se interrumpen, cosa de nueve años, las anotaciones, reanudándose en 1792. La forma empleada por Moratín, el hijo, viene á ser la misma que adoptó su padre, salvo el añadir abreviaturas de locuciones francesas é inglesas á las italianas, latinas y castellanas de este último. El efecto no puede ser más enrevesado, ni más singular el capricho, necesitando una verdadera traducción aquel continuo acertijo ó como fuga de vocales en cinco idiomas diferentes; traducción que hubo de poner á pie de página el colector, en cuanto á los fragmentos reproducidos ó extractados.

Verificada una compulsa con el manuscrito de dicho diario existente en la Nacional (1), resulta que lo que se publicó en las *Obras póstumas* es deficientísimo, por lo que respecta al viaje á Francia. Del mes de Mayo de 1792 fueron suprimidas las apuntaciones correspondientes á diez y ocho días, del mes de Junio veintinueve días, veintidós del de Julio y diez y nueve del de Agosto. Además, la parte publicada es, generalmente, incompleta ó errónea en algún punto por alteración de fechas. Se tra-

(1) Es el señalado con el núm. 5.617.

ta, pues, de un documento inédito, cuya copia me he procurado en cuanto á los meses referidos y que aquí se aprovecha por primera vez en toda su extensión. El ilustre Hartzzenbusch, que cuidó de compilar estas obras, no estaba exento de los melindres y escrúpulos propios de la erudición de su época, y suprimió como atrevidas ó insulsas muchas notas de interés. Acaso por la misma razón habrán sido mutiladas algunas cartas y suprimidas otras, todo lo cual hace pensar en la conveniencia de una revisión completa de dichos originales. He aquí, traducidas las notas correspondientes á los primeros días de Mayo de 1792, comprendiendo también las referentes al viaje hasta la llegada á Bayona:

Día 1.º A casa de D. P. Barcia y de la tía Teresita. A casa de *Chb.t* (Chabot); con ellos al retiro. A correr calles. A casa de Chabot; comer en casa de la Mahonesa.

2. A casa de Chabot y Crucero. Por la tarde, paseo por las calles.

3. A casa de D. Santos. Por la tarde, á casa de Chabot y de Lunas. Al vestuario del Principe. Otra vez á casa de Chabot.

4. Tarde: á casa de Chabot y de la Mahonesa. Paseo. Otra vez á casa de Chabot.

5. A casa de D. P. Barcia y de Chabot. A casa de la tía Anita, para comer. Por la tarde, á casa de Chabot; con ellos á la Comedia y otra vez á la misma casa.

6. (Domingo.) Dejé á D. Bernardino nueve acciones, esto es, los números 91.090-91-92-93-94-95-96, 99.773 y 39.308. A casa de Chabot; á la Mahonesa y otra vez á dicha casa. Por la tarde, de nuevo á la Mahonesa, á casa

de Chabot; con ellos á Atocha y á la casa otra vez, para salir á las doce de la noche en la diligencia.

7. A las once, comer en la fonda nueva. Por la tarde, á las seis en Sanchidrián.

8. A las cuatro de la madrugada, salir; comer en Olmedo. A las ocho de la noche, en Valladolid.

9. A las tres de la madrugada, salir; comida en Torquemada; cena en Burgos.

10. A las tres de la madrugada, salir; comer en Ameyugo; cenar en Vitoria.

11. A las cinco, salir. A las diez en Mondragón; comer en Tolosa, á las diez de la noche.

12. A las cinco de la madrugada, salir. A las dos de la tarde, en San Juan de Luz; comer. A las seis de la tarde, en Bayona. Al café.

Por la muestra anterior puede formarse idea de la sequedad y monotonía del documento. Vemos aquí, recorrido á la inversa, el clásico trayecto de los viajes por España en el siglo XVIII, y la primera mitad del siglo XIX, desde el *Tableau* de Bourgoing ó el *Itinéraire descriptif*, del Conde de Laborde, hasta los relatos diversamente románticos de Gautier, Quinet y Ozanam, ó las páginas folletinescas de Alejandro Dumas. Son las mismas etapas, los mismos paradores, las mismas ventas cervantinas: Segovia, Sanchidrián, Olmedo, Valladolid, Torquemada, Burgos, Vitoria, Mondragón; la nueva Castilla del héroe manchego y de la epopeya irónica; la vieja Castilla de la epopeya sagrada y nacional, de los infantes de Lara, de Mío Cid y de Roncesvalles.

Una duda se presenta ante todo, difícil de desvanecer. Moratín salió de Madrid en compañía de un amigo, con el cual le veremos hacer casi todo su viaje por Francia y compartir una larga detención en Burdeos. Este amigo viene designado en sus apuntes por la abreviatura de *Chb. t*, que no puede interpretarse más que como *Chabot*, dada su manera constante de anotar los apellidos: Gdy., por Godoy; Arnd., por Aranda; Llgn., por Llaguno. Ahora bien; ¿á qué persona efectiva corresponde esta abreviatura ó esta interpretación, caso de ser exacta? Es lo que no he podido poner en claro con los medios de comprobación de que dispuse hasta ahora. ¿Se trata de un verdadero apellido, de un mote cariñoso, de un diminutivo familiar? Desde luego parece referirse á un extranjero, pero establecido en Madrid ó habiendo pasado en la corte una larga temporada. Hay que creer que el Sr. Hartsenbuch tropezó con la misma dificultad, pues suprimió completamente todas las referencias á esta persona enigmática en la parte del diario que dió á conocer, no obstante ser continuas en los meses de Abril, Mayo y Junio, y de reproducirse en París durante los de Julio y Agosto, como veremos, extendidas entonces á un hermano del desconocido. Ninguna mención de este nombre encontramos en las cartas anteriores ó posteriores de Moratín, ni en sus biógrafos y corresponsales, ni en *Iriarte y su época*, de Cotarelo, ni el libro sobre *L'ambassade française en Espagne pendant la Révolution*, de Geoffroy de Grandmaison. El mismo silencio en cuantos traba-

jos de historia literaria y social me ha parecido que podían ofrecer un hilo de luz. El mismo silencio en la segunda serie de los *Études sur l'Espagne*, de Morel-Fatio, elaborados principalmente sobre los papeles de la familia Fernán-Núñez, y tan pródigos, por lo tanto, en alusiones á sus parientes los Rohan-Chabot de Francia, en el último tercio de aquel siglo.

Dejamos á la casualidad ó á la diligencia de otros más afortunados rebuscadores, el señalar á punto fijo la personalidad de ese Chabot residente en Madrid en los comienzos de 1792, con el cual mantenía Moratin tan asiduas relaciones, hasta el punto de parecer inseparables en aquellas fechas, y que fué su compañero de expedición y aun de orgías y devaneos poco edificantes durante su permanencia en la ciudad de Montaigne. ¿Se trataba de un individuo oscuro y de los que no dejan rastro en la historia escrita ó puede ser identificada su persona con alguna de las que puntualizan los repertorios biográficos? Desde luego hay que desechar la hipótesis que pudiera confundirlo con el demagogo y ex capuchino Chabot, miembro entonces de la Asamblea legislativa y á cuyas sesiones consta que asistió mientras su homónimo se hallaba en Madrid ó de viaje. ¿Designará, por ventura, al futuro general Chabot, nacido en Niort en 1757, que en 1808 debía mandar en Cataluña la 3.^a división del ejército invasor, y en los días á que me refiero figuraba como capitán en los escalafones? ¿Sería alguno de los hijos del conde Luis Antonio Augusto de Cha-

bot, duque de Rohan desde 1791, por haber sucedido á su primo hermano Luis María de Rohan-Chabot, tío carnal del conde de Fernán Núñez? (1). Sea de ello lo que fuere, una conjetura parece muy probable, y es que ese Chabot pertenecía al círculo de extranjeros españolizados que, en Francia y en España, andaban en torno de Cabarrús, de su familia ó de sus sucursales, bien que entonces el jefe se hallara procesado y detenido en el castillo de Batre, por efecto de la persecución que inició el ministro Llerena.

Y aquí viene la ocasión de atenuar y casi desvanecer del todo un cargo contra Moratín, hecho en forma harto absoluta por D. Luis Villanueva en las notas con que pretendió ilustrar las cartas de *Inarco*, incluídas en el tomo II del *Epistolario español*. «Muy mal—dice—obró Moratín en esta época, abandonando á su protector el conde de Cabarrús así que lo vió en desgracia y que había perdido su influencia en la corte. Pero, ¿quién no ha cometido yerros y desaciertos? El mismo Moratín tuvo bien presto que volverse á Madrid y arrepentirse de su mala conducta con Cabarrús. Esta fué la causa principal de sus desgracias posteriormente y del estado miserable en que vivió después, habiendo perdido su influencia con Cabarrús y el Príncipe de la Paz» (2). Ni Moratín regresó presto á

(1) Véanse los artículos correspondientes en la *Nouvelle Biographie Générale* del Dr. Hoefer.

(2) Pág. 217.

España, sino que recorrió espléndidamente media Europa durante cuatro años y pico, hasta fines de 1796; ni el estado miserable en que se vió después pudo dimanar de ahí, pues en cuanto llegó á Madrid fué nombrado secretario de la Interpretación de Lenguas; ni fueron debidas á otra cosa aquellas penalidades que á su condición de afrancesado y á la vuelta del rey legítimo en 1814, es decir, cuando Godoy y Cabarrús no podían influir en sus destinos, el primero por su formidable caída de 1808, el segundo por la proscripción que hubiera acompañado á un ex ministro del rey intruso si no hubiese fallecido (1810) antes de la restauración borbónica.

Vamos á ver á nuestro comediógrafo en Bayona, en Burdeos, en Paris; y por dondequiera que pase, halláremosle rodeado de los hijos, de los entenados, de los clientes de Cabarrús, atendido por ellos, moviéndose de continuo entre ellos. Y mal podría compaginarse esta obsequiosa solicitud con las ingraticudes supuestas en la nota de Villanueva.

IV

En efecto; cinco días duró la estancia de Moratín en Bayona, desde el 12 al 17 de Mayo de 1792, y todos ellos los pasó junto á la parentela del fundador del Banco de San Carlos y agasajado en su casa nativa ó en las de sus allegados. Las anota-

ciones del diario no dejan lugar á duda: «Día 13, á »casa de M. Cabarrús; paseo; á la Catedral...—Día »14, á casa de Bailac; paseo, á comer á casa de »Cabarrús...—Día 15, aquí Cabarrús, á casa de Bai- »lac para comer...—Día 16, á casa de Bailac y de »Cabarrús; por la tarde á correr calles; Cabarrús »aquí, *Teresita en un convento...*» Habían empeza- do, sin duda, los disgustos serios entre la joven marquesa de Fontenay y su marido; habían empe- zado también las persecuciones y riesgos para los privilegiados del antiguo régimen. Aristócratas, titu- lares de la vieja magistratura, *ci-devants* de todo linaje procuraban hacerse olvidar bajo apellidos oscuros y democráticos, viviendo en el campo ó acogiéndose á algún techo amigo y no sospechoso de contrarrevolución, mientras sus mujeres se se- pultaban interinamente en algún monasterio ó casa de retiro, según costumbre mundana de la época. En vano el «salón» de Teresa Cabarrús, en la calle de Saint-Louis-en-l'Isle, se había visto frecuentado, desde los primeros días de su matrimonio, por la flor y nata del partido *feuillant* ó constitucional mo- nárquico, por no pocas figuras que habían de seña- larse después en los bancos de la Gironda y de la Montaña, por los ingenios más salientes en las le- tras y en el periodismo, como Florian, Chamfort y Rivarol. «El tono dominante en la casa corres- ponde al liberalismo y las reformas.» Recibíalo de los grandes señores conversos al nuevo espíritu: Montmorency, La Rochefoucauld, los hermanos La- meth, el marqués de Lafayette, ídolo de las muche-

dumbres. Esta popularidad, empero, debía declinar muy pronto. La fuga de la familia real y su detención en Varennes determinaron y precipitaron la segunda fase de la Revolución: el período de las desconfianzas feroces, de los delirios persecutorios, de la «fiebre obsidional», las alarmas continuas y *la patrie en danger*. La desbandada fué completa, y no había quien no pensase en ponerse en salvo, por más pruebas de civismo que tuviera dadas y por más *membresse* del club de 1789 que hubiera sido, como nuestra bella Teresita (1). Hospedada ahora en un convento; divorciada, antes de un año, bajo los auspicios de la flamante ley, y detenida después en Burdeos, camino de España, debía encontrar allí la novela de sus amores con Tallien, durante la misión proconsular de que los bordeleses guardarán eterna y execrable memoria.

A los cinco días de su llegada, colmado de atenciones y repuesto de las primeras fatigas del viaje, Moratín, siempre acompañado del incógnito Chabot, toma de nuevo la diligencia y sale de la ciudad bearnesa con dirección á Burdeos, otra de las plazas comerciales á que se extendían los negocios de Cabarrús, y en la cual su hijo mayor, Teodoro, acababa de fundar, ó debía hacerlo luego, la casa *Cabarrus fils et C.^{ie}* (2). Esta vez no habla nuestro poeta, como en su viaje de 1787, del asedio que padeció en Bayona por parte de los judíos, y en especial de un

(1) Carta firmada, *Cabarrús, femme Fontenay*, en el núm. 14 del *Journal de la Ville*.

(2) Sonolet, *Madame Tallien*, París, 1909, pág. 31.

señor Olivera, á quien llama «el más pesado y corrompente individuo de la plebe de Israel» (1), y que parece haber trasladado á París su campo de operaciones, puesto que allí hemos de encontrarle dentro de poco. Dedicábase, como casi todos sus correligionarios de aquella ciudad, al cambio de monedas, á los servicios de mediador ó cicerone y á la venta de baratijas, sonando su apellido no sólo en las carías y apuntes de Moratín, sino en los de cuantos pasaban la frontera ó escribían relaciones de viajes (2). Libres, pues, del «obstinadísimo sordo» y de sus porfias, salieron el día 17, á las seis de la mañana; comieron en Majeux, cenaron y durmieron en la casa de postas de La Harie; volvieron á partir de madrugada, sufriendo, cerca de Belin, el tradicional é imprescindible vuelco de cabriolé, que dejó á Chabot algo estropeado; comieron en Hospitaley, y el mismo día, que era el 18, á las nueve de la noche, llegaron á Burdeos, apeándose en la fonda del *Grand Soleil*.

Renuncio á transcribir literalmente las apuntaciones de nuestro viajero durante su permanencia en *Burdegalia*, según escribe con insistente macarronismo. Hasta dos meses y días se prolongó su detención en aquella ciudad, por las circunstancias que veremos muy pronto; y el diario auténtico ha-

(1) Carta á Ceán Bermúdez, fechada en Auch, el 3 de Octubre de 1787.

(2) Véase, por ejemplo, Viera y Clavijo: *Viaje á Francia y Flandes* (1777 y 1778). Tenerife, 1849; y Morel-Fatio, *Études*, 2.ª serie, páginas 385 y 386.

bía de resultar aquí sumamente pesado. Baste saber que la primera visita, luego que salió de la fonda, fué para M. Batbedat, primo hermano de Cabarrús y probablemente su socio ó comisionado mercantil, á quien Moratín ya conocía por sus frecuentes viajes á España y las temporadas que había pasado en Madrid. Batbedat acababa de sufrir los efectos de la prevención general contra los franceses que la Revolución iba levantando y excitando en la Península, y de la cual el proceso de Cabarrús, aunque nacido de pretextos interiores, era reflejo en gran parte. La servidumbre del arbitrista bayonés fué expulsada de España cuando él se vió reducido á prisión; y su primo, que se hallaba entonces en la corte, fué también encarcelado temporalmente (Septiembre de 1790), motivando una protesta de M. Puyabry (1), encargado de negocios de Francia durante el retraimiento forzoso del duque de Lavauguyon, acreditado de la monarquía absoluta á quien únicamente quería reconocer la corte de España como embajador, pero cuyos poderes no habían sido ratificados por el Gobierno revolucionario. Es probable que con Batbedat residiera entonces en Burdeos el hijo menor de Cabarrús, y que fuera éste el Paquito á quien se refiere Moratín, en carta al abate Melón, escrita desde Londres el 25 de Diciembre del mismo año 92: «Sujeta bien á Paquito; hazle que estudie y que se esté quieto en casa, que harto suelto y libre

(1) Geoffroy de Grandmaison, *L'ambassade française en Espagne pendant la Révolution*, pág. 52.

anduvo este verano, y harto me dió que sentir *por las calles de Burdegalia* (1).

No vaya á creerse, sin embargo, que la austeridad de nuestro Arcade fuera entonces incorruptible. En el diario de su estancia en Burdeos registranse desde el primer día, veladas bajo frases medio latinas, medio francesas, no pocas frecuentaciones por este estilo: «Día 22, con Chabot á ver unas *catins*». «Día 23, á casa *quædam meretrix*; por la noche á visitar una *mima ex Variétés*»; más tarde «á casa de *quædam venusta femina*» ó de la «*meretrix parisi-na*». Con tales extravíos de una juventud celibataria, próxima ya á la madurez, alternaban otras visitas y relaciones ciertamente más decorosas y útiles. Acude á la Bolsa para observar el tráfico habitual, á la Casa de la Moneda, al Jardín público, al café más elegante, á la biblioteca de la Academia de Ciencias. Batbedat le obsequia con excursiones al molino de la Cartuja, con comidas urbanas y campestres, con paseos, con espectáculos nuevos para él, como el *concierto* y las *carreras de caballos* á la inglesa. Va casi diariamente al teatro, su diversión favorita, la causa oculta y primordial de su viaje. Es objeto de convites en la casa de campo de M. de la Sablonière; recorre los establecimientos de lujo, las tiendas de moda, la tipografía de Racle, y, acordándose de su antiguo oficio, frecuenta una platería por amor al arte ó á la *tendera pulchra* que le recibe allí, como unos meses después, en Londres, ha de

(1) *Obras póstumas*, tomo II, págs. 127 y 128.

marearle cierta *esplieguera* ó herbolaria muy de su agrado.

Seguramente, el primer propósito de Moratín era el de pasar tan sólo unos diez ó doce días en la capital de la Gironda. Comprueba esta presunción el hecho de verle acudir, el 31 de Mayo, á la casa del Ayuntamiento para obtener pasaporte. El día 3 de Junio, Chabot y M. Pontoi—una de las personas con quienes se había relacionado intimamente desde su llegada á Burdeos—salen para Noitron, según nota del diario manuscrito, que añade la siguiente confidencia: «*Ego, propter metu, nolui Lutetiam petere*». ¿Cuál sería la causa inmediata de ese miedo que no le dejaba llegar á París? Observemos ahora que el insigne literato madrileño parece haber emprendido su viaje á Francia con pleno descuido, con absoluta inconsciencia respecto de la verdadera situación de aquel país. Había dado fe, sin duda, á las esperanzas universales de redención, dejándose convencer y deslumbrar por la fraseología revolucionaria, por los relatos idílicos y las declamaciones solemnes que llamaban á participar de la libertad, en el seno de una nación feliz y generosa, á todos los oprimidos de la tierra.

Como dos años antes, la Constituyente había presenciado ya un espectáculo conmovedor: «Las puertas de la Asamblea se abren: una legión de ingleses, de prusianos, de sicilianos, de holandeses, de rusos, de polacos, de alemanes, de suecos, de italianos, de españoles, de brabantinos, de aviñonenses, de ginebrinos, de indios, de árabes, de caldeos,

»es al instante introducida en la sala. Estos extran-
»jeros vienen guiados por la estrella de la Libertad,
»como otros Reyes Magos, á adorar la Revolución
»en su misma cuna... Los peregrinos, á la cabeza de
»los cuales se presenta el orador Cloutz, piden el fa-
»vor de ser admitidos á la fiesta de la Federación,
»en el campo de Marte, por el aniversario del 14 de
»Julio. «La trompeta que anuncia la resurrección de
»un gran pueblo, dice Cloutz, ha resonado en los
»últimos confines del mundo, y los cantos de veinte
»millones de hombres libres han logrado despertar
»á las naciones sumidas en larga esclavitud» (1).
Desde este momento, los espíritus exaltados de to-
dos los países, las víctimas imaginarias ó reales de
todas las tiranías, los descontentos de todos los po-
deres, saludaron con transportes de júbilo la aurora
de la libertad y vieron en París la sede apostólica
de la nueva redención y la patria común del género
humano. *Orador del género humano* y fundador de
la República universal se llama ese Anacarsis Cloutz,
en torno de quien se movió de continuo el bando
extranjero, el partido de los advenedizos y refugia-
dos que iban á buscar en Francia el aire vital de la
fraternidad, y que muy pronto debían sobrepasar,
por su furor demagógico y sanguinario, los mismos
delirios homicidas de Hébert y de *L'Ami du Peuple*.
Leídas en los discursos de Brissot, en los manifies-
tos de Condorcet, en los himnos de José Chénier

(1) Esquiros, *Histoire des Montagnards*, edición Garnier, pági-
nas 147 y 148.



puestos en música por Gossec ó Méhul, estas invitaciones á la comunión de los pueblos en el festín eucarístico de la Francia regenerada, habían de electrizar á los desprevenidos é incautos que, desde lejanas tierras, suspiraban en silencio por un mundo mejor, por ese mundo que el astro rey empezaba ya á iluminar en la primera fiesta del 14 de Julio (1):

Que les fers soient brisés! Que la terre respire!
 Que la raison des lois, parlant aux nations,
 Dans l'univers charmé fonde un nouvel empire
 Qui dure autant que tes rayons!

Que des siècles trompés le long crime s'expiel
 Le ciel pour être libre a fait l'humanité.
 Ainsi que le tyran, l'esclave est un impie
 Rebelle à la Divinité...

Antes de tres años, un espejismo tan maravilloso se habrá disuelto en sangre y horror. Aquel grupo de extranjeros estará diezmado y poco menos que extinguido. Los «embajadores del universo», los «oradores del género humano», los reyes de Oriente que fueron á Lutecia guiados por la estrella de la Libertad, en busca del nuevo Mesías: prusianos, ingleses y belgas, daneses, italianos y españoles: los Cloutz, los Proly, los Pereyra, los Frey, los Deisderischen, los Buonaroti, los Lazousky, los Guzmán, habrán apurado todos los rigores de la persecución, se habrán devorado unos á otros ó habrán dejado

(1) J. Tiersot, *Les fêtes et les chants de la Révolution française*, Paris, 1908, págs. 39 y siguientes.

su cabeza en la guillotina. Cuantos compatriotas nuestros allí se dieron cita, por rebeldes al yugo de nuestro despotismo ó intolerancia española: el viejo Olavide, comprador de bienes nacionales en Orleans; Marchena, siguiendo en su proscripción á los fugitivos de la Gironda y esperando con ellos la hora del patíbulo, al cual escapó por milagro; el general Miranda, después del desastre de Nerwinde, todos, sin excepción alguna, sufrieron riesgos, zozobras y ultrajes que bien pudieran rehabilitar la inquisición religiosa de cualquier país por contraste con la inquisición revolucionaria de la Francia libre. Y la misma Teresa Cabarrús que, al saber la detención de su padre en España, corre al encuentro de Lafayette, tan luego como aparece en su salón, y le pide nada menos que un ejército para aniquilar el despotismo de nuestra vieja monarquía, detenida á su vez en Burdeos, encerrada en el castillo de Há, no logra verse libre más que prostituyéndose al emisario de la Convención, ni unos meses después podrá salir de la Petite-Force sino acelerando el golpe de los termidorianos contra los feroces triumviros.

Tales fueron, en suma, el proceso y la suerte de las primeras ilusiones revolucionarias y de los españoles más tempranamente iludidos por ellas. ¿Hasta qué punto pudieron alcanzar á Moratín? Uno de sus contemporáneos y amigos predilectos nos dice que «vivió y murió perteneciendo á aquel pequeño número de hombres ilustrados y de corazón sano y justo que así desechan los errores envejecidos

»como las novedades desastrosas». ¿Quién no reconoce en tales rasgos los que hubieron de distinguir, andando el tiempo, á los afrancesados españoles, desde el mismo Moratín hasta Meléndez, Lista y Reinoso? Pudieron deleitarse, como *Inarco*, con los epigramas de una incredulidad de gabinete, abominar de la Inquisición, traducir el *Cándido*, comentar con deliciosa ironía el *Auto de fe* de Logroño y poner en solfa la casuística de los definidores ó los prodigios de las brujas en el aquelarre de Zugarramurdi; mas la violencia y el trastorno, la anarquía y la efusión de sangre en que vino á resolverse casi en seguida el idilio de 1789, aterrorizaron para siempre su alma espantadiza y colmada de buena fe.

No tenía, pues, Moratín vocación alguna de político militante. Los problemas de la gobernación, de la soberanía, de la libertad religiosa y civil, apreciábalos tan sólo por sus relaciones ó trascendencia con y sobre la cultura. Era un verdadero literato, es decir, un espíritu sin ardor, todo cordura, suavidad y confianza. Hay motivos para afirmar fundadamente que hasta quince ó veinte días después de haber llegado á Francia ó de hallarse en Burdeos, ó sea hasta el 25 de Mayo ó 1.º de Junio, no comenzó á darse cuenta de la situación real de aquel país, de la fermentación de los ánimos, del terrible avispero en que se había metido incautamente, creyendo volar al centro mismo de las gracias y las musas. Por las conversaciones de sus amigos, por la lectura de los papeles, por el aire de tempestad que agitaba la atmósfera, comprendió demasiado tarde que se ha-

bia equivocado: las musas se convertían en bacantes, las gracias en euménides y gorgonas. Deja que Chabot y Pontoi, como queda dicho, emprendan un nuevo viaje; á causa del miedo que le sobrecoge, acuerda permanecer en Burdeos á la expectativa; instálase como pupilo en casa de un Rendon, *traiteur*, y pasa de esta manera todo el mes de Junio y gran parte de Julio, hasta el día 20, en que prosigue su expedición después de dos meses cumplidos de estancia en dicha capital.

Recordemos sucintamente el estado de la nación vecina en aquellos instantes. »La primera tentativa »hecha por los demagogos para proclamar la soberanía de la calle, inaugurar el reino del motín y »cuartear los más hondos cimientos del viejo edificio monárquico, estuvo muy hábilmente conducida.» Dicho ensayo no fué otra que el indulto y la glorificación de los cuarenta suizos de Châteauevieux, condenados á galeras por indisciplina, asesinato y robo de la caja regimental, y es considerado por Mortimer-Ternaux (1) como la inauguración ostensible de la anarquía jacobina. Los galeotes fueron conducidos en triunfo á París, paseados desde la Municipalidad al Club de los Jacobinos y desde el Club de los Jacobinos á la Asamblea, cuyo envilecimiento y sumisión á la chusma no pueden ya disimularse. Los diputados tienen que sufrir la presencia de los asesinos del teniente Desilles en el mismo

(1) *Histoire de la Terreur*, 3.^a edición, tomo I, páginas 53 y siguientes.

local en que su busto ocupaba el sitio de honor, debido á un mártir de la ley y de la patria; tienen que transigir con la apoteosis de unos presidiarios, cubiertos ahora de laureles y envueltos en una nube de incienso, entre la soez elocuencia de Collot d'Herbois y los versos cantábiles de Chénier el joven. De vengar á la humanidad escarnecida se encargó muy pronto su hermano el divino Andrés, en uno de aquellos *yambos* que volarán eternamente á través de los siglos. El generoso arrebató que le movió á cantar la inolvidable escena del Juego de Pelota, se ha convertido, antes de tres años, en sarcástica y fulminante indignación. Su lira melodiosa, sus versos de láctea dulcedumbre, preludian desde este momento el nuevo tono que sublimará en las estancias impecables de su oda á Carlota Corday, y lo ensaya, noblemente enfurecido, contra los glorificadores y los glorificados de Châteauevieux:

Ces hères que, jadis, sur un banc de galères
Assit un arrêt outrageant
Et qui n'ont égorgé que très-peu de nos frères
Et volé que très-peu d'argent!

Mientras tanto, la escasez de trigo y su carestía son causa de frecuentes tumultos en muchos pueblos de la proximidad de París, y el ocurrido en Étampes, que costó la vida al alcalde Simoneau, por defender el orden y el respeto á la ley, da la medida de cuánto puede esperarse del partido demagógico. La fiesta de desagravio consagrada oficialmente á la memoria del heroico funcionario municipal, transcu-

re entre la indiferencia, cuando no entre la rechifla y el cínico sarcasmo de los clubs populares, sobre los cuales se acentúa el ascendiente de Robespierre. Los reveses del ejército, achacados á traición; la existencia del pretendido *comité austriaco*; las acusaciones del periodista Carra contra los ex ministros constitucionales Montmorin y Bertrand de Mollville, sospechosos de conspiración realista; la infame predicación sanguinaria de Marat en *L'Ami du Peuple*, iban irritando ferozmente los ánimos y preparando las futuras hecatombes septembrinas, con la impunidad de la pluma inviolable y de la idea que no delinque. Después de tres meses de poder, Dumouriez, adicto ahora á la corte, va de un lado en el ministerio, y de otro, la fracción girondina no resellada: Roland, Servan y Clavière, que exigen á todas horas de Luis XVI, repetidos y humillantes testimonios de lealtad constitucional ó revolucionaria. Y la última de semejantes humillaciones es la disolución de la guardia del rey (29 de Mayo), que entrega inerme la monarquía á los escarnios del 20 de Junio y á la jornada final del 10 de Agosto, mientras se adoptan también los decretos de expulsión de los clérigos refractarios y formación de un acantonamiento de 20.000 hombres en París, salvaguardia de la Asamblea contra los manejos de la reacción.

Sin duda tales noticias, llegando á Burdeos, como á toda Francia, exageradas por la nerviosidad en que vivía la nación, hicieron creer en la inminencia de grandes trastornos y detuvieron la marcha de Moratín á París que, como he dicho, contaba em-



prenderla allá el 3 de Junio. Desde este momento verémosle seguir una vida de dulce vagancia, de apacible monotonía. Pasa su tiempo, por la mañana, con un M. Le Roi, ó en la farmacia de M. Cazalet; por la tarde pasea á lo largo del Jardín público ó siguiendo la ribera del río, y asiste casi todas las noches á la Comedia. Desde la misma botica de Cazalet contempla, el día 7 de Junio, el paso de la procesión del Corpus, con su obispo, sus canónigos y sus sacerdotes constitucionales ó juramentados, con su mezcolanza de culto tradicional y de manifestación revolucionaria y cívica.

Es el último acto externo de un rito expirante: un acto que ya anuncia las fiestas de la Razón y en el cual se confunden los símbolos y ornamentos de la liturgia romana con la escarapela tricolor, con la pica y el gorro frigio de los sansculotes. Aquellos himnos eucarísticos serán, dentro de un año, el *ci devant* O SALUTARIS, el *ci devant* TANTUM ERGO, cuando por sacrílego azar figuren incluidos en el programa de las solemnidades jacobinas. Por esas mismas calles de Burdeos y ante el propio gentío que ahora reverencia el ostensorio, aun elevado por manos cismáticas, pasará dentro de unos meses la carroza del procónsul Tallien, ofreciendo á la adoración de las multitudes la figura arrogante de Teresa Cabarrús: aquella *Teresita* de Moratín, tantas veces requebrada de niña por el tranquilo poeta madrileño cuando no podía pensar que el destino la reservase para Minerva de la Revolución, así como la pintan las memorias de los contemporáneos: la

mano derecha sosteniendo una lanza y el brazo izquierdo ceñido al busto del terrible convencional, tigre amansado y conquistado por la belleza española.

Pero la relativa calma provincial de Burdeos no había de ser tampoco muy duradera, y empiezan á hacerse ostensibles los signos precursores de aquella tempestad que la convirtió, junto con Lyon, Tolon ó Marsella, en una de las ciudades víctimas del gran trastorno (1). Vanamente se esfuerza Moratin en aparecer sereno, en sostener la actitud espectante y semideportiva de ciertos viajeros ingleses cuyas impresiones han llegado hasta nosotros, como, por ejemplo, las *Lettres d'un témoin de la Révolution française*, que Taine publicó y tradujo. Vanamente disfraza de estoicismo é impasibilidad sus diarias anotaciones. El suelo de Francia trepida bajo sus pies. El Encelado aprisionado bajo la débil corteza de la isla de Tinacia—para seguir la imagen de Carlyle en su portentoso libro,—ruge y se agita para hacer saltar aquella superficie y derramar lo de dentro sobre lo de fuera en un diluvio de lava, de incendio y de anarquía.

Aquellas personas con quienes departe diariamente el autor de *La comedia nueva*: el M. Le Roi, M. Pontoi, Cazalet, el ilustre químico y profesor de la Escuela central de la Gironda, que prepara su *Théorie de la nature*, que ensaya en grande la fa-

(1) Véase la interesante obra de Aureliano de Vivie, *La Terreur à Bordeaux*.

bricación del azúcar de remolacha, que investiga pacientemente el origen de la hidrofobia (1), no tardarán en sufrir, con un motivo ú otro, las durezas de la fuga, de la expoliación ó la cárcel, bien como sospechosos de realismo á la manera de este último, bien á título de hacendados ó indiferentes. El rigor de la estación estival no se apaga con el baño diario que Moratín acude á tomar en el río, desde el 8 de Julio, con sus buenos amigos bordeleses; el ardor de las pasiones políticas tampoco. El día 14 suspende ese baño, sin duda para presenciar en el Jardín público la fiesta de la Federación, con motivo del tercer aniversario de la toma de la Bastilla. ¡Qué cambio desde la primera Federación en Julio de 1790! La ilusión generosa, la divina embriaguez, la esperanza universal que se respiraban en aquella fecha, vémoslas convertidas en marea rugiente, en hosco y amenazador bramido.

El segundo aniversario (1791) quedó sin celebrar por la fuga de Varennes y sus interminables y dolorosas incidencias, y no tuvo otra repercusión que la sangrienta del Campo de Marte, el día 17, con motivo de suscribirse allí la petición de *dechéance* del Rey: la bandera roja del alcalde Bailly proclamando la ley marcial, los fusiles de Lafayette, ahogaron en sangre el movimiento sedicioso y mancharon con ella las gradas mismas del altar de la Patria, desde donde un año antes el obispo de Autun, Talleyrand, asistido de cien sacerdotes, pontificó glo-

(1) *Nouvelle Biographie Générale*, del Dr. Hoefler.

riosamente, entre coros y salvas de artillería, para el juramento del Rey, del Ejército y de la Asamblea, ante un concurso de seiscientos mil franceses electrizados por la venida de la Libertad sobre la tierra... El tercer aniversario, el que se celebra ahora, llega ya después del 20 de Junio, preñado de odio, de amenaza siniestra, de salvaje rencor. Las turbas han desfilado por las Tullerías, vociferando contra el veto, sujetando á mil oprobios á Luis XVI y á toda la familia real, imponiendo al ungido del Señor la irrisión del cetro de caña y de la corona de espinas, en el balcón de un nuevo Pretorio que anuncia también la trágica proximidad del Calvario.

En vano resisten los departamentos á la impulsión de la capital, queriendo mantener á la Revolución dentro de límites constitucionales y legalistas. El írenesí acaba por invadirlos y conquistarlos también en uno ú otro sentido, y los espectáculos de sangre, que tanto temió Moratín encontrar en medio del tumulto parisiense, vinieron á sorprenderle en la calma relativa de Burdeos, á que se había acogido esperando la normalidad. El día 15, que era domingo y siguió á la fiesta de la Federación, almuerza confiadamente con Chabot y Pontoi, toma su baño en el río, asiste á la Comedia. Pero, al salir, viene á sacarle de su divagación literaria un encuentro por demás lúgubre y espantoso: dos sacerdotes, para quienes ha comenzado ya la persecución diocleciánica del Terror, han sido asesinados, y la más vil escoria de Burdeos pasea sus cabezas, ensangrentadas y lívidas, en el horror fantástico de la noche.

Moratin corre á su albergue, toma su cuaderno y apunta con mano agitada la efeméride roja que acaba de presenciar: *Décapitation de deux prêtres. Têtes por las calles. Obstupui.* «Quedó pasmado»: ha visto por primera vez la cara del monstruo y no podrá olvidarla nunca. He aquí la versión oficiosa del hecho, que publicará dentro de algunos días el *Moniteur*:

«*De Bordeaux, le 16 Juillet.*— Cette ville, connue par le patriotisme de ses habitants, avait su, au milieu des orages de la révolution, conserver cette tranquillité, ce calme si nécessaire à la prospérité du commerce. Ce calme hereux vient d'être troublé par une affreuse catastrophe. — Une patrouille de la municipalité de Cauderan conduisait au directoire de ce district trois ecclésiastiques, arrêtés le matin dans cette commune, et parmi lesquels était M. Langoiran, ci-devant vicaire-general. — Une multitude irritée se presente à leur passage sur la place Dauphine et les demande à grands cris. Les volontaires de Cauderan opposent une vigoureuse résistance; mais ils sont-forcés de céder à l'impétuosité d'un peuple égaré... furieux, il est vrai, contre l'un de ces prêtres, qui agite et tourmente le canton sans que la loi ait pu réprimer sou audace contre-révolutionnaire. Deux victimes sont immolées. Leurs têtes sont promenées dans les rues. Á la nouvelle de cet événement un cri d'horreur parcourt la ville, les citoyens son consternés. Le peuple au desespoir s'ecrie: Que la loi punisse donc les factieux qui veulent nous perdre au nom du Ciel!» (1).

Desde este momento ya no vacila. No hay razón

(1) *Moniteur*, reimpresión, tomo XIII, pág. 222.

para diferir su viaje á la capital y prolongar una *villeggiatura* que va resultando tan poco idílica, puesto que la provincia se adelanta á los temidos excesos de París y acaba de ofrecerle una visión anticipada de los días apocalípticos que se acercan. Casi en seguida acude á casa del Vicecónsul para poner en regla su documentación; el 19 del mismo mes de Julio pide su pasaporte á la Municipalidad, y el 20 toma la diligencia, despidiéndose de Burdeos, donde se ha hecho la ilusión de veranear como un sibarita, por espacio de dos meses, en el seno de un país dichoso y acabado de redimir. Entrañan estas despedidas una emoción inefable, que Moratín no dejaría de experimentar entonces, al salir de la capital de la Gironda, empujado por la marea revolucionaria: «¿Me alejo para siempre de este lugar, ó volveré á pisarlo algún día? ¿Cuándo, en qué circunstancias, bajo qué influencias del destino?»

Veintinueve años después, el 11 de Octubre de 1821, á eso de las cinco de la mañana, descendía en el parador de la *malle-poste*, de la misma ciudad de Burdeos, un viajero achacoso y envejecido. Era el propio D. Leandro Melitón Fernández de Moratín (1). Seis lustros han pasado sobre él, sobre Francia, sobre Europa. La humanidad parece haber vivido siglos en esos seis lustros. Una oleada inmensa ha rodado por todos los países del globo, con répli-

(1) Carta de Moratín á Melón, *Obras póstumas*, tomo II, páginas 377 y 378.

cas y contrarréplicas formidables. Anarquía delirante del Terror, anarquía mansa del Directorio, Consulado, Imperio, guerra universal, invasión de España, reinado del rey José, restauración pasajera de las viejas dinastías en los viejos solios vacilantes: todo esto ha presenciado el viajero español en sus treinta años de ausencia. La pleamar de la Revolución arrebatóle de Burdeos en 1792, paseándole, mal de su grado, á través de todas las borrascas de su época; y á Burdeos vuelve á arrojarle, allá por 1821, cuando llega el descenso de las aguas, pobre juguete de la conmoción universal, convertido ahora en emigrado político con los demás secuaces y hechuras del rey José, en la silenciosa tragedia de la expatriación.

V

Cinco días invirtió en su viaje á París, por Angulema, Poitiers, Tours, Blois, Orleans, Etampes. De este itinerario hago gracia al lector, por no ofrecer nada saliente. El día 25 de Julio (1792), á las doce de la mañana, llegó á la capital de Francia, que ya solía llamar *chef-lieu de l'Univers* el estrafalario Anacársis Cloutz, fundador del cosmopolitismo á la moderna. Y de la estancia de Moratín en la alborotada Lutecia—ó *Lodosa*, como escribía alguna vez festivamente,—sí que doy por extenso, traducido

de sus abreviaturas políglotas, el dietario que conserva el ms. de la Biblioteca Nacional:

Día 25 de Julio. Á las cuatro salir (de Etampes); á las doce en PARIS. Á casa del hermano de Chabot; comer. | Con él á correr calles; por los boulevares.

26. Por la mañana á correr calles; Palais-Royal. | Con Chabot *vi el Banquete civico de la plaza de la Bastilla*. Por los boulevares; Palais-Royal; por las calles.

27. Á casa de Olivera. Á casa del Dr. Pinel. | Con Chabot á la Comedia; volvimos en coche.

28. Al Palais-Royal; por las calles. | Á casa de Olivera; á las Tullerías; al Palais-Royal; por las calles.

29 (domingo). Por la tarde al boulevard, á la Comedia

30. Por las calles; al Palais-Royal. | Á *Santa Genoveva*; otra vez al Palais-Royal; por las calles. *Duhamel asesinado*.

31. Por las calles; al Palais-Royal. | Á casa de Olivera. Con Chabot á la Comedia.

Día 1.º de Agosto. Al boulevard. Con Chabot y su esposa á casa del cura de Saint-Marceau; comer. | En fiacre con ellos.

2. Por las calles. | Palais-Royal.

3. Por las calles. | Al boulevard; calles; Palais-Royal.

4. Á casa de Iriarte; no estaba. Por las calles; Palais-Royal. En coche con Chabot otra vez á casa de Iriarte. | Cenar con la esposa de Chabot y una vecina; por el boulevard; *al café Corazza*.

5 (domingo). Al boulevard. | Con Chabot por el boulevard; al café Corazza. Con el mismo á *la sección des ENFANTS ROUGES*.

7. Por la tarde á casa de Iriarte; por el boulevard.

8. Á casa de Iriarte; á recorrer las librerías. | Aquí á comer, M. Guerin, etc. Con ellos al boulevard.

9. Á casa de Iriarte para comer, pero me llevé chasco. Comer en el Palais-Royal. Á la Comedia. Por la noche *toque de rebato; sublevación del pueblo.*

10. *Ataque á las Tullerías—matanza de los suizos—gran pavor.* | Con Chabot por la calle de San Antonio; *cabezas paseadas en picas; pavor.* Al café.

11. Por la mañana *aquí, sin salir.* | Comer; con Chabot al boulevard.

12 (domingo). A casa de Iriarte. A *las Tullerías: vi las habitaciones saqueadas, las estatuas de Luis XIV y Luis XV derruidas.* Antes había ido á casa de Olivera. Con Chabot al boulevard.

13. A casa de Olivera; no le hallé. Por las calles. | Con Chabot al boulevard. *Vi la traslación del Rey al Temple.*

14. Con Chabot por las calles. A casa de Mme. de Beaumont, entregué la carta de Crucero. | Con Chabot por las calles y al Palais-Royal.

15. A casa de Olivera; á correr calles. | A casa de Pellicer; con Chabot al boulevard; café Corazza.

16. *A la sección por pasaporte.* A casa de Olivera; con él á casa de Couteulx; á la Sección. | *Con Chabot al Hôtel de Ville por pasaporte.* En coche hasta la barrera de Passy.

17. A casa de Pellicer y de Iriarte. | A casa de M. Le Grand por letra; á casa de Pellicer; á la Comedia.

18. A casa de Pellicer, *al despacho de la diligencia.* | Con Chabot á la Comedia.

19 (domingo). A correr calles. | Café; con Chabot á la Comedia.

20. A correr calles; con Chabot á casa del cura de Saint-Marceau, el mismo del día 1.º, para comer. | *A la Sección des GOBELINS DES PORTES.*

21. A casa de Pellicer; no estaba. | A casa de Olivera; tampoco estaba. Por las calles á la Comedia.

22. Al despacho de la diligencia. | Al café; por las calles; á casa de Olivera.

23. A la diligencia; salir á las doce; á las nueve en Clermont...

Y sigue la enumeración de sus etapas por Amiens, Aberville y Boloña hasta Calais, y de Calais á Dover y Londres... Cuando Moratín llegó á París, el 25 de Julio, hallábase la Revolución en su momento culminante. ¡Qué otros *grandes anales de quince días* hubiera podido legar á la posteridad española extendiendo las anotaciones contenidas en su diario! Lo que ocurrió á la vista de D. Leandro en el transcurso de aquellas semanas llena hoy, con centenares de volúmenes, los estantes de las bibliotecas. Contarlo de nuevo ó resumirlo siquiera, había de constituir insufrible redundancia. Últimos esfuerzos desesperados del partido constitucional para salvar al rey y á la Monarquía; intento de Lafayette para sustraer la Asamblea al tiránico influjo de los jacobinos; engañosas ilusiones de reconciliación, el 7 de Julio, con el *beso Lamourette* y la presencia de Luis XVI en la Cámara; suspensión del Alcalde de París, Petion, y del procurador síndico de la Municipalidad, Manuel, á causa de los sucesos del 20 de Junio, aprobada por el rey y levantada por el Parlamento; desastres de los ejércitos en la frontera; retirada de Luckner; proclamación de «la patria en peligro»; el Poder real bloqueado entre constitucionales y girondinos, y espiados y excitados estos últimos por los *montag-*

nards, con toda la implacable obstinación de las desconfianzas demagógicas... ¿cómo guiar al lector, mediante unas breves líneas, por el dédalo inextricable de tantos sucesos, intrigas, facciones, personas y fatalidades como se entrelazan y chocan sin cesar, atropellada y confusamente?

El mismo día, casi á la misma hora en que nuestro compatriota pone el pie en París y se sacude en casa de Chabot el polvo del camino, otro Chabot, el ex capuchino y miembro de la Asamblea, pide en ésta, sin más demora, el examen de la conducta del rey, para ir derecho á su exoneración, que es lo que imponen los clubs, los arrabales, los «federados» venidos de provincia y la chusma vociferante de las tribunas. La autoridad presidencial, que había llamado al orden al innoble *defroqué*, vese humillada y escarnecida por la mayoría, la cual desaprueba su resolución, amonestándole, á su turno, públicamente. Guadet lee el proyecto de carta-ultimatum que debe ser dirigida al rey, pidiéndole, «por la postrera vez», que se una decididamente al pueblo para defender la Constitución y el Trono contra las conspiraciones de dentro y contra la amenaza de invasión extranjera. La fermentación en la sala del *Manège* ó Picadero, en la vía pública, en las secciones y en las sociedades patrióticas, ha llegado á su mayor intensidad. Y en este momento, para siempre memorable, sale á la calle Moratin, no bien acaba de comer, en compañía del hermano de Chabot, que parece hospedarle en su domicilio.

El primer cuidado de nuestro compatriota había

sido proveerse de la *escarapela* ó *cocarde* tricolor, que así nacionales como extranjeros están obligados á ostentar todo el tiempo que dure la declaración de *la patrie en danger* (1). ¡Ay de quien la olvide en medio de esa capital devorada por la sospecha, ferozmente idólatra del símbolo y del cinta-jo! De tal suerte empenachado nuestro *citoyen*, nadie le reconociera por el tímido y apacible contertulio de la celda de Estala, por el devoto de los Basilius y de la bóveda de San Ginés. Husmea en el aire el acre olor de la fiebre colectiva. Francia, París, han perdido en cinco años, desde su primer viaje, aquel encanto suyo tradicional de una dulzura que hechizaba á extranjeros, peregrinos y huérfanos de patria. La cortesía, el buen trato, las maneras agradables, la ligereza espiritual y afectuosa, parecen cosas pretéritas, lejanas, remotísimas. Una ruptura violenta que Michelet, con su fuerza asombrosa de intuición, señalara el primero, se ha producido en el carácter nacional, desfigurándolo para siempre.

El jacobinismo ha secado los sentimientos generosos, ha endurecido los corazones, ha teñido de lividez y ferocidad sombría los rostros y las almas. La psicología, el traje, el tono de idioma, el aspecto de la población, todo ha cambiado. Demoliciones en el espíritu, demoliciones en las calles y plazas, bienes nacionales para alquilar ó vender, monu-

(1) Mortimer-Ternaux, *Histoire de la Terreur*, tomo II (2.ª edición), pág. 29.

mentos del viejo despotismo arrasados y destruidos, armas y blasones borrados de dondequiera, y dondequiera también sansculotes con pica y gorro frigio, mujeres con aspecto de furias ó ménadas, con los ojos inyectados y la boca espumeante. Esa remota descendencia de los galos, á la vuelta de tantas centurias, ha hecho buena la expresión de Tito Livio: *Gens nata ad vanos tumultus*. Irritabilidad, efervescencia, entusiasmos infundados y tornadizos, he aquí la historia del accidentado quinquenio. Sus huellas adviértense en todos lados: en la cara del transeunte y en las piedras de los edificios, antes risueños y acariciadores, que parecen haberse transfigurado, adquiriendo el matiz y la sugestión de la tragedia. El extranjero reconoce los lugares y escucha horripilado las anécdotas. «Esta fué la fábrica de Réveillon y el sitio del motín famoso; por esta calle exhaló el último suspiro De Launay, arrasado después de la toma de la Bastilla; aquí cayó Fleselles, el preboste de los comerciantes; ahí sucumbieron Foulon ó Berthier...» Ennegrecido todo por el incendio, mellado por los proyectiles, profanado por la efusión de sangre, la ciudad de la ligereza y del placer diríase haberse cubierto de una gasa fatídica. Y el viandante no se atreve á levantar los ojos al reverbero ó *lanterne* de las esquinas, símbolo un día del esplendor urbano de París, que ahora, con su brazo siniestro, sustituye el horror de las visiones medievales cifrado en la almena expiatoria de los viejos castillos.

El día siguiente (26 de Julio), repuesto del viaje y

del no dormir, entrégase *Inarco* á la delicia de sus paseos sin rumbo. Chabot, que hacía los honores de la ciudad al forastero, se creería obligado también á hacerle los honores de la Revolución y de sus espectáculos, y por la tarde le conduce á presenciar el *banquete cívico* en la plaza que ocupó la Bastilla. Los federados de las provincias que vinieron para las fiestas del 14 de Julio han sido mañosamente retenidos en París—no obstante las órdenes de concentrarse en Soissons,—para servir de combustible á la sublevación general que se prepara. Un «buen patriota y mediano arquitecto», como le juzga el *Moniteur* (1), el ciudadano Palloy, se ha apoderado de las ruinas y del solar de la ex fortaleza, montando con ellos una lucrativa industria de civismo. De sus piedras hizo labrar ochenta y tres reducciones de la Bastilla, colocándolas á buen precio en los ochenta y tres departamentos de Francia; especuló con el «artículo patriótico»; se erigió en contratista, ó, mejor dicho, en beneficiario de las demoliciones y de los adornos para festejos. Como David en los grandes aparatos y manifestaciones, como Sarrette en la música de la Guardia nacional, como José Chenier satisfaciendo las necesidades poéticas del día, Palloy fué una de las columnas artísticas de la Revolución; y lo mismo sirvió para arrasar una maldita cárcel de Estado que para reforzar otra, la del Temple, y ceñirla de un muro exterior cuando fué destinada á recibir la familia real prisionera.

(1) *Ibidem*, pág. 246.

No habían sido quitados por completo los adornos con que engalanó la plaza de la Bastilla para el día 14 y ya fué necesario arreglarla de nuevo para el ágape del día 26. Cubrióse de mesas la explanada; federados y parisienses comparecieron en número crecidísimo á ocuparlas, llevando cada cual su provisión en un alarde de frugalidad espartana. No volverá á repetirse el caso de un pueblo que se redime Plutarco en mano, con los textos griegos y latinos á la vista y con la intención consciente de reproducir los grandes hechos y las grandes escenas de la antigüedad. Jamás se presenció ni volverá á presenciarse un fenómeno igual de intoxicación literaria: veinte millones de hombres, á los cuales la continua ingestión de clasicismo ha turbado la cabeza, sumiéndoles en aquel estado delirante que pudo observar Moratín en los partícipes del banquete. ¿Qué extraña mezcla de asombro y repugnancia no había de sentir un temperamento como el suyo, antipopular por excelencia, refinado, turrieburnista, como diríamos ahora, y que no menos que su maestro Horacio abominaba del tumulto de la plaza pública y de todo roce con lo vulgar y profano?

Vió el festín, los abrazos fraternales, las lágrimas patrióticas corriendo por los rostros conmovidos y amenazadores; pero acaso ignoró que mientras la muchedumbre celebraba en torno de las mesas interminables su Pentecostés de la nueva religión, allí, enfrente, en la taberna del *Soleil d'or*, que miraba á la execrada fortaleza desde la entrada del arrabal

de San Antonio, una oscura rebotica sirvió de refugio á la conspiración, para producir aquella misma noche el cataclismo, que no llegó sino quince días más tarde. Allí estaban Santerre, Lazowsky, Fournier el Americano, el periodista Carra y otros demagogos y agitadores más oscuros; allí las rojas banderas preparadas, con sus lemas de «Resistencia á la opresión; ley marcial del pueblo soberano...» Pero el intento abortó por aquella vez. Santerre mostróse vacilante, los arrabales no respondieron. Según costumbre, jamás alterada hasta la fecha, los periódicos sectarios culparon de la agitación á la víctima por ella escogida de antemano, ó sea la corte. Y el «virtuoso Pétion» repitió sus equilibrios pilatescos del 20 de Junio, arengando al buen pueblo, «que es excelente y generoso, aunque puedan extraviarlo accidentalmente los manejos de sus enemigos...», etc.

Como en Burdeos, esfuérase en París D. Leandro para hacerse la ilusión de vivir en plena normalidad. Mañana y tarde vaga por los boulevares ó por el corazón de la urbe, y se interna una y otra vez en la zumbante colmena del Palais-Royal, «cuna de la Revolución», principio y fin de todas sus correrías. Rueda al azar por las arcadas, se extasia ante las tiendas, husmea en la provisión de los *bouquinistes*, adivina los garitos y timbas, lee los pasquines políticos, atraviesa los jardines y busca la sombra de los castaños y acacias que en el trance solemne de la Bastilla se deshojaron para ofrecer á Camilo Desmoulins y su frenético auditorio un signo de alianza y redención. «Todo afluye á ese centro de la activi-

»dad parisina. A los ojos de Francia y de Europa,
»París es el Palais-Royal. Ningún extranjero llega á
»la capital sin que sus pasos se dirijan inmediata-
»mente hacia la inmensa feria. Porque, ¿qué otra
»cosa sino una feria es esta vastísima parada en
»que todo se vende, todo se compra ó todo se cam-
»bia? Para la política, he aquí los libreros con sus
»*pamphlets*, sus opúsculos, sus publicaciones del
»día; para los gastrónomos, he aquí las mesas á
»punto en casa de Véry, de Veauvillers, de los her-
»manos Provenzales; para los libertinos, he aquí el
»enjambre alborotado de las meretrices, la volup-
»tuosidad guiando su impúdico cortejo por las gale-
»rías llenas de rumores...» (1). Tal es el vistoso la-
berinto urbano en que ha venido á convertirse la
mansión cardenalicia de Richelieu, que antes de dos
meses tomará el nombre de Palacio-*Igualdad*, como
su actual propietario y explotador, Felipe de Or-
leáns el regicida.

Pero, á juzgar por las apuntaciones del diario, los
ardores eróticos de Moratín han cedido á la pre-
ocupación absorbente de las circunstancias. Nada
de ofrendas á Venus, nada de entrevistas sospecho-
sas como en la ciudad de Montaigne. El miedo
aplaca los sentidos, si es que no obedece la con-
tinencia de ahora á resabios de sus aventuras borde-
lesas, según pudiera deducirse, extremando la mali-
cia, de una carta suya posterior (2) y de su visita del

(1) H. Fleischmann, *Les filles publiques sous la Terreur*, pági-
nas 113 y 114.

(2) «Yo no sé á quien deberemos los buenos informes de que me

día 27 al Dr. Pinel. ¿Sería tan sólo el afán de conocer á una eminencia lo que le llevara á casa del ilustre frenópata, entonces en plena nombradía por su reciente *Traité médico-philosophique de l'aliénation mentale*? Resulta muy curioso que un literato, tan exclusivamente literato como nuestro viajero, no visitara á ningún escritor durante aquellos veinte días de su estancia en París, ni viese á otro hombre notable que el reformador de Bicêtre y la Salpêtriére, el libertador de los orates, por quien las redenciones revolucionarias penetraron en la ciencia, que extendió la declaración de los Derechos del Hombre hasta las mazmorras de los antiguos manicomios (1) y en cuya casa debía encontrar un refugio Condorcet, antes de quitarse la vida para ahorrar trabajo á Sanson y al Comité de Salud pública.

Lo cierto es que ni Saint-Pierre, ni Laharpe, ni Barthélémy, ni Beaumarchais, ni siquiera el hispanista Florian, suenan para nada en los apuntes, no obstante lo ofrecido á Forner por Moratín en su carta de despedida. La gente de letras andaba como azorada y en dispersión, atraídos los más por la fiebre política, procurando los otros hacerse olvidar en la sombra y el silencio. Es posible que Florian residiera en Sceaux, de cuya Guardia nacional la Revolución había dado la jefatura al antiguo paje

hablas: gente hay ahí aptísima para chismes y embrollos de viejas. No tengo bubas, ni las he tenido jamás, ni cosa que se le parezca...»—Carta á Melón: *Obras póstumas*, tomo II, pág. 161.

(1) *Éloge de Pinel* por Couvier, *Mémoires de l'Académie de Sciences*, IX.

del duque de Penthièvre, al lindo *Floriannet*, consagrado por la imposición de manos de Voltaire. Olvidado de su Cervantes y de su Gonzalo de Córdoba, flirteó tímidamente con la Montaña, trocando un momento el tirso bucólico de *Galatea* ó de *Estela* y *Nemorín* por la pica republicana. Una de tantas compilaciones ó cancioneros patrióticos como aparecieron entonces, las *Muses sansculottides* (1), recogeen una *carmagnole* de nuestro poeta, que comienza de este modo:

Sur ma guitare assez longtemps (*bis*)
 J'ai chanté les tendres amants (*bis*).
 Chantons la liberté,
 La sainte égalité,
 Et le doux nom de frères;
 Soyons unis, soyons unis...
 Et le doux nom de frères;
 Soyons unis,
 Mes amis.

De nada le sirvieron, no obstante, estos escarceos revolucionarios. A su condición de noble iba emparejada la sospecha; á su timidez de literato el odio de los ultrapatriotas. Sufrió persecuciones, dió con sus huesos en la cárcel y de ella vino á sacarle, como á tantos otros, el 9 termidor, si bien el pobre Clariseo sobrevivió pocas semanas á la fecha de su libertad, ahogándose como un anacronismo en el mar de sangre del Terror, su canto flébil, dulzón y de pastaflores.—Pero, volviendo á Moratín, no me-

(1) Cuaderno 8.º, 30 germinal, año II.

nos extraña que esta ausencia de relaciones literarias á que me refiero (explicable, en parte, por lo azaroso de aquellos días) es también su falta de curiosidad política. Ni una vez acude á la Asamblea para gozar el espectáculo de una sesión, con todo y ser entonces tan emocionantes y dramáticas, acaso por esto mismo; ni una vez á los jacobinos, cuya terrible puerta se contentaría con observar pasando por la calle de San Honorato; ni una vez á los *Cordeliers*. ¿Era temor, repugnancia, desprecio? Imposible precisarlo, careciendo de toda explicación auténtica.

Por ventura apreciaba todo aquello como un inmenso delirio, como una estupenda insensatez que no hacía más que aguarle la fiesta de su viaje, de sus estudios literarios, de su vocación teatral. «*Si los franceses no estuvieran locos—escribirá malhumorado, desde Londres, al abate Melón—no hubiera yo venido á ver las inmortales obras de Shakespeare!*» (1) No le interesaba el fondo de esa locura, ni puso ningún empeño en llegar á los clubs y á la sala del *Manège*, donde se forjaba el rayo de las iras populares. Limitase á ver la superficie, las exterioridades, los alrededores de la tragedia, sin penetrar en sus lóbregos subterráneos. Llega hasta las Tullerías, como el día 28; discurre por la terraza de los Feuillants, oye las vociferaciones de la gente contra *Madame Veto* y las amenazas que suben hasta los regios balcones. Resolviendo interinamente

(1) *Obras póstumas*, tomo II, pág. 132,

la disputa, un lazo tricolor ha bastado en los jardines para separar la parte pública de la parte reservada al «representante hereditario de la Nación», ó para distinguir «el territorio nacional del territorio austriaco», como escribirá malignamente *Le Patriote français*. «La cólera del pueblo pende de una cinta; la corona del rey pende de un hilo»: esto reza uno de los papeles injuriosos diariamente fijados al cordón. La cabeza de Luis—añadirá la Historia—pende ya de un cabello.

Así, pues, se contenta D. Leandro con sus paseos de costumbre, con su vieja manía de correr calles, con su inspección de edificios y reformas urbanas. El día 30, por la tarde, dirige sus pasos á Santa Genoveva, convertida en Panteón de los grandes hombres de la nueva Francia. La cúpula que debía abrigar la imagen de la Santa pastora velando sobre París, servirá en adelante para cobijar las cenizas de donde surgiera el Fénix de la Revolución. El acato fúnebre de esta visita, no sería sin duda para el primer ocupante de dicho templo de la gloria, Mirabeau, sino para el segundo, Voltaire, genio y expresión de su siglo.

He aquí á un joven representante de la España de los *autos de fe* y de los autos sacramentales de Calderón deponiendo su ofrenda sobre el ara votiva del gran oráculo, del autor de *Zaire* y *Mahomet*, árbitro de la escena y sus cánones y unidades sacratísimas. Bañado en la sombra funeral del patriarca, impregnado de la confidencia de los sepulcros, gana otra vez la calle y vuelve á sus correrías, á sus boulevares, á

su Palais-Royal. Es la hora suprema de la animación y del vocerío: las atracciones, las salas de variedades y sombras chinescas, los gabinetes de figuras de cera, como el de Curtius; los *tripots* elegantes, como el del número 50, tenido por la Sainte-Amaranthe y el hijo de Sartine; los cafés y horchaterías, bullen y pululan de curiosos, de extranjeros, de rameras de todo país y categoría, entre las cuales no es difícil al español distinguir alguna Soledad malagueña, alguna Amparo valenciana (1). D. Leandro vuelve á sumergirse en esa movilidad incesante y vistosa; se siente vivir en el propio corazón del mundo y se olvida momentáneamente de los furores y peligros revolucionarios. Mas, á continuación de tales visitas y paseos, vese constreñido á añadir en sus apuntes esta lacónica indicación: *Duhamel asesinado*. Y es que se empeña en volver la cara á la Revolución, en cerrar los ojos á la tragedia que avanza desmelenada, mientras la casualidad parece complacerse desplegando á su vista las imágenes más sangrientas y atormentadoras.

El día anterior (29) habían llegado á las puertas de la capital los famosos marseleses: quinientos federados que las sociedades patrióticas del Mediodía enviaban á París, ruidosamente, para dar enérgico

(1) Véase, por ejemplo, en los «infiernillos» de la pornografía este impreso, que se vendía entonces por las arcadas del Palais-Royal: *Almanach des adresses des demoiselles de Paris, de tout genre et de toutes classes, ou Calendrier du plaisir... suivi de recherches profondes sur les filles anglaises, ESPAGNOLES, italiennes et allemandes, pour l'année 1792*.

impulso á la Revolución, mejor dicho, á la violencia y la ferocidad. «Marineros ó campesinos de Provenza, los unos; gente áspera y sin miedo ni piedad», como dice Michelet; «más dañinos los otros todavía, mancebos de clase algo elevada, en su primer acceso de furor y fanatismo; extrañas criaturas, perturbadas y tempestuosas desde su cuna y como no se ven iguales más que bajo aquel violento clima», los quinientos marseleses de Rebecqui y Barbaroux que venían á apoyar é imponer la deposición del rey, constituían, más que una falange patriótica, una horda de forajidos, con toda la exaltación mística de los viejos albigenses ó catharos y toda la sequedad de entrañas de los almogávares de saco y cuerda. El himno que llevaba su nombre (1), perdía en boca suya el acento del heroísmo y la generosidad para tomar una expresión feroz, de degollina y barbarie, que ponía espanto.

Su entrada triunfal en París fué dispuesta para el día 30. Debían pasar á lo largo del arrabal de San Antonio, reunirse con los cuarenta mil patriotas armados que había ofrecido Santerre, dirigirse á las Tullerías y obtener de una vez, sin soltar de mano á la Asamblea, el decreto de deposición. Pero esta tentativa del 30 falló como había fallado la del 26. Hallaron una gran muchedumbre estacionada para verlos pasar, mas no para seguirles; y después de un simple desfile por las calles, se dirigieron á los Campos Eliseos, en una de cuyas tabernas les ofre-

(1) Llamábasele entonces: «la canción de los marseleses».

cían un banquete espartano los más ardientes jacobinos de París. No bien entrados en ella los marseleses, salían del cercano restaurant Dubertier los granaderos del batallón de las Hijas de Santo Tomás, que acababan de celebrar una fiesta de cuerpo. Malquisto de los demagogos este batallón, entre todos los de la Guardia Nacional, por su adhesión al orden y á los principios constitucionales, la presencia de sus individuos fué recibida á gritos, á manotadas de lodo, á pedradas, por la chusma que acababa de acompañar á los héroes de Marsella.

Queriendo evitar una lucha desigual y estéril, los granaderos trataron de escabullirse por pequeños grupos. Sonó un redoble de tambor; algunos provocadores gritaron: «¡á mí, los marseleses!»; y saliendo éstos, sable en mano, por las puertas ó por las ventanas de su taberna, cayeron sobre los asombrados guardias nacionales. Uno de ellos, Duhamel, joven agente de cambio que gozaba de general estima, trató de tener á raya á sus perseguidores, apuntándoles una pistola; mas esto redobla la furia de los marseleses, los cuales le acosan hasta el interior de un café de la calle de San Florentino, donde sucumbe cubierto de heridas, mientras otros quince guardias nacionales quedan gravemente maltrechos. Tal es la primera hazaña de los patriotas del Mediodía, que Moratín califica inmediatamente de *asesinato*, al anotar la misma noche el resumen de su jornada, y que, como de costumbre, será cínicamente defendida en la Asamblea por los *enragés*, convirtiendo en víctimas de una celada á los propios verdugos.

VI

Las cabezas de los dos sacerdotes decapitados en Burdeos, el cuerpo ensangrentado de Duhamel, no son visiones que conforten á un espíritu como el de nuestro compatriota; pero las circunstancias obligan á hacer de las tripas corazón, sobre todo cuando no se halla fácil ni expedita la puerta para salir de la trampa en que se cayó. Sin duda sopor-taron los franceses sus veinticinco años de Revolución é Imperio, con la secreta esperanza de que al día siguiente renaciera la normalidad y la paz con todo el mundo. Y de la misma suerte, D. Leandro trataría de esperar á que pasase el nublado ó procuraría adaptarse al ambiente de la revuelta, como á una fuerte bebida de buen tono. ¿Qué remedio más que aturdirse en el café ó en el teatro como si nada ocurriese? ¡Y qué café el suyo! El más ruidoso y bullidor del Palais-Royal: el *café Corazza*, en suma, que comparte con el de Foy un papel importantísimo en la historia íntima de las convulsiones de París. En aquella sala famosa empiezan á acoplarse las figuras más siniestras de la facción extranjera y del bando de los *ultra*: Proly, Desfieux, Chabot el ex capuchino, Tallien el futuro secretario-grefier en la *Commune* del 10 de Agosto, Lazowsky, Varlet. Esto es, los furiosos, los «septembrizadores».

los implacables y averiados (1). Todavía no ha entrado en juego el español Andrés María Guzmán, que sirve en los ejércitos y no regresará á la capital hasta fines del mismo año 92, para brillar, efímero y violento, como un relámpago, en la tormenta del año siguiente. Y, no obstante esta clientela de exaltados, el café Corazza pasará siempre en el concepto público como un foco esencialmente contrarrevolucionario y realista (2), y acumulará continuas sospechas, de las cuales, en uno de sus informes, tendrá que ocuparse el ministro Garat, verdadero técnico y organizador de la policía terrorista (3). Los escritores que en la polémica histórica á propósito de Batz, sostienen—como Lenôtre ó el descendiente del famoso conspirador monárquico—la tesis de su intervención maquiavélica en el envilecimiento ó destrucción mutua de los revolucionarios y convencionales, no verán en los asiduos de ese café más que agitadores á sueldo, espías disfrazados de patriotas, agentes provocadores manejados por el intrépido barón ó energúmenos que secundan admirablemente sus planes. Tal fué también la tesis de Robespierre y Saint-Just en el proceso de las *chemises rouges* («conspiración del extranjero ó de Batz») y en las causas contra los hébertistas ó contra Danton y sus amigos.

(1) *Les conspirations et la fin de Jean, baron de Batz*, por su descendiente el barón de Batz. París, 1911, pág. 22.

(2) A. Schmidt, *Tableaux de la Révolution française*, tomo I, página 149.

(3) Buchez et Roux, publican este informe en el tomo XXV de su *Histoire parlementaire de la Révolution française*.

Con esta flor y nata de los violentos y de los «hombres de sangre», codeóse, un poco sin saberlo, nuestro benigno compatriota, acompañado del Chabot de París y de su *conjux*, como escribe á menudo, y hasta de una *vicina* amable, que se convirtieron en cicerones del viajero. Y de la Comedia no digamos. En medio de tanto trastorno y turbulencia, asiste al espectáculo el 27, el 29, el 31 de Julio; vuelve á él la noche trágica y suprema del 9 de Agosto, y el 17, 18, 19 y 21 del propio mes. ¿Qué obras acertó á ver? Esto es lo que no puntualizan sus apuntes. Abriendo el *Moniteur* ó el *Journal des Débats* y repasando los anuncios correspondientes á aquellos días, podremos enterarnos de las funciones más en boga. Desde la fuga á Varennes, los teatros han abandonado sus viejos títulos reales y principescos: se han convertido en Teatro de la Nación, Teatro Italiano, Teatro Francés, Teatro de la calle Faydeau, Ambigú-Comique, Teatro de Mademoiselle Montansier,—la protegida ó asociada de Danton. Nada ya, por estas fechas, de *Grands danseurs du Roi*; nada de *Théâtre de Madame Royal* ó de *Monsieur*. Aparte del repertorio consagrado, desde Racine á Voltaire, desde *Fedra* á *Brutus*, representanse obras nuevas y de circunstancias, apópsitos políticos, loas fúnebres. A *La mort de Mirabeau*, á *L'autodafè ou le Tribunal de l'Inquisition*, han sucedido hace tiempo *La lettre de cachet*, *La mort de Gouvion*, *Les deux Chambres*. Hace furor en la sala Montansier *Tout par l'opium*, parodia de *Romeo y Julieta*. Con *Georges Dandin* y *Le bar-*

bier de Séville alternan aquellos días, en el Ambigú, *Crispin a Madrid* y *Le villageois clairvoyant*. Con *Le médecin malgré lui* ó *La frascatana*, renuevan cada noche su éxito en el Teatro de la calle Feydeau, *Les visitandines*, el estreno más feliz de aquellos años.

¡*Les visitandines!* ¡Qué inexplicable sugestión, qué dolorosa resonancia evoca este título en la mente del rebuscador que ha seguido, día por día, los periódicos del tiempo, que ha visto á esa ópera cómica—á esa «linda bagatela», como la llama el crítico del *Moniteur*—hacer impasible su camino, de un cabo á otro de la Revolución! Nacida poco antes del 10 de Agosto, en medio de las convulsiones agónicas de la realeza, soporta el año terrible, combina sus agudezas y donaires con el horror del 93, sobrevive á sus espectadores, acaso á sus mismos intérpretes de la víspera, y surca el mar Rojo como un esquife de nácar iluminado en la oscuridad, resonante de cascabeles argentinos y flautas melifluas. Cuando llegan los días sangrientos y las terribles «hornadas» de Prarial, continúa imperterrita en los carteles, entona cada noche su apacible serenata de amor al pie de la guillotina, que relampaguea al claro de luna y, pasando á la otra ribera, hallámosla todavía, veinte años después, distrayendo, en Cádiz ó en Palma de Mallorca, el tedio de los fugitivos durante la guerra de la Independencia, con sus melodías impregnadas de inefables recuerdos sansculótidos y termidorianos.

Así se entrelazan y confunden realmente lo histó-

rico y lo trivial, el hecho que destacará sobre las edades y la trama oscura del vivir diario y silencioso. Para variar de espectáculo, una noche, la del 5 de Agosto, acuden Moratín y Chabot á la sección *des Enfants rouges*. Las cuarenta y ocho secciones de París se han declarado en sesión permanente, como consecuencia de la declaración de «la patria en peligro»; se ha establecido en la Municipalidad un negociado central de correspondencia entre ellas; se ha hecho continuo su contacto para la rebelión que se anuncia. El manifiesto del Duque de Brunswick, jefe de los ejércitos aliados, y sus fulminantes é ineptas amenazas contra la capital, conocidas desde el día 3, encienden el coraje de todos. Uno de los más firmes campeones de la derecha parlamentaria, Matthieu Dumas, dirá, andando el tiempo, con precisión definitiva, que aquella proclama fué «el acto más impolítico que la ignorancia y el orgullo dictasen jamás, y un verdadero fratricidio de los príncipes franceses emigrados contra Luis XVI y su familia» (1).

Después de la filípica de Isnard, en la Asamblea, comentando el mensaje del rey en que se comunica y desapruueba el manifiesto, preséntase Pétion á dar cuenta de la petición de destronamiento, amañada en el Hôtel-de-Ville por los sedicentes comisarios de las secciones. La de Mauconseil se declara desde luego en rebelión y manifiesta no reconocer ya como rey de Francia al infortunado Capeto, adhi-

(1) *Souvenirs*, tomo II, págs. 426 y 427.

riéndose otras trece á tal acuerdo. La Asamblea vacila; agota los medios de dilación; trata de evadir las conminaciones que continuamente recibe para que resuelva á plazo fijo. Y los jacobinos, los *Cordeliers*, los cincuenta clubs, las ochenta y cuatro secciones, los innumerables cafés y *guinguettes* de la ciudad, son otras tantas asambleas enfurecidas, donde no se habla más que de alzamiento popular y deposición del monarca. Esta sección de los *Enfants rouges* que visitó Moratín, se reunía entonces en la iglesia del mismo nombre, cerca del Temple, y comprendía 1.800 ciudadanos activos. Más adelante se llamó sección del *Marais*, luego sección del *Homme-Armé* y, á partir de 1813, cuartel del Monte de Piedad (1). Y allí tuvo ocasión de presenciar, *in vitro* diríamos, las operaciones revolucionarias, reducidas casi siempre á la tenacidad de una minoría que por la vociferación, la amenaza y el cansancio se impone al mayor número de comodones y negligentes, hasta el punto de que los acuerdos más graves resultan tomados á última hora, cuando ya no quedan en el local más que los tres ó cuatro mangoneadores de costumbre y unos veinte ó treinta ciudadanos rendidos de sueño.

Mientras tanto ha visitado también á Olivera, el judío bayonés, residente en París ahora. Ha visitado á D. Domingo de Iriarte, secretario de nuestra Embajada y encargado del despacho de ella, por

(1) Mortimer-Ternaux, *Histoire de la Terreur*, tomo II. Notas, página 430.

haberse retirado ya Fernán-Núñez. Iriarte le pondría al corriente de los bajos fondos é interioridades de la Revolución; de la ambigüedad de relaciones entre España y Francia, que parecen haberse suavizado un momento gracias á la presencia del viejo Aranda en el poder; de la ruptura en perspectiva y que no tardará en hacerse inevitable... El día 9 de Agosto dirígese D. Leandro á casa del diplomático español, con el intento de comer allí. Pero se lleva chasco: Iriarte no está. Sus deberes políticos lo habrán retenido en otro puesto; las entrevistas de los representantes extranjeros que quedan en París no cesan un instante; se cierne en la atmósfera como un aviso de tragedia final. Vuelve Moratín sobre sus pasos, se encamina á su refugio del Palais y satisface su apetito en el primer restaurant que le llama la atención. Pasea de nuevo por la tarde y va por la noche al teatro, con su habitual continente calmoso, ostentando con más ó menos bizarría su gran escarapela tricolor sobre el ala abatida del sombrero á la *Henri IV*. Al salir de la Comedia da todavía su vuelta de noctámbulo impenitente. La noche es espléndida y calurosa, sin un soplo de aire ni una nube. Observa un momento el estival insomnio de París, los grupillos de curiosos en cada puerta, las patrullas y retenes cruzando en todas direcciones. ¿Ocurrirá algo esta vez? No es probable. ¡Hace tantos días que se anuncia! Lo más cuerdo es meterse en cama y entregarse á un sueño reparador. Pero no bien se ha recogido en su albergue, cuando, en punto de media noche, vibra, dis-

tante el toque furioso de una campana, que se extiende de iglesia á iglesia, en la calma solemne de un aire inmóvil, en el silencio de una expectación que permitiría oír el ritmo de la sangre fluyendo por las venas.

He aquí las palabras de su dietario, reproducidas literalmente y sin traducción, en su propia jerga franco-latina: «*nocte tocsin sonat; sublevacion populi.*» ¿De qué se trata? ¿De una precipitación, de una intentona más, de un tumulto pasajero? No. Es que suena la hora en el reloj de los siglos. Aquellas campanadas vibrantes y siniestras no caen siquiera como cayeron doscientos veinte años antes las de la torre de Saint-Germain-l'Auxerrois, en la noche aciaga de San Bartolomé, pregonando un acceso de furor, de fanatismo, de barbarie. Las de ahora separan dos edades del mundo, dos épocas de la historia, dos milenios de la humanidad. Anuncian, en suma, la mañana del 10 de Agosto, que es más, mucho más que un ataque á las Tullerías y la caída de un trono secular diez veces, porque supone una violentísima ruptura de la unidad del espíritu humano. Una era de diez y ocho centurias parece extinguirse en este momento expiatorio, purgación final de un largo proceso de crímenes, iniquidades é injusticias colectivas, si damos crédito á los definidores ó profetas de la nueva revelación; mientras se abre la era de las reparaciones y delicias... por ventura destinada también á resolverse en espejismo, en engaño, en «ilusión de progreso» y en más larga cuenta de crímenes é iniquidades, cuando ama-

nezca de nuevo, en siglos futuros, el día de la revisión vengadora, cerrándose otro ciclo semejante en la alternativa insoluble y fatal de las decepciones y las esperanzas terrenas.

¿Tuvo conciencia Moratín de esa gran subversión espiritual y material á que asistía y del valor trascendente de aquella jornada? Puede afirmarse que no. Los hombres de su temple, correctos y minuciosos, suelen carecer del alto sentido histórico y del don de lo sublime. No poseen aquella doble vista que permite contemplar lo actual y momentáneo *sub specie aeternitatis*. Moratín no era un filósofo, ni tan sólo un pensador. No respondió nunca, como poeta, á la emoción de lo grande, fuese de la categoría que se quiera: generoso ú horrible, divino ó satánico. Era un espíritu intenso, sin duda, pero con un sector de visión muy limitado: la preceptiva, el «buen gusto», la amenidad, la delicada observación de costumbres literarias ó domésticas. Como todos los horacianos en general, sobreponía la perfección á la elevación ó grandeza, manteniéndose en irónico escepticismo epicúreo. Es fácil adivinar, por lo mismo, cuáles serían sus impresiones en aquellos días inolvidables y cómo el espanto que manifiesta tan reiteradamente es más de carácter fisiológico que de origen moral.

¿Cómo transmite á la posteridad esa fecha del 10 de Agosto de 1772, de que el azar vino á hacerle testigo? Pues con la siguiente anotación literal de su diario: «*Tullerías—Ataque—Massacre Esguizari.—Ego pavor.—Con Chabot, rue San Antonio*

y boulevard. Têtes in lanzas. Pavor.» Tantas veces ha sido contada y descrita esa mañana memorable, que no es lícito volver sobre ella mientras no se aporten datos nuevos ó versiones desconocidas. Desgraciadamente, Moratín no llegó á extender la suya, y resulta imposible sumarla á las que ofrece todos los días la diligencia de los investigadores. Así, al tiempo de escribir este trabajo, Arturo Chuquet ha publicado en *Le Temps* dos interesantes documentos de dicha especie, ó sean dos cartas referentes al 10 de Agosto, firmada una por el médico Bollmann—que más tarde trató de libertar á Lafayette—y otra por un rico desocupado, Schlabrendorf, ambos alemanes. Schlabrendorf se había trasladado á París, ganoso de asistir de cerca á los acontecimientos de la Revolución y cediendo á una curiosidad que contrasta con la displicencia del escritor madrileño: fué á Francia por unas semanas, y el trágico interés de la revuelta le retuvo allí hasta 1815. El Dr. Bollmann se hallaba en la Asamblea en el momento en que Luis XVI y su familia, atravesando penosamente el jardín de las Tullerías y la terraza de los *Feuillants*, se refugiaron en el seno de la representación nacional, que ya fué tanto como entregarse á la venganza y al patíbulo.

Después de mortales incertidumbres, de enojosos cabildeos—la Asamblea no podía deliberar constitucionalmente en presencia del rey,—se acuerda alojar á los augustos refugiados en la *loge* ó tribuna donde tomaba sus notas el *Logotachygraphe*, separada del salón por una verja de hierro. Escena inolvida-

ble, que el médico tudesco parece haber sentido con entrañas de *hombre*, no de humanitario ni de patriota. Su descripción corrobora y amplía los relatos más conocidos, las memorias de Madame Campan, de Weber, el hermano de leche de María Antonieta, de Madame de Tourzel, el aya de los niños reales. Con aire indiferente, pero sin ningún rasgo de dignidad, el rey aguarda el término de la discusión; la reina, en cambio, demuestra una actitud digna de su rango. «Sus cabellos se han vuelto grises en estos ocho meses últimos. Sus faltas—dice Bollmann—jamás me parecieron tan excusables como al verla en la Asamblea nacional, frente al pobre esposo inepto, frente al bueno, pero incapaz de Luis XVI.»

Lo que pasó fuera del Parlamento es harto sabido. Después de la salida del rey y su familia, permanecieron unos setecientos suizos y un centenar de guardias nacionales en las Tullerías. Algunas horas más tarde casi ninguno quedaba con vida: *Helvetiorum fidei ac virtuti invictis pax*, dirá la inscripción del monumento levantado en Lucerna á su memoria. El castillo estaba devastado, saqueadas sus habitaciones, incendiadas muchas de sus dependencias y edificios anexos. Una multitud, ebria de vino y de sangre, de lujuria y de ferocidad, despojaba los cadáveres, cometía en ellos mil torpezas, los mutilaba asquerosamente. Jirones de chaquetas rojas, uniforme de los suizos, flotaban en la punta de las bayonetas y de los sables, pregonando la trágica fidelidad de aquella legión esclava de su

juramento. Las cabezas de los muertos eran paseadas en picas y la horrible saturnal duró toda la tarde, toda la noche, á la luz de reverberos y hogueras.

Moratin contempló ese cuadro, como lo contempló y describió Schlabrendorf; vió esas cabezas lívidas y amoratadas, pasando por el boulevard y la calle de San Antonio; esos ojos abiertos y vidriados por la muerte, esas bocas contraídas por la última crispación. ¿Eran de anónimos soldados, de gentilhombres sorprendidos en el Alcázar, de monárquicos como Clermont-Tonnerre, de escritores como Suleau, degollado aquella mañana por Théroigne de Méricourt, la virago ó amazona de Lieja, en venganza de sus espirituales epigramas? No lo supo, seguramente; no quiso saberlo. No podía experimentar más que náusea y repulsión. Conoció, de una vez para siempre, el horror de la demagogia y la crueldad de las muchedumbres desbordadas. Le fué dado observar cómo los hombres permanecen sustancialmente los mismos á despecho del efímero barniz de la cultura; cómo el fanatismo exterminador que achacamos á las edades pretéritas, no hace más que cambiar de rumbo y de objeto, emigrando de una á otra religión, de uno á otro ideal, de unos á otros principios dominantes, y cómo, en fin, la misma capital del orbe civilizado reproduce los espectáculos desgarradores, la inmunda carnicería y los rosarios de cabezas que la falsa retórica suele evocar como lúgubre ornamento reservado tan sólo á los muros de Fez ó Tafílete.

¡Salir de este infierno, salir cuanto antes! He aquí su única idea. El 11 de Agosto, por la mañana, permanece encerrado en su domicilio; por la tarde se aventura un momento hasta el boulevard, en compañía de Chabot. El 12 visita á Iriarte; llega á las Tullerías, contempla la magnitud del estrago, las habitaciones saqueadas, el famoso «armario de hierro», las huellas de los proyectiles, los vestigios de la lucha y la sangre. Por tierra yacen las estatuas de Luis XIV y Luis XV. Es domingo: una multitud inmensa, llevada de la misma curiosidad, recorre los jardines, el Alcázar profanado, el templo de la realeza abatida. En la sala del Picadero, la Asamblea continúa su oprobiosa sesión, convalidando todas las imposiciones de la chusma; la familia real apura su cáliz de sesenta horas en la celda del *Logotachygraphe*. La nueva *Commune* revolucionaria se ha erigido en poder absoluto y tiránico, contra el Parlamento, contra los treinta y seis mil municipios restantes. Así como antes impuso el destronamiento del rey, ahora impone su reclusión.

Vacilase entre el palacio de Luxemburgo, la abadía de San Antonio, el Obispado, el Temple; y la torre de este último, previa inspección del imprescindible Palloy, el arquitecto patriota, resulta la preferida. Al anochecer del lunes (13 de Agosto), en dos coches de las que fueron caballerizas reales, el infortunado Luis, María Antonieta, Madama Elisabet, el pequeño Delfín y la Infanta, fueron conducidos al viejo edificio de la extinguida orden. Morafín, acompañado de Chabot, vió pasar ese cortejo

lamentable, en las sombras del crepúsculo, mal disipadas por el resplandor de las siniestras *lanternes*. Una formidable escolta envolvía á los regios prisioneros; las turbas vociferaban injurias y amenazas inequívocas. Ha subido á una de las carrozas el «virtuoso Pétion», como en Varennes un año antes; pero Barnave ya no está allí, y tardará muy poco en expiar su generosa y caballeresca adhesión de última hora á ese gran infortunio inevitable.

A contar de tal momento, todo denota, en los apuntes de D. Leandro, impaciencia, agitación, preparativos de marcha. Busca al abate Pellicer, con quien hará su viaje á Londres; se apresura á cumplir algunos encargos que hasta entonces había diferido, y olvida la mayor parte; entrega á Madame de Beaumont (¿de la familia del arzobispo de París?) la carta que para ella habíale dado Crucero. De casa de Iriarte corre á la de Pellicer, de la de Pellicer á la sección para pedir pasaporte. Es preciso que dos ciudadanos «corporalmente responsables» de esta declaración (1), identifiquen su personalidad, y, á escape, va á buscar al judío Olivera, y con éste á Couteulx ó Le Couteulx, el financiero de la Constituyente. Vuelta á la sección, y de la sección al Hôtel-de-Ville para el refrendo, y del Hôtel-de-Ville en coche, hasta la barrera de Passy (16 Agosto). ¿A guisa de paseo en que emplear la tarde? ¿Para gozar un anticipo de salida ó escapatoria de aquel infierno? Y otra vez, el 17, á casa de

(1) Acuerdos de la *Commune*, del 13 y 18 de Agosto.

Iriarte, á casa de Pellicer, á casa del banquero Le Grand, para tomar una letra sobre Londres y arreglar sus asuntos monetarios.

El cambio con dicha plaza, según las cotizaciones del *Moniteur*, está aquellos días á diez y siete; el precio del dinero habrá subido notablemente, pues se omite este dato en el periódico oficioso, á contar de la memorable rebelión. El día 7, para obtener 100 libras en plata, era preciso dar 160 en *asignados*: un luis de oro costaba cuarenta libras papel. En regla su documentación, sus pasaportes, su carta de crédito, no falta sino que las famosas barreras de París dejen el paso libre. Danton ha dicho que «hay que hacer miedo á los aristócratas»: es el terror, que se acerca á grandes pasos. Marat no habla en *L'Ami du Peuple* más que de sus doscientas setenta mil y pico de cabezas cortadas. Las cárceles se llenan de suspectos; vigíase toda evasión; empieza á funcionar el *Tribunal del 17 de Agosto*, origen del horrible sistema que alcanzó sus cumbres en el futuro Comité de Salud pública, en el Tribunal revolucionario y en la ley draconiana del 22 de Prarial. Háblase ya de visitas domiciliarias, de un gran escarmiento y, en suma, de un 2 de Septiembre todavía innominado y sin fecha.

La suspicacia jacobina, á la cual un progreso ilusorio ha trasladado la suspicacia inquisitorial, rece la traición en todas partes y ha hecho imposible toda salida. «Las barreras de París, cerradas el 10, el 11, el 12 y el 13, entreabiertas el 14 después de una visita general á los *hôtels garnis*, cerradas de

nuevo el 15 y el 16, estuvieron del 17 al 29 libras á medias» (1). El derecho de gentes no reza con las revoluciones; de las proclamas líricas que llamaron á los extranjeros á compartir las dulzuras y bienandanzas de la libertad, nadie se acuerda tampoco. La teorizante garrulería de la época no tardará en justificar esas violaciones, declarando por boca de Thuriot que Francia debe permanecer «*en estado de naturaleza* respecto de los otros países». Y después de la prohibición de salir, viene la aglomeración de los detenidos por esta causa, la insuficiencia de los medios de transporte, el agotamiento de los pasajes. Todo el mundo quiere partir á la vez. Moratín acude al despacho de la diligencia, junto con el abate Pellicer, desde el día 18. Hasta el día 23 no les será posible emprender la marcha anhelada.

Mientras tanto, refrena su impaciencia y espera el instante de la liberación, aturdiéndose en el café, en el teatro, cuyas funciones son ya á beneficio de las víctimas del 10 de Agosto; con las compras y visitas de despedida; comiendo el día 20 en casa del cura de Saint-Marceau, amigo de Chabot y uno de los ejemplares del sacerdote constitucional y patriota, que ya les había invitado el día 1.º; consumiendo los minutos, que se le hacen horas, y las horas, que se le hacen meses, aunque sea fisgoneando por última vez en un antro terrorista, como la

(1) Mortimer Ternaux, *Histoire de la Terreur*, tomo III, pág. 133, nota.

sección *des Gobelins* (día 20), que reúne lo más exaltado del arrabal de San Marcelo y que fermenta con la fermentación precursora de las horribles jornadas de Septiembre. Por último, al medio día del jueves 23 de Agosto, puede subir á la ansiada diligencia, dirigir una postrera mirada de angustia y satisfacción, todo á un tiempo, á las calles de la enloquecida metrópoli; pasar por las barreras y sufrir el sobresalto final de la presentación y examen del salvoconducto; decir adiós á la pesadilla. A las nueve de la noche, la diligencia llega á Clermot. Después de cenar, á la una de la madrugada, sigue para Amiéns, donde se apea á las once de la mañana del 24. El 25 come en Boloña, y á las ocho de la noche se halla en Calais. El 26, á primera hora, se embarca en el paquebot, con un *pavor terribilis*. Es la primera vez que se confía al mar y que conoce su furia.

A las doce de la mañana está en Dover, al abrigo de las olas, en el seno de una nación tranquila. Puede respirar á sus anchas, arrancar del sombrero la cucarda cívica, sentirse libre y dichoso. ¡Queden en paz, al otro lado, los franceses, con sus sangrientos delirios y su fanática redención! Lo que acertó á ver le basta y le sobra. Le basta para no olvidarlo jamás; le basta para sentir, en lo que le reste de vida, un horror invencible por la memoria de aquellos meses malogrados y por todo lo que trascienda á bullanga y popular tumulto.

VII

Tales fueron las andanzas del ilustre escritor madrileño durante su viaje de 1792; tales las escenas que presenciara al atravesar ese golfo encrespadísimo de la Revolución francesa. Como queda dicho, ninguna de estas escenas tuvo que ver con el asesinato de la princesa de Lamballe, contrariamente á lo que los biógrafos de Moratín afirman. El 27 de Agosto, D. Leandro hallábase ya en Londres, alojado en una posada de Suffolck-Street (1), desde donde pasó más adelante á la calle de Strand, núm. 481, y luego á la Green-Street, Leicester Square, número 11 (2). La angelical amiga de María Antonieta no pereció, según es sabido, hasta el día 3 de Septiembre, en la prisión de la Force. ¿Cómo pudo ver paseada en una pica la cabeza de Luisa de Saboya-Carignan, con sus guedejas de oro pálido velando las facciones exagües y puras y rodeándolas de una luz de martirio é inmortalidad? Ni le faltaba esta prueba para «dejar con espanto y aversión un país donde el crimen parecía haber erigido su trono» (3).

El día siguiente de su llegada á la ciudad del Tá-

(1) Diario manuscrito.

(2) *Obras póstumas*, tomo II, págs. 129 y 132.

(3) Silvela, *Vida de Moratín, Obras póstumas*, tomo I, pág. 22.

mesis, escribe á Melón (1): «Ayer llegué á Londres; » hoy (28 de Agosto) he visto á Las Heras y al Embajador, que me ha recibido muy bien... Las cosas de » París van mal. La Fayette se escapó, huyendo de » la guillotina que le amenazaba; el rey está en una » torre del Temple con un municipal (un miembro » del municipio) que no le pierde de vista, y mil » hombres de guarda; los jacobinos han renovado » las proscripciones del Triunvirato; nadie vive seguro, y todo el que puede escapar, escapa. Dirás á » Dimanche y al Doctor, que no extrañen que no » haya hecho ninguno de sus encargos en veinte » días (2) que me he detenido en París, y en días tan » agitados y turbulentos...»

Sorprende la escasez de alusiones á los sucesos de la Revolución que pone de manifiesto su correspondencia conocida. ¿Sería por temor á los rigores fiscales de las Aduanas españolas, por cautela, por alta de afición? Transcurren unos cuatro meses, hasta el 21 de Diciembre de 1792, sin que aparezca otra carta ni otra referencia política. Lo que dice á Melón en esta última fecha, sería para desconcertar si no conociéramos lo contradictorio de esos caracteres escépticos y volterianos que abominan de los frutos y no dejan de cultivar la planta. «El » rey (de Inglaterra) está empeñado en hacer la guerra á los franceses, y el pueblo en que le aligeren

(1) Por cierto que esta carta (*Obras póstumas*, tomo II, pág. 125) figura con la fecha equivocada. Dice 28 de *Marzo* y debe decir 28 de *Agosto* de 1792.

(2) Fueron veintinueve justos.

»los tributos; el de Escocia é Irlanda está un poco
»revuelto, y no deja de dar cuidado. El contagio de
»la falsa filosofía ha cundido aquí, á pesar del frío
»que hace, y por todas partes se oyen opiniones ab-
»surdas, que hacen estremecer. Dicen que es menes-
»ter un nuevo arreglo del Parlamento, y que la na-
»ción no está legalmente representada... Se quejan
»también, con igual injusticia, de las riquezas del
»clero, la distribución de los impuestos, los privile-
»gios de varios cuerpos y particulares, y otras co-
»sas, que anuncian los progresos que van haciendo
»en esta gente las erradas máximas de los moder-
»nos. De otro modo pensaban nuestros abuelos, y
»el pan valía más barato, y había más cristiandad y
»más temor de Dios...» (1).

Pasan otros cuarenta días y, en 1.º de Febrero del 93, poco después de la muerte de Luis XVI en el cadalso, dice al indefectible Melón: «Ya sabrás las
»últimas novedades de la Galia: aquí, como estamos
»tan cerquita, las tenemos al cuarto día. Cada vez
»se cree la guerra más inevitable...» (2). En otra carta, sin fecha, pero del propio año 93, manifiesta á su amigo cuánto le fastidia la dramaturgia británica: «El teatro inglés—dice—es capaz de consolar á
»los españoles, á los italianos y aun á los malabares,
»de las extravagancias del suyo»; y añade la confesión ya citada más arriba: *si los franceses no estuvieran locos, no hubiera yo venido á ver las inmor-*

(1) *Obras póstumas*, tomo II, págs. 126 y 127.

(2) *Idem id.*, pág. 131.

tales obras de Shakespeare. Y, por último, cosa de seis meses más tarde, el 26 de Julio, anunciando á Melón su próxima salida para Bélgica, Alemania é Italia, dice secamente y de pasada: «El inicuo Marat acaba de morir asesinado á manos de una mujer» (1). El hecho había ocurrido en París el día 13.

Con esto puede decirse que se pierde en sus cartas todo rastro de la Revolución, si bien las *Notas sueltas sobre Inglaterra*, publicadas en sus *Obras póstumas*, contienen todavía algunas referencias aprovechables. Así, por ejemplo, la reseña de un banquete político, en la taberna de *Crown and Anchor*, al cual asistió y que habían organizado los partidarios londinenses de Tomás Payne, después del proceso y condena (en rebeldía) de este último, por su opúsculo sobre los *Derechos del hombre*, y de la célebre defensa del abogado Erskine. Payne era norteamericano; se adhirió con gran vehemencia á la Revolución de Francia y tomó parte activísima en sus agitaciones, trabajando á dos vertientes: en el interior, y sobre los pueblos de lengua inglesa, con la terrible fusión del puritano y el jacobino. «Llevado de la curiosidad—dice Moratín—, asistí á esta función, tomando un billete por siete chelines», ó sean 35 reales de nuestra moneda. Debía presidir la Erskine en persona, quien, al presentarse en la sala de espera, fué recibido con aplausos y aclamaciones.

(1) *Obras póstumas*, pág. 134.

Subido en una mesa leyó un discurso contra el Gobierno *tory*, y le siguieron otros varios. Llegada la hora de comer, y á costa de formidables empujones y aun con peligro de morir aplastado, Moratín consiguió penetrar en la sala principal, suficiente para unos cuatrocientos comensales, de los ochocientos que se habían reunido. El salón estaba adornado con pilastras y figuras, gran bóveda elíptica en el centro, dos imponentes chimeneas de mármol, cinco arañas riquísimas. Dispuestas á lo largo contábanse cinco mesas y otra que formaba el testero, para la presidencia. «Se cubrieron las mesas una sola vez; pero con tal abundancia, que todos comieron bien y sobró mucho todavía.» Después del banquete, empezaron los brindis: Erskine, el fogoso Sheridan, Grey, Bing. A continuación de cada discurso, se levantaban las copas, decíase tres veces *hurra*, y bebían todos. Algunos oradores cantaron también canciones políticas de circunstancias, creadas por el auditorio, que repetía el estribillo.

Mr. Took, afecto á la demagogia, habló en sentido más exaltado que sus predecesores y zahirió al Presidente y á Sheridan. El vino se había apoderado ya de no pocas cabezas, trataron algunos de agredir á Mr. Took, en un grupo cercano á él empezaron á darse de cachetes, cedieron las mesas, rodó la vajilla por el suelo, ganaron la puerta los más prudentes y, después de mucho rato, con grandes fatigas de la presidencia y una vez retiradas las reliquias del combate, prosiguió la reunión como si tal cosa, quedando acordado repetirlo dentro de cuatro

semanas (1). La viva descripción de esta escena hace muy de sentir el silencio del literato español sobre tantas otras, más movidas y trascendentales, de que acaba de ser testigo. Fatigado de Londres, emprende, allá en Agosto del 93, su vuelta á la Europa continental. El día 6 llega á Dóver para embarcarse con dirección á Ostende, según el itinerario que puntualiza en su *Viaje de Italia*.

El día 7, detenido en Dóver todavía, anota la siguiente impresión, que no honra, por cierto, á su blandura de entrañas: «Viento contrario. Me divier->to en ver embarcar para Ostende clérigos y ex->frailes franceses, desaliñados, puercos, tabacosos, >habladores; tan en cueros como el día en que lle->garon, y tan á oscuras de la lengua inglesa, al cabo >de dos años de manejar el diccionario, como la >madre que los parió» (2). Estos infelices desaliñados, puercos y desnudos, eran los hermanos de persecución y martirio de aquellos otros, cuyas cabezas ensangrentadas tanto le horrorizaron en Burdeos. Era el rebaño miserable y hambriento de la emigración forzosa, esto es, de la expulsión legal y de la disyuntiva entre la apostasía y la muerte. Cuando él salió de París como simple viajero, aburrido y asqueado, pudo cruzarse con las caravanas de esos clérigos, empujados, entre mil peligros, á todas las fronteras; privados de sus beneficios y temporalidades, sin ropa, sin ajuar, sin permitirseles

(1) *Obras póstumas*, tomo I, págs. 165 y siguientes.

(2) *Idem id.*, tomo I, pág. 272.

más dinero que una cantidad irrisoria, no pocas veces dejada en las manos rapaces de sus perseguidores ó de sus custodios. Así entraron por docenas y por millares en España, y así pudo hallarles todavía á su regreso, después de cinco años de diversión en los países más agradables de la tierra, mientras ellos languidecían en una estrechez é infortunio que empiezan ahora á ser debidamente conocidos y estudiados (1).

Y nada más. El viajero siguió su ruta; la Revolución también. El viajero peregrinó por Bélgica y Suiza, por Alemania é Italia. Se extasió en Milán, en Parma, en Florencia, en Roma, en Venecia, en Ferrara. De Bolonia, donde halló á los sobrevivientes de la expulsión de los Jesuitas entregados á toda suerte de estudios, hizo su cuartel general. Pasaron los años 1794, 95, 96... Allá, á mediados de Octubre, emprendió su regreso á la nativa Hesperia, embarcando en la fragata española *La Venganza*. Un temporal horrorosísimo la puso á pique de perderse: cedió, partido, el bauprés; quebróse la caña del timón; pudo escapar de milagro al apresamiento por una escuadra británica, y se refugió en la isla de San Pedro, punta meridional de Cerde-

(1) Véase especialmente: Jean Contrasty, *Le clergé français exilé en Espagne*, Tolosa, 1910. Con anterioridad habían abordado este tema el P. Delbrel, en un trabajo de la revista *Etudes Religieuses* (Septiembre, Octubre y Noviembre de 1891); Geoffroy de Grandmaison, en *Le Correspondant* (5.º y 6.º números de 1891); y otros de menor importancia, aparte de las obras generales sobre historia de la emigración, tales como la de Ernesto Daudet, etc.

ña. El 16 de Noviembre reanuda su viaje, y entre borrascas, lluvias y huracanes, tiene que recalar en Mahón. El 7 de Diciembre sale de nuevo para Cartagena, que la violencia de los vientos no le permite ganar, como le aparta también de Málaga, entrando, por último, en Algeciras el día 11, donde desembarcó Moratín, maltrecho y extenuado por tanta penalidad. Godoy continuaba en auge: vacó la secretaría de la Interpretación de lenguas, por muerte de Samaniego, y obtúvola el recién llegado. Desde 1797 á 1808, se deslizan los años sedentarios y laboriosos de su existencia, no turbada más que por las envidias y conjuras literarias, por sus choques con el general Cuesta en la Junta de Teatros, por los chismes de *polacos* y *chorizos*. Son los años de *La sombra de Nelson*, de la *Huerteida*, de la traducción de *Hamlet*; los años de *El Barón* y *El sí de las niñas*. Entonces puede volver la vista atrás y recordar sus andanzas pretéritas, no sospechando las que para más adelante le reserva el destino y creyéndose para siempre en tierra firme. Entonces puede evocar poéticamente sus correrías, aventuras y peregrinaciones, y aludir á ellas, como en estos versos de la epístola dirigida á Jovellanos:

De mi patria orilla
á las que el Sena turbulento baña
teñido en sangre; del audaz britano,
dueño del mar, al aterido belga;
del Rin profundo á las nevadas cumbres
del Apenino...;

sin observar, por ventura, que el Sena turbulento se ha salido de madre, anegando la Europa vencida y saltando por los Pirineos sobre la vieja Península aletargada. Estamos en 1808. Ocurre el motín de Aranjuez, que repercute en Madrid. Encerrado en su casa oyó aquella noche, la noche de San José, el ferroz griterío de las turbas; pero no como quince años antes en París, á guisa de espectador asombrado, sino como protegido de Godoy y víctima presunta cuya cabeza reclama el populacho, enfurecido por innobles instigadores. Llega el 2 de Mayo y, por debilidad, por horror al tumulto, por creer temeraria toda resistencia, sigue el partido que juzga más fuerte. Continúa desempeñando su secretaría; después de Bailén, el ejército francés desampara á Madrid, y Moratín, siempre en busca de seguridad, se retira á Vitoria. Vuelve á la Corte con las tropas de Napoleón, y en 1811 es nombrado Bibliotecario mayor de la Biblioteca Real. Otra batalla, los Arapiles, provoca en Agosto de 1812 una nueva retirada, y esta vez definitiva, del ejército imperial. El pacífico bibliófilo, el novel «caballero del Pentágono», se retira también, achacoso y enfermo, á Valencia; vive allí en la estrechez, y llegado el momento de evacuar á Valencia, no halla más que un desvencijado calesín, que comparte con una señora de edad, doña Teresa Iraburu. Vuelca el calesín, rómpese una clavícula su compañera de viaje, y, ante el temor de dar con el *Fraile* y sus guerrilleros, no encuentran arbitrio mejor que acogerse al castillo de Peñíscola. Creyeron permanecer allí unas ho-

ras, á lo sumo unos días, y, en el momento menos pensado, les sorprende y coge dentro de la fortaleza un sitio de once meses: de los comienzos de Julio de 1813 hasta el 13 de Mayo de 1814. Recibió el castillo más de catorce mil proyectiles de cañón, incendiándose un día cincuenta barriles de pólvora, que derribaron una gran parte del edificio, con muchas muertes, horrores y aullidos de dolor...

Libre de este infierno, pasó á Vinaroz, y de Vinaroz, en un carro, á Valencia. Quiso acogerse á los decretos sobre empleados que hubieran servido al intruso; presentóse al general Elío, y en poco estuvo que no le diese muerte con su propia espada. Túvole arrestado y lo mandó preso á Barcelona, en una goleta. Nuevos temporales, nuevas desdichas, peligro inminente de estrellarse sobre el cabo de Oropesa... Por fin, en la ciudad de los Condes, el general barón de Eroles le atiende con más humanidad y ofrece consultar á Madrid sobre su caso. Lo ha perdido todo: equipaje, dinero, pensiones retenidas. Vive en una mal posada de la calle *den Petritxol*; se recata de la gente; se hace llamar por su segundo nombre y apellido: Melitón Fernández. Recupera algo de lo perdido y lo confía al banquero Grassot, que quiebra poco después con estrépito. Aguarda la resolución de Madrid, que no llega nunca. Transcurre todo el año 1815, todo el 1816; le da en la nariz tufillo de Inquisición, y huyendo de autos y autillos, con adjuraciones *de le vi ó de vehementi*, se interna en Francia y vaga por Montpellier, se detiene en Lyon y llega hasta París, donde se reúne con

su amigo Melón en Mayo de 1818. Han pasado veintiséis años desde el viaje 1792. Se ha hundido el Imperio. La Restauración se esfuerza en borrar todo vestigio del París revolucionario de otros días. ¿Dónde están los viejos conocidos y cicerones del café Corazza, del banquete cívico de la Bastilla, de la sección de los *Enfants rouges*: Chabot, su mujer, el cura de Saint-Marceau, la *vicina* amable que les acompañaba al Palais-Royal en las vísperas del 10 de Agosto? ¿Sería ésta, por ventura, la *señorita francesa* del VII de sus *Epigramas*:

La bella que prendió con gracioso reir
mi tierno corazón alterando su paz,
enemigo de amor, inconstante, fugaz,
me inspira una pasión que no quiere sentir?..

Todo ha cambiado por segunda vez; todo ha envejecido, como Nísida, otra beldad de los floridos años del poeta:

¿Ves cuán acelerados,
Nísida, corren á su fin los días?
¿Y los tiempos pasados,
cuando joven reías,
ves que no vuelven, y en amar porfias?

Huyó la delicada
tez, y el color purísimo de rosa,
la voz y la preciada
melena de oro undosa:
todo la edad se lo llevó, envidiosa...



Y de París á Bolonia, y de Bolonia á España, otra vez, al grito de libertad de 1820. Barcelona vuelve á albergarle; la sombra del Santo Oficio se aleja. Pero no bien goza un poco de quietud y ve representar sus comedias y saborea los goces del triunfo, la fiebre amarilla, y las amenazas de la reacción servil lo empujan de nuevo á Francia. Y ahora para siempre. El 23 de Agosto de 1821 está ya en Gerona, á principios de Septiembre en Perpiñán, luego en Bayona, el 11 de Octubre en Burdeos. Allí, poco tiempo después, se reunió con su amigo Silvela, pasando á vivir en su casa-colegio. En 1827 se trasladaron á París, con objeto de reinstalar más en grande la fundación educativa para jóvenes españoles que tanta celebridad tuvo en su época; y, al año siguiente, el 21 de Julio de 1828, dejó de existir Moratín, envejecido más que viejo, y juguete, durante casi toda su vida, de una Revolución que no amó nunca, y que, por caminos fatales, llevóle á la infelicidad personal y á la apostasia de sus deberes patrióticos.

LA POESÍA ESPAÑOLA
Y LA
REVOLUCIÓN FRANCESA

LA POESÍA ESPAÑOLA

Y LA REVOLUCIÓN FRANCESA

Á quien no esté familiarizado con la historia del siglo XVIII, ha de parecerle que un suceso tan extraordinario como la Revolución de 1879, debía repercutir intensamente en nuestra literatura determinando un copioso raudal de inspiraciones, adversas ó favorables al gran trastorno. Y nada, sin embargo, más lejos de la realidad. Hojeando la producción de las postrimerías de aquella centuria, siguiendo paso á paso la labor de sus poetas y las páginas de sus colecciones, se asombra uno de la escasez de referencias y comentarios líricos relacionados con el formidable alzamiento que, en todos los países de la tierra, suscitó réplicas y contrarréplicas fogosas y continuas. Cuando aparecen en España esas referencias y comentarios, suele ser por vía incidental y

en forma tangente y rápida, como si el escritor quisiera escapar á su asunto y librarse de una pesadilla. Ni para el ditirambo ni para la condenación se encuentran alientos de mediana persistencia; y cuando ellos se ofrecen alguna vez, por excepción individual y solitaria, como en el caso del abate Marchena, sus obras de esta clase duermen manuscritas por más de un siglo en la Biblioteca nacional de París, casi enteramente ignoradas de sus contemporáneos.

No obstante la aridez de que hablo, una breve excursión por tales regiones de la poesía revolucionaria no ha de estar desprovista de interés, supuesta la afición que semejantes estudios y temas despiertan hoy en el público literario de Europa. Me adelanto á anunciar, desde luego, que prescindiré de los precedentes filosóficos y de matiz enciclopédico en la poesía castellana: en primer lugar, porque mi punto de vista se constriñe á las manifestaciones de carácter expreso ó pragmático, no á las vagas y latentes; y, después, porque ese trabajo se ha hecho ya, en forma superior y muy difícilmente superable, tanto en el *Bosquejo histórico-crítico* del marqués de Valmar como en los *Heterodoxos* de Menéndez y Pelayo. Desde mi punto de vista no me interesa señalar ahora, por ejemplo, el espíritu dulzón y humanitarista de Meléndez ó las influencias rousseauianas que puedan ofrecer muchas composiciones suyas, según el patrón de *El filósofo en el campo*; ni buscar una filiación volteriana en Moratín ó Iriarte, ni descubrir el teo-filantropismo de don Alberto Lista.

Mi objetivo es más concreto: recoger las alusiones formales y directas á los *sucesos* de la Revolución francesa, á sus personajes y actores, á sus episodios; reunir estos contados documentos literarios, aclarándolos sobriamente con un poco de luz histórica é inducir por ellos algo del espíritu y estado de conciencia de los españoles enfrente de la tragedia espantosa que los motivara. ¿Causas de aquella esterilidad y común silencio? Á primera vista lo más expedito sería atribuirlo todo y exclusivamente al sistema de prohibición puesto en práctica por el Gobierno, desde el primer instante de la Revolución francesa. El tópicó de la consabida intolerancia, la sombra mortal del Santo Oficio, podrían sacarnos de apuros y cortar el problema con una explicación perentoria y suficiente, si prescindiéramos del fondo de las cosas y no buscáramos más que orígenes materiales á los fenómenos de la vida social.

Claro es que el conde de Floridablanca se propuso acordonar herméticamente la península y evitar que las novedades de la vecina nación se propagasen á la nuestra. Todo el mundo sabe la prisa que se dió en cerrar el simulacro de Cortes del Reino, que se habían reunido para jurar al príncipe de Asturias, después de la muerte de Carlos III, temeroso de que pudieran seguir la ruta de los Estados Generales, reunidos también entonces, y apoderarse como ellos de la soberanía del país. Es por demás conocida la inquietud que produjeron ciertos chispazos y tumultos que de una manera simultánea con los signos premonitorios de la conmoción francesa, con el

asalto de tahonas, con el incendio de la fábrica de Réveillon, fueron consecuencia de una universal carestía de los víveres y se señalaron en Barcelona, el mismo año 1789, por el famoso *rebombori del pa*. Desde mediados de este año hasta la guerra con la primera República son continuas las reales cédulas, las circulares, los edictos prohibiendo la introducción de los diarios franceses, folletos, estampas, libros é impresos de todo género y hasta la de abanicos, baratijas, telas ú otras mercaderías que contuvieran dibujos ó emblemas alusivos á los sucesos de París. Prohibióse, igualmente, la circulación de noticias por medio de manuscritos ó cartas y hasta la conversación de viva voz llegó á ser reprimida y vigilada.

Mas esto, con producir efectos muy marcados sobre la muchedumbre, no podía tenerlos iguales sobre la selección de los escritores y gente de letras, así por lo que tal empeño revestía de imposibilidad material ó de ponerle puertas al campo, como porque de hecho, estaban enterados de todo. Los opúsculos, los ejemplares de la nueva constitución, los folletos de Necker y Sieyés, circulaban bajo capa, cuando no venían en las mismas carteras de los correos de gabinete. Si hemos de creer á un corresponsal en Barcelona del viejo *Moniteur* de la Revolución, á pesar de la vigilancia y del cordón de tropas en la frontera no faltaba quien hiciese diez y quince leguas de marcha para recoger en el escondrijo convenido el paquete de diarios y «brochuras» de la última semana; y aun parece que se logró

adiestrar cierto número de perros en la habilidad de este original y peligroso contrabando.

Hubo, además, un momento en que cedió del todo la presión ejercida hasta entonces. Fué allá por Enero de 1793, cuando la ejecución de Luis XVI vino á hacer inevitable la guerra. Entonces se necesitaba, poco ó mucho, contar con una atmósfera social propicia á tales designios y remover los fondos de lealtad monárquica y de fervor religioso á que obedecían. Y, en este momento, más que de la consigna de arriba ó de las sugerencias del poder, el espíritu que se formó y los sentimientos que se exteriorizaron, fueron obra viva y producto espontáneo del alma española.

A este período pertenecen casi todas las manifestaciones poéticas que podremos registrar, dándose el caso de que las únicas que aceptan y ensalzan la revolución, no sólo en su espíritu sino en sus actos y desenvolvimiento material, escritas fueron lejos de España; mientras aquí, los mismos hombres afectos á la novedad, amantes del progreso y de la reforma, no ocultaron jamás su repugnancia por los excesos revolucionarios y aun evitaron cuanto pudieron el tener que recordarlos, como si esta memoria fuera cosa nefanda y aborrecible. Tal es el caso representativo de Moratín, que queda puntualizado en otro sitio: habiendo presenciado en París las escenas más culminantes del inmenso drama, sepultólas en perenne olvido y les negó el esfuerzo de su pluma, que, inmediatamente después de escapar á tales horrores, trazaba las *Notas sueltas sobre*

Inglaterra y el interesante y nutrido *Viaje de Italia*.

Por otra parte, la calidad de esas muestras líricas no suple tampoco su escasez y rareza. No tropieza el lector con ninguna obra verdaderamente importante y á la altura del asunto. La grandeza, la sublimidad, estaban fuera de la tabla de valores literarios al final del siglo XVIII. Sus encarnaciones más valiosas, sus testimonios de mayor mérito hay que buscarlos en el campo de lo agradable y lindo, en la corrección negativa, en la ausencia de defectos.

Ni alto sentido histórico, ni elevación moral, ni mirada de águilas, fueron concedidas á aquella generación de miniaturistas y esmaltadores de tabaqueras. El entusiasmo, el furor poético y de profecía, no vendrá al mundo más que con la siguiente generación: con De Maistre y Chateaubriand. Ni para lo divino ni para lo satánico pudo surgir una inspiración que estuviese al nivel del hecho y se identificase con las insólitas proporciones de la realidad objetiva. No supieron blasfemar artísticamente, ni artísticamente consignar el espanto de un nuevo Apocalipsis. Todo parece inepto y mezquino, literariamente hablando, á un lado y otro de los Pirineos; todo está por debajo de la elocuencia de los tribunos y aun de la *vèrve* endiablada de ciertos folicularios, como Camilo Desmoulins. Y sólo se levantan mirando á la inmortalidad, como pentélicos obeliscos, la oda de Chénier á la infeliz Carlota y sus *Yambos* de impecable pureza.

De los poetas que en los albores de la Revolución estaban en el apogeo de su nombradía ó empezaban á declinar por efecto de sus años y dolencias, acude en primer término á la memoria el fabulista D. Tomás de Iriarte, espíritu francamente incrédulo, dado á la burla religiosa y abrigando siempre mal encubierta ojeriza contra los frailes, á costa de los cuales compuso no pocos epigramas, viniendo á inaugurar la serie, pública ó clandestina, en que figuraron después los atribuidos á la condesa del Montijo:

Llorando duelos
con su vida ermitaña,
poseen todo el reino de los cielos
y dos terceras partes del de España.

Así decía, ya en 1774, en su *Epistola* á D. José Cadalso, y una y otra vez insiste en esas irreverencias de la más pura cepa volteriana, no sólo contra las órdenes religiosas y sobre puntos de disciplina, sino en lo que afecta á los dogmas fundamentales, jugando al equívoco con expresiones tales como la *Invención* de la Cruz ó pasando revista á los conocimientos teológicos y escolásticos de su época en la larga macarrónea que tituló *Metrificatio invectivalis contra studia modernarum*. A Iriarte pertenece, según todos los indicios, la primera muestra poética de franca impiedad en lengua castellana. Semejante primacía cronológica queda vinculada al siguiente romancillo que, muchos años después de

compuesto, reproducían con fruición los periódicos más exaltados de la primera época constitucional:

Tuvo Simón una barca
no más que de pescador
y no más que como barca
á sus hijos la dejó.

Mas ellos tanto pescaron
é hicieron tanto doblón,
que ya tuvieron á menos
no mandar buque mayor.

La barca pasó á jabeque
luego á fragata pasó;
de aquí á navío de guerra
y asustó con su cañón.

Mas ya roto el viejo casco
de tormentas que sufrió,
se va pudriendo en el puerto
¡lo que va de ayer á hoy!

Mil veces la han carenado
y, al cabo, será mejor
desecharla y contentarnos
con la barca de Simón.

Su odio contra la Iglesia no consiguió comunicarle aliento mayor que el que solía distinguirle en otros temas ni le sacó de su proverbial prosaísmo, lindante á menudo con la ramplonería, como es de ver en muchos fragmentos de su poema sobre *La Música*, que llegan á emular las más famosas y pedestres vulgaridades de D. Gregorio de Salas. Claro es que con estos precedentes propios y de familia—su hermano D. Domingo, diplomático destinado casi siempre á la embajada de París, fué hechura del

conde de Aranda y tuvo que ser, andando el tiempo, el negociador de la paz de Basilea con el Directorio,— claro es, repito, que figurara en el bando de los galo-idólatras y que tuviera que entender algunas veces con la Inquisición, algo despierta en los últimos años del reinado de Carlos III, á contar desde el proceso de Olavide.

Entonces fué cuando, con motivo del artículo de M. Masson de Morvilliers sobre España, en la nueva *Enciclopedia metódica*, se abrió la gran controversia secular que, bajo distintos enunciados, ha venido prosiguiendo hasta ahora, entre rancios y novadores, entre patriotas y afrancesados, entre krausistas y ortodoxos, entre europeístas y nacionalistas puros. El puesto de Iriarte estuvo, naturalmente, al lado de los impugnadores de la tradición y cultura indígenas y contra sus defensores de la legión suscitada en el extranjero por el abate Denina y capitaneada de Pirineos adentro por el irascible Forner. La enfermedad iba minando la existencia del fabulista canario, y, cuando llegó la Revolución á su punto culminante, hallábase él en su retiro de Sanlúcar buscando mejoría. Ninguna alusión ofrecen sus últimos escritos al acontecimiento extraordinario que tenía suspenso al mundo. Sus entretenimientos literarios de esa época son todos de sátira ó vindicación personal contra sus detractores, ó galanteorías rimadas en obsequio de algún magnate ó dama de su predilección. Así, por ejemplo, la despedida dedicada á la segunda mujer del conde de Aranda, jovencita de quince años que éste había desposado

en plena ancianidad con asombro de la corte de Madrid, y, sobre todo, de la de Versalles, donde ejerció de embajador hasta los preludios del movimiento revolucionario. Se trata de unas endechas que fueron presentadas á la condesa en nombre de una «tertulia de españoles de París», sintiendo su partida:

Lánguida y consternada
la colonia española,
faltándole tú sola
desierta yace aunque se ve poblada.

.....
Pero cuando á tu ingenio
y á tu semblante grato,
cuando á ese noble trato,
belleza juvenil y afable genio

la fortuna debía
de que, en estrecha alianza,
la urbana confianza
reinase con la plácida alegría,

¿quién el llanto refrena
ó quién de sus pesares
no culpa al Manzanares
que así *robó su mejor ninfa al Sena?*

.....
Mas si del patrio suelo,
señora, el blando clima
su robustez anima,
no pide la colonia otro consuelo.

Gocen los matritenses
nuestra perdida gloria,
con tal que en tu memoria
vivan los *españoles parisienses.*

Iriarte murió á últimos de 1791, sin alcanzar los hechos culminantes que se iniciaban entonces; y, así, su silencio no debe causar extrañeza, porque nadie había levantado la voz todavía sobre tales materias cuando el autor de las *Fábulas literarias* dejó de existir. Más significativo es el de Meléndez, en cuya vasta producción no es posible hallar ni un verso alusivo á las convulsiones de la nación vecina, no obstante haber venido éstas en el tiempo que corresponde á su segunda manera ó estilo, esto es, á su producción filosófica y de asuntos morales y serios á que Jovellanos le inclinó, con mejor intención ética que buen instinto literario. *Batilo* no podía ser más que el poeta erótico de su época, el cantor de *Galatea* y de *La paloma de Filis*. Sus inspiraciones sobre *La beneficencia*, sobre *El fanatismo* ó la *Prosperidad aparente de los malos*, no pueden ya interesar, ni en el sentido histórico, ni en el sentido eterno y permanente, á un lector de nuestros días. Son declamaciones lacrimosas de los años de la «sensibilidad» puesta en moda por Juan Jacobo. La musa anacreóntica del poeta magistrado fué siempre incompatible con las meditaciones profundas y graves del verdadero pensador. El carácter de Meléndez, femenil y sin consistencia, le llevó á todas las fluctuaciones y no se distinguió nunca ni por la firmeza de su criterio, ni mucho menos por la de su voluntad, flaca y tornadiza como ella sola. De esta manera es posible hallar entre sus poesías anhelos de renovación dentro del sentido enciclopedista más extremado y adulaciones al bando

de los *persas* en la reacción de 1814, ditirambos á Godoy y á su enemigo irreconciliable Fernando VII, versos gratulatorios para el intruso y gritos de alarma excitando á los españoles á defender su independencia.

Lo cierto es que los sucesos de Francia en su primer período, no merecieron ningún comentario de su pluma, ningún acento de su lira, como no los merecieron tampoco á Moratín, no obstante haber presenciado—según se ha visto ya—en Burdeos y después en París, la iniciación del Terror, el 10 de Agosto, la caída de la monarquía, la conducción del rey al Temple. Ni en prosa ni en verso, fuera del lacónico diario personal que llevaba hacia tiempo, volvió la memoria á tales recuerdos y escenas; y tan sólo en la II de sus *Epistolas*, dedicada á D. Gaspar Melchor de Jovellanos, aparece una vaga referencia á sus largos viajes y peregrinaciones, que el lector conoce de más arriba.

*
* *

Jovellanos contestó á la *Epistola* de Moratín con otra, también en verso libre, dentro del tono general, reflexivo y sentencioso, de las *Sátiras* á Arnes to y de las meditaciones sobre las ruinas del Paular ó desde su prisión de Mallorca. Si no llegó Jovellanos á las alturas del filósofo puro, sobrepasaba las del pensador; si no puede entrar en la región de los poetas inmortales, su natural elocuencia toma á menudo aspectos de inspiración y des-

cuella en el género propio de los reformadores y moralistas: la sátira, la flagelación de las costumbres, el apóstrofe iracundo y fulminante y cuanto constituye, en suma, la reacción de un temperamento elevado contra la decadencia de su tiempo, que nadie acertó á sentir ni concentrar más intensamente, en prosa y en verso, como escritor y como patriota, en actos y en palabras encendidas. Tomados en el sentido de pintura y resumen de aquel rebajamiento general de los caracteres, sus dos famosos cuadros satíricos han pasado á la posteridad de la misma suerte que los *Caprichos* de Goya, y nadie que vuelva los ojos á tal época puede dejar de tenerlos presentes.

No era, por cierto, Jovellanos un espíritu cerrado á la novedad y la reforma. Nadie como él trazó las líneas generales ni puso los cimientos de la transformación de España, en lo político, en lo pedagógico, en cuanto á la economía y al derecho civil. Y no obstante, la bacanal de sangre en que muy pronto vino á convertirse la Revolución francesa, aquella traslación de las viejas intolerancias y fanatismos á los principios nuevos, no tardaron en sublevarle con tanta fuerza y ardor como le habían sublevado las del régimen antiguo. Y he aquí que el dramaturgo de *El delincuente honrado*, el admirador de Montesquieu, el fundador del Instituto gijónés y el oráculo de las Sociedades económicas, no vacila, desde el primer momento, en expresar todo el horror, toda la repulsión profunda y sincera que los estragos de París vinieron á producirle. Véase,

si no, cómo responde á los tímidos acentos de Mo-
ratín:

¡Oh venturoso! Oh una y mil veces
feliz Inarco, á quien la suerte un día
dió que los anchos términos de Europa
lograses visitar! ¡Feliz quien supo
por tan distintos pueblos y regiones
libre vagar, sus leyes y costumbres
con firme y fiel balanza comparando;
que viste al fin *la vacilante cuna
de la francesa libertad, mecida por
el terror...*

..... Cuánto, cuánto
cambió de Bruto y de Richelieu la patria!
Oh qué mudanza! Oh qué lección! Bien dices,
la experiencia te instruye. Sí; del hombre
he aquí el más digno y provechoso estudio:
ya ornada ver la gran naturaleza
por los esfuerzos de la industria humana
varia, fecunda, gloriosa y llena
de amor, de unión, de movimiento y vida,
ó ya vicladas sus eternas leyes
por la loca ambición, con rabia insana
guerra, furor, desolación y muerte:
tal es el hombre. Ya le ves al cielo
por la virtud alzado, y de él bajando,
traer el pecho de piedad henchido
y fiel y humano y oficioso darse
todo al amor y fraternal concordia.

.....
Mas ya le ves que del Averno oscuro
sale blandiendo la enemiga antorcha
y acá y allá, frenético bramando
quema, mata y asuela cuanto topa.

Ni amarle puedes ni odiarle; puedes
tan sólo ver con lástima su hado,
hado cruel, que á enemistad y fraude
y susto y guerra eterna le conduce!

No era esto una fuga ó escape fortuito de la inspiración irreflexiva y momentánea, á que tan abonados suelen ser los poetas, maestros en contradicciones de ideas y conducta. Jovellanos mantuvo, con respecto á las cosas de la Revolución, un criterio firme y tenaz, tanto en prosa como en verso, en sus escritos públicos y en sus cartas privadas ó confidenciales, dirigiéndose á gentes rancias y ortodoxas ó á jovenzuelos afrancesados, con la cabeza llena de humo. Odiaba la rebelión y lo que ahora llaman futurismo. Consideraba un crimen sacrificar las generaciones actuales á la ignota conveniencia de las que han de venir. Creía firmemente que cada pueblo tiene marcado su limite de posibilidad en la marcha del progreso y que excederlo ó traspasarlo equivale á retroceder. Era enemigo, en una palabra, de las abstracciones y de los sistemas *a priori* entronizados por el radicalismo jacobino, opinando que cada nación tiene su fórmula propia, adecuada á su estructura especial, á su desenvolvimiento histórico; y, sintiendo ansias liberales y de regeneración, apreció para siempre el ejemplo francés, no como un modelo ni una pauta, sino como una lección y un escarmiento terrible donde aprender en cabeza ajena.

Según ya insinué, las voces de protesta y condenación surgieron en la poesía castellana á raíz de

la muerte de Luis XVI. Hasta entonces había reinado absoluto silencio. Las alusiones que, por azar, parecen aplicables á la Revolución francesa, son hasta entonces muy oblicuas y veladas por la generalización, sin nombres concretos, sin rasgos locales. Se había convenido en no hablar del asunto ni para bien ni para mal. Pero el fallo de la Convención y la triste jornada del 21 de Enero de 1793, parecieron levantar automáticamente todas las interdicciones y, aunque en forma harto infeliz y desmayada, las letras españolas se sumaron á la sorpresa é indignación del mundo entero.

Como es sabido, Carlos IV trató, hasta el postrer instante, de salvar á su regio pariente, bien por medios públicos ó diplomáticos, bien por secretas gestiones. No quedaba en París más representación oficial de España, después de la retirada de los embajadores, que el cónsul, caballero de Ocáriz, quien insistió dos veces, á última hora, cerca de la Convención para ofrecer los oficios de nuestro país, mediando con las potencias coaligadas, á cambio de obtener la extradición de Luis XVI. Sostienen muchos escritores contemporáneos del hecho, que el monarca español abrió á Ocáriz un crédito ilimitado para sobornar, si era preciso ó posible, á los miembros de la asamblea que debían votar en el proceso; y se asegura que uno de ellos, el ex capuchino Chabot, llegó á sacar al generoso y bien intencionado cónsul más de un millón de francos, inaugurando de esta suerte las famosas concusiones y venalidades que le llevaron más tarde á

la guillotina, con la hornada de Danton y sus amigos. Después de la ejecución del monarca vino la guerra, preparada de antemano en la sombra por una y otra potencia no obstante la espectación aparente en que vivieron durante el año 92. Concentraronse los ejércitos sobre la frontera, reuniéronse las escuadras, cuyos buques debían, en unión de los ingleses, ocupar á Tolón. Vargas Ponce es uno de los marinos que los tripulan; y Jovellanos escribe y le dedica con este motivo una oda, por cierto indigna de su nombradía literaria y de la solemnidad del momento:

Dejas ¡oh Poncio! la ociosa Mantua
y de sus musas separado, corres
á dó las torres de Cipión descuellan
sobre las ondas;

sobre las ondas, que la grande armada
mecen humildes del monarca hispano
á cuya mano, tímido Neptuno
cedió el tridente.

.....
Tiembla á su vista, pálida, y se esconde
despavorida, la *feroz Quimera*
que la *bandera tricolor impía*
sigue proterva.

Caerá rendida, y con horrible estruendo
en el profundo bátrato lanzada
será ahérrajada por las negras furias
de sus cavernas.

.....
¡Guay de ti, triste nación, que el velo
de la inocencia y la verdad rasgaste.



cuando violaste los sagrados fueros
de la justicial

¡Guay de ti, loca nación, que al cielo
con tan horrendo escándalo afligiste
cuando tendiste la sangrienta mano
contra el Ungido!

.....
Firmó su santa cólera el decreto
que la venganza confió á la España
y ya su saña corre el golfo, armada
de rayo y trueno.

Lidiará Poncio dó la roja insignia
se diere al viento por la empresa santa,
dó la almiranta desparciere en torno
ruina y espanto...

¿Á qué seguir transcribiendo? Nunca se habrá visto menos apropiada al asunto la oda sáfica, ni habrá sido dispuesto con más inoportunidad el hemistiquio aconsonantado, ni las arcaicas interjecciones retóricas, por el estilo del *¡guay!*, lejos de elevar el tono y la nobleza de la obra, la habrán interrumpido con mayor afectación. ¡Cuán lejos se halla esta pieza del calor persuasivo de las sátiras ó de la elocuencia y gravedad, digna de Rioja, que campea en sus epístolas de asunto moral y arqueológico!

*
* *

Pero dejando esta digresión y despidiéndonos de Vargas Ponce y de Jovellanos, de la «cuna de la francesa libertad, mecida por el Terror», de la «feroz Quimera» y de las demás personificaciones y

figuras con las cuales el ilustre Jovino, tan esmerado y robusto en prosa, se supeditó poéticamente al patrón académico de aquellos días, convirtamos la atención á otro escritor magistrado: D. Juan Pablo Forner, fiscal del crimen de la Audiencia de Sevilla. Forner fué el enemigo más irreconciliable y sañudo, no sólo de la Revolución francesa, sino del espíritu galicista en general, erigiéndose en campeón de la autonomía intelectual de España y en jefe de la escuela apologética de su antigua cultura que vinieron á despertar el famoso libelo del marqués de Langle y el artículo ya citado de Masson de Morvilliers en la *Enciclopedia metódica*. No estaba dotado de las condiciones que forman al verdadero poeta. Carecía de fuego y de imaginación; su vehemencia no era vehemencia lírica ni furor divino, sino acritud y encono. Era un polemista y un dialéctico endiablado, un genio irascible y bilioso, pronto á la réplica, infatigable en el combate, temible en la refutación.

Y esto, que dañaba á sus versos, haciéndolos casi siempre duros, prosaicos y sin armonía, llegaba á caldear y encender su prosa con los acentos de la elocuencia, con el sonrojo de la indignación, con los transportes del sarcasmo. La producción desigual y tumultuosa de este polígrafo, resulta ya en sí misma un espejo de la antigua índole castellana: raza de improvisadores llenos de facundia, con súbitos aciertos y caídas, con relámpagos fulgurando sobre tinieblas, irregular y brillante, casi nunca correcta, sostenida y ordenada. En sus opúsculos y

controversia pasó revista á todos los problemas de su tiempo, tratárase de literatura, de historia, de derecho ó de simples cuestiones de preceptiva y aun de menudencia gramatical; y esos rasgos principales resplandecen en la *Oración apologética* y en la menipea que tituló *Exequias de la lengua castellana*. Quien de tal modo había combatido el espíritu francés y el galicismo en todas sus formas, ó sea la revolución en estado latente, ¿cómo no había de levantarse airado así que la vió convertida en actuación, en desbordamiento y violencia? El suplicio de Luis XVI puso fin á su silencio, si bien no encontró tampoco para interrumpirlo un acento digno de tan alta ocasión:

Al corte infame de cruel cuchilla
cae la cabeza que á las leyes santas
órgano fué supremo, y veces tantas
las dió á la tierra en prepotente silla.

La de Occidente augusta maravilla
ludibrio yace de rebeldes plantas;
estremece el ejemplo altas gargantas
y un tanto el ceño del poder se humilla.

Pueblo que la adoró, sin llanto ahora
yerta la mira derramando en hilos
desde mano soez sangre inocente.

Así el que sirve al que le manda adora:
contra el débil señor vibra los filos;
si éste los vibra, sirve reverente.

Lejos está el anterior soneto de constituir una maravilla ni cabía esperarla de Forner aun con tales motivos de inspiración. Los conceptos sutiles y re-

torcidos, los versos inarmónicos y llenos de sinalefas y cacofonías, no corresponden á un momento tal de la historia humana, y si aquí los reproduzco no es á título de ejemplos literarios, sino con la vista fija en un objetivo diferente, documental. En otra muestra, que voy á ofrecer, el autor considera como un don de la Providencia la tiranía que se ha amparado de los franceses, bien por lo que tiene de expiación, bien por lo que aviva la conciencia de los hombres este contraste entre el orden moral perturbado aquí bajo y el orden eterno é inmanente de la justicia divina. La versificación de este nuevo soneto—que formaba parte de una diatriba contra Brissot y Robespierre, no publicada hasta ahora—excede muy poco al anterior en claridad y elegancia:

Gracias eternas á tu justa mano
dirijo humilde, Providencia santa,
cuando la tierra contra mí levanta
tiránico opresor, brazo inhumano.

Así de tu gobierno soberano
el orden luce en diferencia tanta
que á la tiniebla que al mortal espanta,
el rayo de la luz sigue cercano.

Mansión de vicios la malvada tierra
triunfa con ellos: en región más pura
coronas tú los ánimos sagrados:

Haz ¡oh poder! á las virtudes guerra,
que sociedad tan bárbara é impura
no es para que los justos sean premiados.

Se advierte en tales versos como la intención re-

cóndita de imitar á Argensola. Pero el último, sobre todo, es tan infeliz y poco musical que la sombra de emoción levantada por los cuartetos se desvanece al instante, sin dejar rastro. Cuando un tenue acierto llega á elevar la musa del polígrafo extremeño, no tardan en presentarse los tropiezos de la versificación, inhábil y defectuosa, para destruirlo todo. Véase, en corroboración de ello, la siguiente pieza titulada *El año 1793*, cuyo primer cuarteto se remonta no poco para llegar al cuarto endecasílabo,—digno de un poeta de veras por su vuelo rápido y de agradable resonancia,—pero que se viene á tierra en seguida, sin alcanzar á sostenerse:

Cruje feroz el carro furibundo
del implacable Marte, y desquiciada
la tierra, en sangre y en sudor bañada,
puebla de horror los ámbitos del mundo.

Impía la Parca con aspecto inmundo,
no en los campos de Marte fatigada,
destroza en prado y monte, encarnizada,
greyes sin fin, con ímpetu iracundo.

Cadáveres son hoy de hombres y brutos
cosecha horrenda de la tierra, irales
con que esta edad su mérito señala.

Niéganse al hombre hasta los rudos frutos:
¡Ayl según lo merecen los mortales
así el cielo, Teodoro, los regala.

No hay necesidad de esforzarse para poner de manifiesto la esterilidad poética de Forner. Su talento era discursivo é ingenioso, de expositor y controversista. En verso, lo mismo que en prosa, no

hace sino argumentar, exponer antítesis, impugnar tesis. Así, por ejemplo, cuando la *Gaceta de Madrid* dió noticia de la persecución y caída de los giron-dinos y de la muerte de Brissot, á quien profesaba un odio reconcentrado, la comentó en unas cuartetas festivas, apuntando, acaso el primero entre todos los satíricos de la demagogía, el contrasentido de quienes para fundar la libertad y restaurar la ley de amor entre los hombres, cayeron en la más infame de las tiranías y en las más inmundas ferocidades:

Una república luego
diz que fundó su ansiedad
por gozar de libertad,
de igualdad y de sosiego.

Su república bendita
para premiarle el trabajo
le rebanó ¡zas! de un tajo
la chola, y no está contrita.

Ahora dime, Gil honrado,
¿no fué extraña habilidad
el fundar la libertad
para morir degollado?

Aun debía llegar más lejos, en el propio Forner, el prosaísmo de su época, que dejó testimonios como el poema de *La Música*, de Iriarte, ó *El observatorio rústico*, de Salas, con los cuales compiten alguna vez los *Discursos filosóficos*, en verso, del avinagrado humanista de Mérida. La trivialidad de pensamiento y de forma invade á menudo el campo de la chocarrería, y la magnitud de los asuntos con-

trasta violentamente con la miseria de la expresión adocenada y sin vuelo. He aquí dos décimas contra *La Convención* que no las hubieran escrito peores Nifo, el cura de Fruime, Guerrero, Pablo Treserra ó cualquier de los copleros que proveían entonces de versos de circunstancias á la *Gaceta*, el *Mercurio* ó el *Diario de Barcelona*:

¿Querrásme decir, Damón,
 (ya conoces mi ignorancia)
 qué quisicosa es en Francia
 lo que llaman *Convención*?
 De sus sabios la opinión
 es que la comunidad
 forma civil sociedad
 cuando, *convenidos* todos
 en las cosas y en los modos,
 reina la unanimidad.

Allí se infaman, se ultrajan,
 se calumnian, se acriminan,
 se destruyen, se asesinan,
 hienden, hunden, cortan, rajan;
 leyes y cultos barajan
 discordes, con furia impía;
 dime, ¿en la filosofía
 (pues yo lo ignoro Damón),
 la palabra *Convención*
 indica *piratería*?

Algo más consiguió remontarse su estro y la dignidad de su lenguaje en el canto heroico titulado *La Paz*, escrito y publicado allá por 1796, después de la de Basilea. El acre censor de los versificadores chirles que, diez ó doce años antes, con Huerta á la

cabeza, cantaban los prodigios del general Barceló contra la piratería de Argel, tuvo que claudicar á su vez, cuando llegó la hora, y adherirse á la legión de poetas épicos que celebraron las victorias de Bellegarde y de Trullás, que enaltecieron á Ricardos, que sepultaron á Godoy bajo una balumba de falsos laureles por su negociación diplomática con el Directorio. Bien es cierto que, en las octavas de Forner, puede más su inextinguible rencor contra los revolucionarios y enemigos de la víspera que el entusiasmo por la nueva alianza, mediante la cual pasamos los españoles, bruscamente, desde el papel de paladines y sostenedores del antiguo derecho monárquico al de primeros y únicos amigos y servidores de la República en Europa. La diatriba contra lo pasado supera en el canto de Forner á la apoteosis de lo presente. No es la paz lo que le inspira, sino el odio á lo que aparentemente, nada más que aparentemente, había sucumbido el 9 de Termidor:

Cayó la ilustre pompa de Occidente
en el alto dosel, que de su gloria
llenó, adorada de remota gente,
del Cuarto Enrique la inmortal memoria;
derribado su solio infamemente
yace deshecho en lamentable escoria
y el incendio voraz que le consume
aun el solio de Dios tiznar presume.

Sus aras profanó plebe engañada,
plebe infeliz, que fraudulenta agita
la atroz *sofistería*, más malvada
porque así sus maldades facilita.



Quiere en la mente del mortal borrada
la adorable virtud que la limita,
y quíerela borrada, porque quiere
que *entre malvados el mayor impere*.

En vano parecía aludir á Robespierre y su facción la última octava; en vano había caído ya el «malvado mayor» que imperaba entre tantos malvados. La estrofa, como otras varias del mismo canto, no apareció en la edición de 1796 por haberla prohibido los censores, no obstante el valimiento del poeta con Godoy, que á todo trance quería contentar á Francia y aplacar la disensión de los espíritus, soliviantados por la mutua y general invectiva. Y la invectiva era el tono ordinario de Forner:

Templos, aras, misterios venerables,
bases á la virtud, cotos al vicio,
turbas contra sí mismas implacables
destruyeron en vago desperdicio.
Manos ¡ay! impiamente abominables
trocaron en perversos sacrificios
los que con mente agradecida y pura
tributaba al Criador su criatura.

Y desquiciados en igual ruina
trono y altar, palacio y santuario,
en ciego laberinto desatina
de un vulgo necio el pensamiento vario.
La luz que á los mortales encamina
sacrilego apagó, y osa, nefario,
trastornado el apoyo de sus leyes,
dechado hacerse á las humanas greyes.

¡Ay, que la hoguera fúnebre en que arde
la triste Francia y su potencia augusta,

aunque al principio tímida y cobarde,
se dilata veloz y á Europa asusta!
¡Ay, que acudiendo á detenerla tarde
la prudencia política, robusta
crece; y no detenida corre horrenda
y no hay región que de ella se defienda!

Al hierro destructor ya es solo dado
contener la violencia de la llama,
y en confusa caterva vulgo armado
á refrenar su curso se derrama.
El linaje mortal, todo afanado,
corre al peligro y turbulento brama;
gime la tierra, al paso furibundo,
y en crueldad inhumana hierve el mundo.

Discorde el Galo en su disuelto suelo
anegado de leyes sin ley cierta,
lucha entre sí con porfiado anhelo
y solo á degollarse ¡oh, triste! acierta;
y en tanto, estimulado su recelo
de extranjera opresión, deja desierta
la patria infausta en su perpleja suerte
y á la ajena región lleva la muerte.

Destroza sus entrañas, y destroza
en enjambres feroces desatada
Francia cruel la tierra, y se alboroz
porque en sangre le va toda empapada.
¡Ilustre gloria con sus triunfos goza!
Ella contra sí misma encarnizada,
fulminando inhumanas proscripciones
y hecha esclava de pérfidas facciones.

La Revolución no había hecho más que trasladar
al campo de la historia y de las acciones humanas
el odio que Forner, con su intransigente españolis-

mo intelectual, había sentido de antemano contra la Enciclopedia. En medio de la irresolución de Europa sólo España le pareció haber estado á la altura de los acontecimientos, haber respondido á la misión providencial y caballeresca de defender al caído, de vengar al inocente, de sostener el principio espiritualista y cristiano de la civilización:

Tú, España, sola tú, de fe inviolable,
alto blasón, ejemplo inextinguible,
por ella en todos tiempos memorable
y por ella quizá menos terrible;
si fulminas el bronce formidable
llevada de un destino irresistible,
generosa lealtad tus armas guía
y sólo por justicia eres impía.

La guerra del Rosellón, en efecto, fué algo así como la última cruzada; porque si bien la lucha que sostuvo España, doce años más tarde, contra los ejércitos de Napoleón revistió en gran manera los caracteres de lucha religiosa y no faltó obispo que la llamara, ya en sus mismos comienzos, «guerra teologal», al fin y á la postre se trató de una defensa desesperada del hogar, del trono y del santuario, dentro de las propias fronteras, sin impulso agresivo. Pero la guerra que tan brillantemente condujo el general Ricardos en su primera fase, fué, por el contrario, una guerra de agresión y de expansión más allá de nuestro territorio, sin objeto alguno utilitario, sin finalidad diplomática, sin otro motor ni estímulo que el sentimiento tradicional de los espa-

ñoles apelando, por vez postrera en la historia, á un torneo ó juicio de Dios.

Y esto es lo que ponen de relieve casi todos los comentaristas poéticos de tal empresa, empezando por Jovellanos, como hemos visto, siguiendo por Forner y llegando á un ingenio tan modesto, apacible y, al parecer, tan alejado de este linaje de preocupaciones, como fué el sainetero gaditano don Francisco González del Castillo émulo de D. Ramón de la Cruz, si no en el derroche, cuando menos en la popularidad y la gracia de sus obrillas.

El humilde apuntador del teatro de Cádiz, el autor de *El fin del pavo* y tantos otros saladísimos pasatiempos, parece haber conservado en medio de sus tareas subalternas y del ambiente de escenario una respetabilidad personal que se traduce en la deferencia con que le tratan sus compañeros de profesión y en el tono moral de sus producciones líricas. Escribió un poema titulado *La Galiada ó Francia revuelta*, con motivo de los horrores del 93; y la *Elegía á María Antonieta* ya llamó la atención de don Leopoldo Augusto de Cueto, en su *Bosquejo histórico-lírico* de la poesía del siglo XVIII, porque, no obstante su estilo desigual y declamatorio, hay algo en ella que denota el impulso elocuente que arrebató el ánimo de los verdaderos poetas:

Sí, porque de otro modo, ¿cómo hubieran
 puesto esos monstruos sus nefarias manos
 en su reina infeliz? ¿Cómo pudieran
 marchitar, ¡oh gran Dios! esos tiranos

aquella rosa, honor del galo suelo,
aquella estrella de su antiguo cielo?

.....

¡La real matrona
en el alto cadalso! Almas crueles:
¿es esa á quien ceñisteis la corona?
¿á esos pies ofrecisteis los laureles?

.....

¿Quién hizo á una gavilla de asesinos
árbitros de la ley, jueces del trono?
¿Quién formó un tribunal de libertinos
do vota la impiedad, manda el encono...?

* * *

Entre los poetas castellanos de las postrimerías del siglo XVIII cuéntase uno que bien podrían los modernos «pacifistas» invocar como precursor y colega. Figura en la serie de vates menores, nutrida durante aquella centuria por próceres y títulos de Castilla que dedicaban sus ocios al cultivo de las musas, acaparando los sillones académicos; y no pierde ocasión de declamar contra el horrendo espectáculo de los campos de batalla, bien en forma preconcebida y directa, bien por medio de digresiones frecuentes, aunque se trate de los más heterogéneos motivos de inspiración, como si le hubiera catequizado el abate de Saint Pierre con su célebre y cándido proyecto de «la paz perpetua». Ora departiendo con un amigo, ora despidiéndose de su amada, unas veces por raptó brusco en odas ó epístolas de asunto moral, otras veces interrumpiendo

la ilación de unos versos amatorios, su pluma insiste de continuo en el tema la discordia y en la maldición de las empresas marciales. Al final de una *Imprecación contra la guerra*, dirigida á su compañero D. Fernando Cajigal, llega á exaltarse, indignado contra aquella fatalidad histórica, y á prorrumpir en exclamaciones como las siguientes:

Quando contemplo á César coronado
de sangrientos laureles, y que el triunfo
de Aníbal, de Scipión, del grande Tito,
sobre fuego, sobre humo, sobre nada
se eleva y engrandece, me enardezco,
y de lo hondo del pecho saco fuera
estas palabras de furor henchidas:
«Maldito una y mil veces el primero
que, destrozando las sagradas leyes
de la naturaleza, quiso, osado,
elevar su cabeza con orgullo
sobre todos los otros sus iguales
y, deshaciendo los estrechos lazos
con que estaban los hombres reunidos,
dió á la Discordia entrada, y á la Guerra
revistió con el traje de la Gloria...»

Pues bien; este enemigo de Marte era «hijo de Marte» á su vez, probado en las acciones más duras, en el sitio de Gibraltar, en el combate naval que se llamó de *los empalutados*. Refiérome al conde de Noroña, que tomó viva parte en la campaña del Rosellón, y, ascendido más adelante á teniente general, obtuvo contra los franceses, en la guerra de la Independencia, la famosa victoria del puente de San

Payo. Al ilustre patricio de Castellón deben las letras castellanas el primer conato de *orientalismo*, antes de que los grandes poetas románticos vinieran á popularizarlo y extenderlo como elemento de renovación ó, mejor dicho, de integración artística. Con anterioridad á toda influencia posible de *El Divan*, de Goethe, y á haberse escrito una sola de *Las Orientales*, de Víctor Hugo, el conde de Noroña compiló su antología ó florilegio de *Poesías asiáticas*, traducción ó paráfrasis del inglés casi todas ellas. «Me prometo—decía en la «advertencia»— que los amantes de la verdadera literatura distinguirán estas composiciones llenas de fuego é imágenes pintorescas, de las insulsas filosóficas prosas rima-das que nos han venido de algún tiempo acá, de allende los Pirineos... Los genios españoles, que tanto han brillado por su fecunda y hermosa imaginación, deben abandonar esas gálicas frialdades y no desdeñarse de leer los poetas del Oriente, en quienes todo es calor y entusiasmo, y entre los cuales suenan con honor algunos hispanos, cuyas obras yacen sepultadas en el Escorial.»

De la misma manera, aunque con menos provecho para las letras que con esta versión de poetas árabes, persas y turcos, vino á inaugurar la racha lírica que siguió al rompimiento con la primera República: cantó *La batalla de Trullás* (22 de Septiembre de 1793) con inspiración que juzgaron casi pindárica algunos de sus contemporáneos, pero que revisada ahora, fríamente, á la distancia de ciento veinte años, produce un efecto general hartamente pobre

en los desmayos de prosaísmo y harto hinchado é
hiperbólico en los momentos de elevación:

¡Oh llanos de Trullás! Decid si acaso
Ricardos de otra suerte
arrastró al hierro duro de la muerte
al gallo altivo, de consejo escaso,
sin saber cuál más parte
tuvo en su corazón: Palas ó Marte.
Ó si los marathonios campos fueron
en más sangre empapados;
si más valor mostraron los soldados
que en Salamina á Jerjes destruyeron,
ó si acaso retumba
con más ecos de triunfo el val de Otumba.

.....
.....El contrario á la fragosa cumbre
se acoge desmayado
al verse del ibero destrozado
á pesar de su inmensa muchedumbre;
y su furia atrevida
en polvo, en humo, en nada convertida.
Y tú, Ricardos, que en tan fausto día
con sereno semblante
al poderoso Jove semejante
confundiste dél gallo la osadía
cuando el rayo lanzabas
ó los fuertes ataques ordenabas;
tú, que renuevas los ilustres nombres
de Leiva y de Toledo
la gloria de Aguilar, el gran denuedo
de aquellos siempre inimitables hombres
que el Ponto despreciaron
y á España nuevos reinos conquistaron...

Se observa en esta composición una absoluta ausencia de reflexiones políticas sobre las causas de la guerra, esto es, sobre la Revolución, el regicidio y la anarquía; como si al autor, olvidándose por un momento de su criterio pacifista, no le preocupase más que el puro aspecto militar de la lucha por la lucha, de la victoria por la victoria y del caudillo ante el caudillo: Ricardos contra Dagobert. En otra oda ó canto *A la paz entre España y Francia*, que escribió inmediatamente después de haberse firmado la de 1795, vuelve á su pintura habitual de las devastaciones y espantos que acompañan á la guerra, azote de la humanidad.

La Discordia levanta su cabeza,
de víboras crinada,
las mueve, las sacude, y agitada
retiembla la mansión de la tristeza;
la turbia Estigia crece
y el tenebroso Averno se estremece.

.....
En pos de ella camina el Hambre fiera,
la Miseria afanosa,
la devorante Fiebre, la ambiciosa
Gloria, el Furor, la Rabia carnífera,
y todos cuantos males
comprimen con la guerra á los mortales

.....
Todo es fuego y furor, todo se llena
de horrorosa matanza:
ya en medio de la Galia se abalanza
con sangre humana enrojecido el Sena;
ya en su centro se irrita,
desploma el templo, el trono precipita...

Y después de estas breves alusiones al gran estremecimiento social y político que había originado la guerra del Rosellón por parte de España y la de las otras potencias coaligadas contra los franceses, pasa revista al espectáculo feroz é inusitado de aquel pueblo que se destruye y asesina en el interior, pero que vuela á las fronteras y dirige «su carro fulminante contra el animoso belga», y ahuyenta de Tolón los navíos británicos, y salta el muro de hielo que le opone el danés, y se interna hasta el Rin, y escala los Alpes. Ni su prejuicio nacional ni su espíritu en cierto modo antimilitarista, acallan el asombro ante la increíble audacia de los sansculotes, que entran en fuego ó atacan á la bayoneta cantando el *ça ira*, superando y haciendo olvidar cuantas victorias constituyeron un día el orgullo de romanos y griegos. La propia España indomable siente decaer su tesón y sostiene penosamente su espada al final de la lucha, después de haberla vibrado vencedora en los comienzos:

Tú, que te viste del francés triunfante,
y con marcha atrevida,
ya del Tec refrenaste la avenida,
ya diste espanto al Canigó gigante,
mil laureles cogiendo
cuando la Europa toda estaba huyendo,

vacila y flaquea ahora, no sabiendo cómo poner término á la lucha y suspirando por la paz, que es también el anhelo íntimo y constante del poeta. Al fin sonríe esa esperanza. La reja ya no quedará

abandonada en el surco; los rebaños ya no correrán sin pastores por los campos estériles; ya no dejará la virgen del Señor los muros de su clausura ni los templos santos caerán destruidos al impulso de las hordas jacobinas. Una claridad tiñe el horizonte.

Nace el día en los brazos de la aurora;
asoma en el Oriente
un destello de luz, rápidamente
se extiende, el cerco de las nubes dora,
y el tenebroso velo
rasgado cae desde el alto cielo.

Así la Paz se esparce por la tierra.
El carro de la Muerte
éstalla, vuelca, y con impulso fuerte
lanza lejos de sí la horrenda Guerra,
que por el aire vago
rodando, se despeña al negro lago.

Al golpe, con revueltos remolinos
las ondas se levantan,
los eternos cerrojos se quebrantan,
se conmueven los muros diamantinos
y queda el Monstruo airado
en su profundo abismo sepultado.

Acaso los versos del conde de Noroña nos han entretenido mucho más de lo que conviene á su valor intrínseco. Pero, con independenciam de dicho valor, tienen otro, documental y representativo de la época, que los hace especialmente interesantes. Conocidas estas composiciones puede decirse que se conocen las demás, inspiradas en el mismo asunto de la guerra de España contra la Convención y de la paz concertada en Basilea. Así habrá de verse

al pasar los ojos por otras poesías análogas y aunque sean de ingenios más sonados, como Cienfuegos ó Arriaza. La única diferencia puede reducirse á que Noroña no tiene una palabra de adulación ó servilismo para Godoy, refiriéndose siempre á la Paz en abstracto y nunca al inexperto favorito, que le debió entonces su título de príncipe y el más inconsciente é inmotivado elogio de la nación entera.

*
**

Hay apellidos extrañamente reveladores de la personalidad que los ostenta, y este de Cienfuegos, que acabo de citar, con su prestigio entre musical y simbólico, pertenece á dicha categoría. Sólo al pronunciarlo, se impone ya á nuestra mente un tipo de poeta inactual entre sus contemporáneos, á la vez retrasado y anticipado con respecto á las modas literarias de su tiempo, volcánico y eruptivo, descompuesto y ardiente en medio de la tiesura y frialdad de los estilos académicos y seudo clásicos.

Y algo, y aún mucho de verdad encierra semejante sugestión, puesto que Cienfuegos figurará siempre como un caso aparte en la poesía española de los comienzos del pasado siglo, medio herrerista y medio gongorino doscientos años después de Góngora y de Herrera, pasional y desmandado mucho antes de la revolución estética que habían de iniciar Byron, Leopardi ó Víctor Hugo. Y este pre-romántico, amigo de la hinchazón y de la hipérbole del siglo xvii; este precursor de la grandilocuencia resonante y majestuosa de Quintana, fué también uno

de los primeros cantores de la Paz de Basilea, con todo el postizo y engañoso entusiasmo que hizo de aquella explosión poética uno de los mayores extravíos que jamás haya experimentado la conciencia nacional, tomando por victoria y salvación una alianza que, al pasar del Directorio al Consulado y del Consulado al Imperio, debía sernos colectivamente tan funesta, como lo fué, de un modo personal, para el propio Cienfuegos. Y, sin embargo, ¡con qué énfasis celebra la paz de 1795!

¡Oh Pirineo! ¡Oh campos de Geronal!
 ¡Espectáculo atroz! ¡Oh! ¿Quién me aleja
 de esta escena cruel de sangre y lloro,
 do el fratricidio la discordia abona,
 donde es muerte el honor? ¡Ay! ¡Cuál refleja
 el acero infeliz los rayos de oro
 del sol vivificante! ¡Cuál rechina
 el carro horrible do el cañón sentado
 va de viudez y de orfandad preñado!
 ¡Cuánto de llanto, y ruina,
 y sepulcro, está abriendo
 del trémulo tambor el ronco estruendo!

.....
 ¡Júbilo, salvación! ¡Oh cuál se inunda
 mi espíritu en placer! ¿Oís que clama:
 «paz, paz» el Pirineo ensangrentado?
 Dad oliva á mi sien. ¿Quién la circunda
 con sus hojas? La trompa de la Fama
 toda es paz, y á su son llora, abrazado
 del galo, el español, y maldiciendo
 de la guerra y sus bárbaros horrores,
 en amistad convierten sus rencores...

¿En amistad? Este pudo ser el ensueño de los poetas y de los ideólogos. Pero la historia no discurre conducida por ellos ni se ablanda al calor de las utopías y de los programas instantáneos, transformándose por brusca mutación. Mientras el imperio futuro de la paz universal empieza á dibujarse en las almas de los visionarios de París, en los secuaces de Anacársis Clootz, el *Orador del género humano*, que prometen establecerlo al día siguiente de su triunfo,—sin perjuicio de ensangrentar perpetuamente á la humanidad para conseguirlo,—un joven corso de pequeña figura macilenta, de mejillas pálidas y hundidas, de ojos en fiebre, de cabello agitado como por la ráfaga del jacobinismo, vaga insomne entre las baterías y parapetos del sitio de Tolón. Aquel joven es la encarnación más indomable y extraordinaria que haya tenido en el mundo la Discordia, y aparece cuando la «filosofía», mejor dicho, la abstracción divorciada del sentido de la vida, acaba de proclamar la confraternidad indestructible de los hombres reconciliados.

Poco lo sospecha Cienfuegos; poco adivina el trágico porvenir que aquella frente, preñada de misterio y fatalidad, reserva á España. Un rasgo de afectada cultura del joven caudillo inflama al iluso poeta español y, por primera vez en lengua castellana, en la cual tantas veces había de sonar más tarde para la execración y el vituperio, es cantado y ensalzado el hijo de Leticia Ramolino. Tales son las estrofas *En elogio del general Bonaparte con motivo de haber respetado la patria de Virgilio*, en

sus operaciones de la campaña de Italia: un verdadero y, por lo prematuro, muy sorprendente ditirambo que añadir á la antología napoleónica, en aquellas fechas bastante pobre. Virgilio Marón, yace en los Campos Eliseos, según el poeta; las sombras generosas de los antiguos héroes vuelan en torno suyo: Epaminondas, Leonidas, Aníbal, los Scipiones... «¿Quién puede devolver á la tierra—dice el mantuano—lo que duerme en tales sepulcros?»

Mira entretanto á Bonaparte y clama:
 «No habéis muerto; vivís, héroes gloriosos,
 todos, todos vivís. Joven valiente,
tú Marcelo serás. Dijo, y el héroe
 el bastón empuñando,
 va al enemigo, rápido marchando.

.....
 Sí; que al oírle desnudar la espada
 tiemblan los muros de diamante, tiemblan
 ríos y montes. Sólo sin espanto
 la pobre aldea de Marón le mira,
 que el héroe la respeta.
 Viólo en su tumba, y sonrió el poeta.

Y rebosando en júbilo su pecho,
 «Cumplióse, dijo, mi feliz presagio,
 Bonaparte inmortal. ¡Oh! ¡que á la vida
 no pudiese otra vez volver ahora!
 ¡Quién loarte me diera
 y que luego á mi túmulo volviera!

»De mis cantos rayad, rayad á Augusto,
 rayad á Eneas, y á Catón dictando
 sus leyes á los justos del Eliseo;
 que todo nombre de virtud y gloria
 de ellos rayado sea
 y *Bonaparte* en su lugar se lea.»

Antes de tres lustros al azote de Italia, habrá caído también sobre la Península ibérica. Sus legiones descienden por el Pirineo y se internan en España á título de aliadas y amigas, en medio del asombro de la multitud. La perfidia llama desde Bayona á nuestros reyes, y la torpeza y el envilecimiento los empuja hasta allí desde la capital. Liquidamos á toda prisa las consecuencias de la paz de Basilea. Murat lanza sus fieros mamelucos sobre los patriotas inermes del 2 de Mayo; y las descargas del Prado y de la Moncloa ahogan en las gargantas el grito de independencia. Cienfuegos dirige entonces la *Gaceta de Madrid*, y su heroica entereza no se deja arredrar por nada: ni por el halago, ni por la amenaza, ni por el peligro mortal. Padeciendo una grave y crónica dolencia, escapa como de milagro á los fusilamientos de Madrid y, reducido á prisión, es enviado más tarde á Francia, junto con otros rehenes, falleciendo al llegar á Ortez, víctima de deportación tan inhumana y violenta. ¿Qué pensaría entonces de sus antiguas admiraciones por el joven Bonaparte?

Su ejemplo de estoica firmeza fué un continuo reproche para los débiles y los tráfugas de aquella misma generación; y otro poeta leal, en un verso famoso, pudo invocar, levantándose airada contra los tiranos y contra los apóstatas, contra la usurpación y la cobardía,

la sombra inexorable de Cienfuegos,

cuyo aliento patriótico vino á henchir después las composiciones de otro poeta versificador que tam-

bién se separa del gusto predominante en su época, pero por otro estilo: por propender á las corrientes populares de los copleros á la antigua.

Fué D. Juan Bautista Arriaza, durante la guerra de la Independencia y hasta afirmase el régimen constitucional en 1833, el cantor indefectible de la monarquía absoluta y del españolismo neto y sin mescolanzas. De su pluma salieron los himnos bélicos, las letrillas patrióticas para brindis, las cantatas «musicables», las loas y apropósitos para fiestas palatinas y reales celebraciones. Sus reseñas satíricas en verso sobre los estrenos de los teatros de Madrid fueron tan populares como temidas, por lo mismo que resultaban mordaces y graciosas. Realista á machamartillo, como lo fué toda su vida, era imposible que, aun escribiendo después de la Revolución, no dejara en sus versos algún rasgo expresivo de sus ideas políticas ó del horror y angustia que había de producirle la tormenta. En 1792 Arriaza tenía poco más de veinte años, y entonces pergeñó uno de sus primeros ensayos, contestación á Vargas Ponce, que acababa de exhortarle en verso para que dejase la carrera militar. Arriaza y Vargas Ponce habían embarcado en la escuadra que iba á dar la vela para la primera campaña contra Francia. En dicha contestación no se trata más que de familiares discreteos, siendo como era el ingenio y la facilidad la nota distintiva de los dos amigos, autor el uno de la *Proclama de un solterón* é inagotable el otro en sus *Sátiras* del teatro. Ello no obstante, llega un momento en que Arriaza, en-

tre burlas y veras, da una impresión intensa, y hasta sorprendente, de la angustia de su tiempo, entenebrecido por la funesta sombra revolucionaria:

Amigo, la pasión me desvanece
haciéndome soñar felicidades,
en un tiempo en que el sol no resplandece
sino para aclarar negras maldades;
vivimos (si tal nombre se merece
el gozar *la peor de las edades*)
días en que á la paz, horrenda guerra
arrojó para siempre de la tierra

Tienda la noche su estrellado manto
sobre *la desgraciada faz del mundo*;
ya no me da su oscuridad espanto
ni su silencio tétrico y profundo;
yo sólo respirar puedo...

El estro juvenil de Arriaza llegó á tiempo de celebrar todavía los triunfos de Ricardos, preludiando una serie de inspiraciones y cantos guerreros que debía extenderse después hasta Trafalgar y el 2 de Mayo, y más tarde á Wellington, y más tarde aún al duque de Angulema y sus Cien mil hijos de San Luis. La campaña del Rosellón, feliz para las armas españolas durante el primer año y mientras vivió el inteligente caudillo aragonés, resucitó el recuerdo olvidado de la victoria en guerras ofensivas, después de casi un siglo de humillaciones y luchas de defensa. Así se comprende el vivo, aunque fugaz entusiasmo que esparcieron aquellas primeras acciones afortunadas: Bellegarde, Trullás, Colliure... En una nación en que el énfasis había llegado á

formar una segunda naturaleza y, como la sombra al cuerpo, siguió las huellas de la expansión imperialista de los siglos XVI y XVII, sobreviviéndole largo tiempo después de extinguida, á manera de pomposo crepúsculo; en un estado de espíritu semejante, no hay que extrañar esa erupción poética, aparatosa y bombástica, de que el siguiente soneto de Arriaza, con motivo de la entrada en Colliure, es el mejor ejemplo:

Pisa Ricardos la ciudad tomada
y entre el tropel de la vencida gente,
Febo divino, Marte armipotente,
salen también á celebrar su entrada.

Febo le toma la invencible espada
y, con laurel eterno, alegremente
ciñe y enjuga la gloriosa frente,
de espeso polvo y de sudor bañada.

Contempla Marte el ademán bizarro
y al ver que resplandece en su semblante
la gloria de Cortés y de Pizarro,

alargóle la diestra fulminante
é hizo montar en su soberbio carro
al domador del Rosellón triunfante.

Y, con este trofeo, parece que se extingue en la poesía española contemporánea de la guerra contra la República, el comentario lírico de los combates y aun toda producción de asunto revolucionario. Lo que puede espigarse después no son más que ecos remotos, persistencias cada vez más débiles, rastros cada vez más confusos de la inmensa tempestad que se aleja. Pasó el Terror; pasó la crápula

de los termidorianos; pasó la farsa consular, desenmascarándose y amaneciendo un día convertida en Imperio. Han transcurrido diez y seis años. España está en guerra con Napoleón: una lucha desigual, insensata, heroica, que no mide los medios, los recursos ni las posibilidades. Tal ejemplo de temeridad sublime y ciega, no desarma á los libelistas extranjeros que hablan de esta pobre nación, allá por 1810, en términos de ultraje y villanía, sin comprender la grandeza de semejante duelo á muerte con el coloso, sin la admiración estética, cuando menos, que produce en las almas generosas el espectáculo del patriotismo ardiente y la indomable tenacidad. Entonces Arriaza, al comentar en versos amargos esa injusticia del mundo,—compensada por las estrofas vengadoras de Byron y la admiración de los patriotas alemanes—siente herida la memoria por uno de los nombres más repulsivos de la medio olvidada Revolución y lo escupe, indignado, á la frente de los detractores de su patria:

Tres años de proezas singulares:
sitios, asaltos, lides carniceras,
en que del Corso las legiones fieras
el acero español siega á millares;
hallarse, Iberia, yermos tus hogares,
ó en ellas luto y quejas lastimeras,
de tus hijos por todas las riberas
bajando sangre á enrojecer los mares;
ver la flor de Aragón y de Castilla,
que al cautiverio la cerviz prosterna
primero que al tirano la rodilla...

¿y á tanto honor, con frases de taberna,
la gacetera chusma aún amancilla?
¡Raza de Luis Freron, serás eterna!

Luis Freron, como se sabe, perteneció á aquel grupo de los terroristas «sobrevivientes», más repugnante y odioso que otro alguno, por ofrecer á la humanidad el ejemplo del crimen glorificado, del cinismo triunfante, de la orgía y la bacanal que se revuelca sobre la pira de los cadáveres, palpitantes todavía. Marat feneció. Danton y sus amigos dejaron la cabeza en las fauces del propio monstruo que habían excitado y enfurecido. Robespierre, Couthon, Saint-Just y toda su caterva se asomaron también, cuando llegó la hora, á la *fenêtre nationale*. La iniquidad se mutilaba á sí misma y, por obligado automatismo vital, semejante al de la fagocitosis, devorábanse unos á otros los malvados y «bebedores de sangre». Pero el caso de Freron, de Barère, de Barrás, de los felices, de los impunes y triunfadores hasta el fin, pareció un escarnio al principio de justicia inmanente en la conciencia humana y una ruptura ó paralización de las leyes providenciales sobre que se asienta el orden moral.

En *L'Orateur du Peuple*, mala parodia del título y del periódico de Marat, había alcanzado Freron aquella infame nombradía que llega á la personificación de un vicio ó de una plaga social. Su nombre evoca la idea del foliculario de todos los tiempos, removedor de los bajos fondos de la demagogia, inductor á los más viles asesinatos, apologista nato del homicidio y la crueldad. Cuando la Con-

vención le nombró comisario cerca del ejército de Italia y tiene que ir á Tolón, recuperado del poder de ingleses y españoles, suele dar cuenta de su cometido á la asamblea, en términos de regocijo salvaje como los que siguen: «El fusilamente está á la orden del día; he aquí á unos 600 que ya no harán, en lo sucesivo, armas contra la República; la mortalidad se ceba ahora entre los súbditos de Luis XVII. Hoy han caído todos los sargentos, ayudantes y soldados de la marina, con los miembros de la municipalidad que se habían puesto la banda blanca durante el reinado del estafermo. Tres curas han cerrado el baile.» Y, sin embargo, para esa figura execrable fueron los honores y los encumbramientos, las adulaciones y las riquezas, el amor de Paulina, hermana del César, y la muerte natural en un lecho de potentado...

De la misma índole que la alusión de Arriaza, es decir, como recuerdos y exhumaciones póstumas, deben considerarse casi todas las referencias de los poetas de aquella generación, más joven que la de Jovellanos, Forner y Moratín, susceptibles de figurar en este recuento. Así como todo el período que precedió á la muerte del Rey de Francia fué de silencio y prohibición para la pluma española, una vez acabada la guerra del Rosellón cesó también la tolerancia y enmudecieron los comentaristas. Ahora para no disgustar á nuestros aliados con escritos hostiles, como antes por temor al contagio de la fiebre extranjera, se volvió al régimen prohibitivo, que sólo había de romperse en 1808, bien para la

execración de los réprobos, bien para la difusión de las ideas de libertad; como si los reformistas españoles, aleccionados por la catástrofe francesa, contrapusieran como polos irreconciliables y antagónicos, los dos espíritus y los dos momentos compendiados en 1789 y 1793.

A este período del alzamiento nacional contra Napoleón pertenece sin duda el soneto de D. Alberto Lista titulado *Robespierre*. Lista fué el mentor y consejero de la juventud liberal y romántica, en la primera mitad del siglo pasado; fué el humanista y el oráculo, ofreciendo el tono común de aquellos hombres ilustrados y tímidos, partidarios de las luces y de las reformas tanto como enemigos del desorden, que vinieron á ser con el tiempo los moderados, ó que se habían afrancesado en su día, por debilidad de carácter mucho más que por efectiva convicción. El cantor de *La beneficencia*, de *La bondad natural* y originaria del hombre, de *La felicidad pública*, *El triunfo de la tolerancia* y otros asuntos que ya sólo en su título y enunciación respiran aliento rusioniano; el adepto de la Academia sevillana del *Silé* y el autor del himno masónico para una pretendida sociedad de amigos, pasada su juvenil turbulencia y aturdimiento, dejó entre sus sonetos ó medallones históricos (los tiene dedicados á Foción, á Marco Bruto, á Sully, á Enrique IV de Francia, al tipógrafo Fermín Didot...) esta aguafuerte, bien comenzada y de defectuoso y deslucido final, retrato de «el Incorruptible»:

Mata, destroza; de exterminio fiero,
sáciate, Robespierre; vierte, inhumano,
la pura sangre de tu triste hermano
y otra vez y otras mil alza el acero.

Al golpe atroz de tu segur primero
perezca el orbe, y con furor insano
al astro de la luz llegue tu mano
y hunda feroz el universo entero.

Húndase, y vive sólo tú, malvado
ante el Dios de bondad; en Él te queda
el castigo á tus furias reservado.

Mira esa sangre que tus labios baña
y oye el remordimiento, que ya hereda
de innumerables víctimas la saña.

Y esta es ocasión de decir, que aunque hubo en España, desde los comienzos de la Revolución francesa, quien simpatizara con las ideas y principios que tomaba por base y hasta quien sintiera franca inclinación por la reforma llevada á cabo en la Constituyente, por lo que el juramento del Juego de Pelota y la sesión del 4 de Agosto vinieron á representar, ni una vez, en verso castellano, suena con elogio el nombre de un solo jacobino, ni de un solo partidario de la Gironda, ni de quienquiera que presentase las manos manchadas con la sangre del Terror, si se exceptúa el caso, entonces ignorado en España y poco menos que clandestino, de las poesías de Marchena.

No hemos hallado hasta ahora, en esta rápida excursión por la poesía de los tiempos revolucionarios, más que dos suertes de testimonios: ó influencias encubiertas del filosofismo francés, bajo las formas de incredulidad volteriana y de «filantropía» sentimental, según la escuela de Rousseau, ó condenaciones y anatemas explícitos de los crímenes del Terror y de los feroces demagogos que vinieron á personificarlo en la imaginación de las gentes. Es preciso llegar á Marchena si queremos obtener textos terminantes de exaltación revolucionaria, de glorificación y franca apología de sus hombres y sus principios. No se trata ya de vagas declamaciones humanitaristas sobre la felicidad primera de nuestra especie ó sobre la tolerancia y el fanatismo, á la manera de Meléndez, de Lista, de Reinoso. No se trata de ataques solapados ni de burlas corrosivas y cautelosas contra la Religión, como las que nos ofrecen Moratín é Iriarte. El girondino andaluz abandonó resueltamente el campo de las platónicas simpatías, de los eufemismos y de las vaguedades, y se convirtió, desde los comienzos de su vida literaria, en un verdadero militante ó propagandista, con todo el ardor de los neófitos y toda la audacia de la franca rebelión.

El abate D. José Marchena, nació en Utrera el 18 de Noviembre de 1768. Cuando se reunieron los Estados Generales tenía veinte años. Había comenzado en Sevilla los estudios eclesiásticos ordenándose de menores, de las cuales no pasó, descolando soberbiamente en el dominio del latín y, muy

pronto, en el de la lengua francesa. Luego se le conoció en la Universidad como ardiente materialista y descreído, escribiendo contra el celibato eclesiástico una carta que circuló privadamente, con el escándalo natural entonces, dado el espíritu de la sociedad española. «Marchena saludó con júbilo—dice Menéndez y Pelayo en su semblanza—la sangrienta aurora de la Revolución francesa, y, si hemos de fiarnos de oscuras y vagas tradiciones, quiso romper á viva fuerza los lazos de lo que él llamaba *superstición agobiada*, y entró con otros mozalbetes intonsos y con algún extranjero de baja ralea en una descabellada tentativa de conspiración republicana, la cual tuvo el éxito que puede imaginarse, dispersándose los modernos Brutos, y cayendo alguno de ellos en las garras de la policía.»

Añade el insigne biógrafo del revolucionario español, que si tal conspiración existió realmente tuvo que ser muy anterior á la llamada *del cerrillo de San Blas* (en algún folleto casi contemporáneo la he visto yo recordada bajo otra forma: *del día de San Blas*) que fraguaron en 1795 el pedagogo mallorquín Picornell, José Lax, Garasa, Pons Izquierdo y otros varios. En 1795, Marchena no estaba ya en España, de donde había salido más de dos años antes, se supone que avisado por Lista ante el peligro que corría de verse envuelto en un proceso de la Inquisición. Parece que á mediados de 1792 se refugió en Gibraltar y de allí pasó á Francia, fijándose en Bayona, donde permanecía aún en Diciembre del mismo año. Había llegado á la que fué después su

patria adoptiva, con el ingenuo y delirante entusiasmo de quien realiza un sueño de oro: establecerse en el país de la libertad y embriagarse de ella. Se alistó en el club jacobino de Bayona y pronunció en él un discurso según el más violento patrón de la época. «Pongamos—decía—sobre nuestras cabezas el gorro de los hombres libres, y á nuestros pies la corona de los reyes.» Y entre su público de descamisados obtuvo un grande éxito de tribuna, según las memorias inéditas de M. Reynon, de San Juan de Luz, quien le conoció personalmente y lo vió actuar durante aquellos días calamitosos.

Púsose en correspondencia, al poco tiempo, con el ministro de Negocios Extranjeros, Lebrun, y se le ofreció para organizar la propaganda revolucionaria en España y para intervenir en los Comités «insurreccionales» de Bayona y Perpiñán que, con elementos mixtos de las dos naciones, empezaban á funcionar activamente. Trasladóse y París y colaboró casi en seguida en *L'Ami du Peuple*, de Marat. «No pasaron muchos meses sin que Marchena renegase duramente del bando jacobino y de los furiosos fanáticos ó hipócritas perversos que le dirigían, y se pasase á la fracción de los girondinos, á quienes acompañó en próspera y adversa fortuna, ligándose especialmente con Brissot.» Aun antes de la caída de sus amigos en la insurrección del 31 de Mayo, probó ya el rigor de las cárceles revolucionarias, en las cuales dió tantas veces, pretendiendo huir á las del Santo Oficio. Brissot intercedió en su favor, y bien por esta ayuda, bien por haber logra-

do evadirse, vióse muy pronto en libertad á tiempo de compartir «con noble y estoica entereza» la proscripción de los diputados de la Gironda que no pudieron ser inmediatamente encarcelados después del decreto de la Convención.

Siguió en su fuga desesperada á Buzot, Sale, Barbaroux, Larivière, Louvet, Petion... Iba con ellos el periodista Girey-Dupré y un joven literato llamado Riouffe, á cuyas memorias se deben todos los pormenores referentes á este episodio de la vida de Marchena. Ahogada la insurrección que fueron á atizar, pasaron de Normandía á Bretaña, con ánimo de embarcarse para la Gironda, y á costa de increíbles penalidades llegaron á Quimper. En Quimper creían encontrar una barca preparada para huir á Burdeos; exigió grandes reparaciones y no pudieron salir sino después de muchos días. El 24 de Agosto llegaron á la vista del pico de Ambés, y allí se reunieron con otra porción de fugitivos de la misma parcialidad que habían tomado diferente ruta. Escondidos, inseguros, seguidos de cerca por la tropa jacobina, no les cupo más remedio que entregarse ó dispersarse. Uno tras otro fueron cayendo en poder de sus perseguidores. Marchena y Riouffe fueron detenidos en Burdeos el 4 de Octubre de 1793, conducidos á París, encerrados en la Conserjería...

Tales son las principales vicisitudes de nuestro compatriota desde el instante en que salió de España, abominando de su despotismo y anhelando respirar las auras de la libertad en la tierra de promi-

sión que había admirado y cantado, incluso por medio de digresiones é incisos en sus poesías amatorias á las Licoris y Aglaes de su época escolar, que, con patente remordimiento, le hacían olvidarse

del congreso sagrado
que en Francia destruyó la tiranía

y abandonar su inspiración política propiamente dicha. A ella se deben, en sentir de Menéndez, los más antiguos versos de propaganda revolucionaria escritos en España, y desde luego el primer comentario de la toma de la Bastilla:

Cayeron quebrantados,
de calabozos hórridos y oscuros,
cerrojos y candados;
y caen por tierra los tremendos muros
terror del ciudadano,
horrible baluarte del tirano

.....
Dulce filosofía,
tú los monstruos infames alanzaste;
tu clara luz fué guía
del *divino Rousseau*: tú amaestraste
al ingenio eminente
por quien es libre la francesa gente.

Excita al grande ejemplo
tu esfuerzo, Hesperia: rompe los pèsados
grillos, y que en el Templo
de Libertad de hoy más muestren, colgados,
del pueblo la vileza
y de los reyes la brutal fiereza.

De Marchena es también la primera invectiva formal y declarada contra el Santo Oficio y el primer apóstrofe ó invocación á *la libertad* en sentido filosófico á la francesa y no como recuerdo de las viejas franquicias populares de la Edad Media, sino tal como arrancaba de la reciente constitución norteamericana ó de la declaración de los Derechos del Hombre:

¡Oh lauro inmarcesible, oh glorioso
hado de nación libre, quien te alcanza
llamarse con verdad puede dichoso!
¡Libertad, libertad! tú la esperanza
eres de cuanto espíritu brioso
el despotismo en sus mazmorras lanza.
Los pueblos que benéfica visitas
á vida nueva al punto resucitas.

El pueblo de Minerva, el de Quirino
si la historia pregona sus loores
y si con esplendor lucen, divino,
del tiempo y del olvido vencedores
á la libertad deben su destino.
La libertad regó las bellas flores
que la sien de Fabricio y Decio ornaron
y á Foción á Aristides coronaron.

A Jéfferson y á Washington inflamas
en tu sagrado amor, y otro hemisferio
consume luego entre voraces llamas
los monumentos de su cautiverio.
Tu santo ardor por la nación derramas
y de las leyes fundas el imperio,
siempre absoluto porque siempre justo,
que la igualdad social mantiene augusto.

Estas octavas, desabridas y de acentuación defectuosa y poco agradable, denotaban una mentalidad extranjerizada por completo y aún se diría que proclaman á voces el haber sido compuestas y escritas más allá de los Pirineos.

En la cárcel, ó siguiendo tal vez á los fugitivos de la fracción girondina, hubo de sorprender á Marchena la noticia de la muerte de Marat. El mundo oprimido pareció respirar á sus anchas, después de la caída del monstruo, al golpe libertador de Carlota Corday. Todavía la escoria parisiense tributó al infame maniático del exterminio una de aquellas pompas fúnebres, ideadas por David, que eran á la vez parodia artística y escarnio moral de los triunfos y exequias dedicados por la antigüedad á sus claros varones y repúblicos. Pero la Europa horrorizada y cuantos franceses, amigos ó no de los principios de la Revolución, abrigaban un resto de generosidad y sentimiento, aclamaron á la virgen heroína como á un ángel salvador y benéfico que había venido á renovar el recuerdo de Juana de Arco y á contener como ella la disolución de la nacionalidad. El abate español conservó en medio de sus extravíos y apasionamientos un fondo de noble clemencia que le hizo prorrumpir, esta vez, en versos, sino flúidos, cuando menos apasionados y vehementes, en loor de la hermosa tiranicida:

Salve, deidad sagrada;
tú del monstruo malvado libertaste
la patria; tú vengaste á los humanos;
tú á la Francia enseñaste

cuál usa el alma libre de la espada,
y cuál sabe inmolar á los tiranos.

De tu pueblo infelice
sé deidad tutelar. Oh! No permitas
que á la infame Montaña rinda el cuello.
Mas ¡ay! que en balde excitas
con tu ejemplo el vil pueblo que maldice
el brazo que le libra. ¡Ay que tan bello
heroísmo es perdido
y pesa más el yugo aborrecido!

Que en las negras regiones
las Furias hieran con azote duro
del vil Marat el alma delincuente;
que en el Tártaro oscuro
sufra pena debida á sus acciones,
y del gusano eterno el crudo diente
roa el pecho ponzoñoso,
¿será por eso el pueblo más dichoso?

La libertad perdida
¡ay! mal se cobra: en pos de la anarquía
el despotismo sigue en trono de oro;
su carro triunfal guía
la soberbia opresión; la frente erguida,
va la desigualdad, y con desdoro
el pueblo envilecido
tira de su señor al carro uncido.

¡Oh, diosa! Los auspicios
funestos, de la Francia tén lejanos;
torne la Libertad á nuestro suelo;
así, con puras manos,
los hombres libres gratos sacrificios
te ofrecerán, Carlota; tú del cielo
donde asistes, clemente
protege siempre á la francesa gente.

Imposible resulta evitar el recuerdo de la elegía de Andrés Chénier al mismo asunto, por más que la oda de Marchena haya de quedar absolutamente eclipsada por las estancias impecables del divino poeta de Constantinopla. Elias y los cuatro *Yambos* famosos son uno de los contados monumentos literarios que, con aire de eternidad y desafiando los siglos futuros, surgieron de entre las efímeras improvisaciones de la poesía revolucionaria. Gran humanista era Marchena, conocedor admirable de los autores latinos y traductor habilísimo, ya que no inspirado, de Lucrecio, cuyo sentido tumultuosamente pagano y naturalista le había contaminado hasta la medula y constituía el primer fondo de sus ideas filosóficas. Su dominio del latín podía llegar hasta la graciosa superchería del *Fragmentum Petronii*, en el cual amañó una escena del *Satyricon*, ofreciéndola á la credulidad de ciertos doctores alemanes como hallazgo paleográfico en un códice de la biblioteca de San Gall; pero sus facultades de poeta no estaban á la altura de estos conocimientos filológicos y de preceptista, ni podían rivalizar con el hechizo del cantor de los *Idilios* y de la *Jeune captive*, con el cual resucitaron, para cantar ideas y emociones contemporáneas, el secreto melódico y la dulzura láctea de los antiguos.

En prosa, todavía más que en verso, pagó Marchena tributo á los temas de la Revolución. De su pluma salieron multitud de documentos y proclamas destinados á extender la agitación en la Península, siguiendo las huellas del *Avis aux Espagnols*, de

Condorcet. Adorador de la libertad, liberal de toda la vida, tuvo también su momento de *libertino*, en la acepción de franca impudencia y ostentación de satanismo crapuloso. Dicese que sobre la puerta de su casa, en París, había colocado la siguiente inscripción: *Ici l'on enseigne l'athéisme par principes*, y por las Memorias de Riouffe conocemos la parodia de religión ó culto de *Ibrascha* con que pretendieron distraer sus negros insomnios en las cárceles del Terror y exasperar á un pobre fraile, que ocupaba su mismo calabozo. Algo de eso persistiría en él en edad más avanzada, cuando Chateaubriand llegó á conocerlo, andando los años, en casa de Madama de Staël y nos habla del aventurero español, en las *Memorias de Ultratumba*, llamándole «sabio inmundo y aborto lleno de talento».

Era muy pequeño, de figura ruin y cabeza desproporcionada, con nariz enorme y desgarrada boca, muy en consonancia con esos otros rasgos morales de descoco é insolencia agresiva que siempre le distinguieron. Puesto en libertad después del 9 de Termidor, la fortuna pareció sonreírle entonces y se le dió un puesto de poca importancia en el Comité de Salvación pública. Con Poulthier sacó á luz un nuevo periódico, *L'Ami des Lois*. Empiezan las disensiones de los termidorianos, y Marchena no tarda en declararse enemigo furibundo de Tallien, Fréron y Legendre. Deja su destino, se abre para él una nueva era de persecuciones y se le declara proscrito, en 1795, después de la jornada del 5 de Octubre. Piérdese su rastro por algún tiempo, y

en 1797 se hace notar otra vez por su violenta oposición al Directorio, que le aplica la ley de 21 floreal contra los sospechosos extranjeros, obligándole á salir del territorio de la República.

Nuevamente se decide á congraciarse con los que mandan, y, algún tiempo después, pide al Consejo de los Quientos la confirmación de su ciudadanía francesa. Más adelante, no sólo obtiene esta declaración, sino también el nombramiento de oficial de Estado Mayor, á las órdenes de Moreau, en el ejército del Rhin, donde se distingue con notables trabajos de gabinete en 1801, acabando por ser el secretario y hombre de confianza de aquel general hasta su célebre proceso y caída en 1804. Entonces se declaró ardiente bonapartista y defensor del Imperio; y, como secretario del gran duque de Berg, generalísimo de las tropas francesas, volvió á España en 1808, después de una ausencia de más de diez y seis años, llenos de vicisitudes y borrascas estupendas á través del mar proceloso de la Revolución. Esta parte de su agitada existencia es la que más negro recuerdo dejó entre nosotros, por ir asociado su nombre al del feroz verdugo del 2 de Mayo. Frecuentó la tertulia de Quintana, durante el período de indecisión y promiscuidad entre afrancesados y españoles netos, que debía preceder á la batalla de Bailén; y allí le encuentra nuestro irascible Capmany, consignando en uno de sus folletos patrióticos estas palabras, rebosantes de saña: «Vi al renegado de Dios y de su patria, al prófugo, al apóstata y ateo Marchena, fautor, factor y espía de

los enemigos que entraron en Madrid con Murat.»

La Inquisición se acordó de que el abate había dejado alguna cuenta pendiente en los lejanos días de su emigración, y lo hizo detener *pro formula*, como fueron casi todas las causas de aquellos años. Murat envió á las cárceles del tribunal una compañía de granaderos que, á viva fuerza, se incautó del detenido. Entonces, compuso Marchena un epigrama enrevesado é insustancial, contra el coloso que «nació del cieno de Flegetonte y mamó la ponzoña de Megera y bebió el azufre de Aquerón»; epigrama que no parece de la misma mano que compuso el dedicado al ministro Urquijo con motivo de su traducción de *La mort de César*, tragedia de Voltaire:

Ayer en una fonda disputaban
de la chusma que dramas escribía
cuál de entre todos el peor sería.
Unos «Moncín»; «Comella», otros gritaban:
«El más malo de todos—uno dijo—
»Es Voltaire traducido por Urquijo.»

El rey José nombróle director de la *Gaceta*, donde vino á sustituir á Cienfuegos, y archivero del ministerio de la Gobernación, indicándole para formar parte de la magna Academia é Instituto, que no llegó á organizar. Concedióle también una subvención para que tradujera á Molière, lo que hizo por completo, si bien no se conservan de esta traducción más que *El hipócrita (Tartuffe)* y *La escuela de las mujeres*. Igualmente tradujo, con el título de *El amigo de los hombres*, la obra á la que debió su celebridad poética el revolucionario Fabre d'Egland-

tine, ó sea el *Philinte*. Acompañó en su viaje á Andalucía al monarca intruso, y tomando la guerra peninsular el aspecto que todos saben, siguió al ejército francés en su paulatina retirada. Durante su estancia en Valencia, solía concurrir de tertulia á la librería de Faulí. Sus opiniones, radicalísimas á menudo, escandalizaban á los mismos afrancesados de la reunión, entre los cuales se contaban Meléndez y Moratín. Un día observó Faulí que Marchena leía un libro sobado y mugriento: era la *Guía de pecadores*, de Fray Luis de Granada. Después supo que este libro no le había dejado un instante en los días de la Revolución, ni siguiendo á los girondinos, ni en los calabozos de la Conserjería, ni en los campamentos de Alemania.

Estábase reservada todavía al girondino andaluz otra serie de penalidades sin cuento, en el período que medió entre 1814 y 1820. Tales fueron los años de su forzada expatriación, común á los demás afrancesados. Nimes, Montpellier y Burdeos conocieron su miseria y necesidad, que procuraba remediar con trabajos editoriales y traducciones de Voltaire, Rousseau y casi todos los precursores de la Revolución francesa. Su nativa intemperancia no dejó de comprometerlo alguna vez con peligro de su seguridad y aun de su vida, pues según nos cuenta Moratín en una de sus cartas, llegó en Nimes á desafiar é insultar á todo un cuerpo de guardia, por lo que le pusieron preso y se le sometió á consejo de guerra. La turbulencia de su espíritu, sufrió, con el tiempo, la natural sedimentación; y de sus ardores

militantes y del frenesí con que había abrazado la causa de los revolucionarios de París, pasó á juicios, ya que no á conducta, de mayor sensatez y discreción sobre el acontecimiento que le había inflamado en las mocedades:

Tal la Revolución francesa ha sido
 cual tormenta que inunda las campañas,
 los frutos arrancando del ejido;
 empero el despotismo, las entrañas
 deseca de la tierra donde habita,
 cual el volcán que hierve en las montañas.

.....
 Así en Milton los monstruos del abismo
 devoran con rabioso ávido diente
 de quien les diera el ser el seno mismo.

Corresponden estos tercetos á la *Epistola sobre la libertad política*, dedicada al geómetra español don José Lanz, á quien junto con el canario Betancurt, se considera como creador de una ciencia nueva: la Cinemática, expuesta principalmente en la obra que titularon *Essai sur la composition des machines* y que sirvió de texto, por muchos años, en la Politécnica de París.

Y con esto puede decirse que enmudece no sólo la musa revolucionaria de Marchena, sino el eco general que la gran conmoción había despertado en la poesía española. El movimiento de 1820, iniciado por Riego y Quiroga en las Cabezas de San Juan, abrió las puertas de la repatriación á los afrancesados, y entre ellos volvió á España, como el más señalado de todos, el humanista de Utrera, pasando

á vivir en Sevilla, á la cual escandalizó de nuevo en su vejez, como la había escandalizado en su juventud, con la impiedad que cínicamente afectaba y el radicalismo violento de que hacía ostentación, moviéndose de la mojiganga liberal española, según podía hacerlo quien había visto revoluciones de verdad y había tomado parte en sus estragos y crímenes. En la *Sociedad Patriótica* de Sevilla, en la cual había entrado al principio como miembro de honor, fué causa de una gran escisión ó disidencia de los liberales mismos, dando lugar á una enconadísima polémica entre los adictos y adversarios del general O'Donojú que determinó la expulsión del impertinente propagandista.

El medio se le hizo completamente hostil y se trasladó á la corte, á últimos de 1820, cuando le restaban ya pocos meses de vida. Acogido en casa de Mac-Crohon, no tuvo alientos para frecuentar la Fontana de Oro ni subir á su tribuna, convertida en recuerdo lejano del club de los Jacobinos. No consta la fecha precisa de la muerte de Marchena, pero debió ocurrir en Febrero de 1821. Parece que se le dió sepultura eclesiástica y se celebraron en la parroquia de Santa Cruz funerales costeados por el mismo amigo que acababa de ofrecerle hospitalidad, y muchos de sus contemporáneos aseguran su conversión. «El viento de la incredulidad,—dice Menéndez,—lo descabellado de su vida, la intemperancia de su carácter, en quien todo fué violento y extremado, inutilizaron en él admirables cualidades nativas; y hoy sólo nos queda de tanta brillantez,

que pasó como fuego fatuo (¡semejante ¡ay! á tantas brillanteces meridionales!) algunas traducciones, algunos versos, unas cuantas páginas de prosa más original que bella, el recuerdo de la novela de su vida, y el recuerdo mucho más triste de su influencia diabólica y de su talento estragado por la impiedad y el desenfreno.» No lo he visto recogido por ninguno de sus biógrafos, ni aun por el insigne y siempre completo é irreprochable que acabo de citar; pero creo que á Marchena se refiere este soneto de Solís, el muy letrado apuntador del teatro de la Cruz:

Dicen que eres mudable, D. Pepito,
que fuiste de Manolo cortesano,
soneteruelo del francés tirano
y de sus odres perennal mosquito.

Que mudando de altar, de culto y rito,
fuiste tras esto *maratista* insano;
y, para postres, del Nerón hispano
semanalmente adulator contrito.

Pero no dicen bien; el pueblo miente,
ni menos hay razón porque afrentando
te esté, y traidor y apóstata te llame.

Antes en eso mismo que insolente
te echa Madrid en cara, estás mostrando
cuán firme has sido siempre en ser infame.

*
* *

Aquí podríamos dar por terminada la incursión en el campo de nuestra poesía coetánea de la Revolución francesa. Con lo visto y extractado puede for-

marse el lector idea completa del eco literario que despertó en España aquella catástrofe inaudita, y corroborar la afirmación que insinué al principio, á saber, que ese eco fué de reprobación terminante para los excesos y crímenes del 93, de diatriba y vilipendio para sus autores, aun viniendo de poetas del bando reformador, liberal y afrancesado de aquellas fechas, con la sola excepción que se ha visto y alguna otra que ya no pertenece al dominio de la literatura propiamente tal, sino á la producción clandestina y pasquinaria. De este género son diversas traducciones y adaptaciones pedestres de los más conocidos himnos revolucionarios, obra de algún emigrado de la frontera, como por ejemplo, las *canciones carmañolas* que añadió Picornell, jefe de la conspiración *del cerrillo de San Blas*, á uno de sus folletos de propaganda.

Fuera de esto quedarían tan sólo por espigar las notas pintorescas y de costumbres que saltan de vez en cuando en la poesía festiva ó en los versos de circunstancias de copleros mucho más oscuros que los nombres citados hasta ahora. Como muestra de lo primero puede citarse un soneto de González Carvajal, más conocido después, del 14 al 30, como político que como escritor. Satiriza el abandono del traje nacional en España, en dicha composición, que lleva por título: *Cuando se comenzaron á usar los pantalones*:

Tiene *Beltrán Claquin* unos calzones
con que se cubren desde los sobacos

pecho, cintura, vientre y muslos flacos
hasta las pantorrillas y talones.

¿Quién podrá concertar las opiniones
de tanta variedad de currutacos,
unos de grande talla, otros retacos,
unos de largo pelo, otros pelones?

Cada uno, según su cuerpo y talle,
dar la ley quiere en gala y en arreo
á los demás, con tal que no se halle
en casa, en la tertulia, en el paseo,
en el café, en la iglesia ni en la calle
quien vaya más ridículo y más feo.

Rasgos y burlas de este mismo género ofrecen muchas letrillas y jácaras que solían publicar entonces los periódicos y especialmente el *Diario de Barcelona*, cuyos principales abastecedores eran Guerrero y Pablo Treserra. La moda resultaba más fuerte que la pasión nacional y política; y apenas causaba extrañeza el contrasentido en que incurrieran lechuguinos y lechuguinas adoptando trajes, prendas y peinados que significaban un verdadero tributo al Terror y á sus hombres, no obstante la repulsión que merecieron á la inmensa mayoría de la sociedad española. El sombrero de ala abatida y gran penacho, de los convencionales; el cabello corto y lacio de los jacobinos, las patillas, los gorros de la libertad, todo va apareciendo en Madrid y Barcelona, á juzgar por esos comentarios de los copleros de tanda. El 22 de Julio del 94 (coincidiendo poco más ó menos con la caída de Robespierre) la letrilla del *Diario* nos habla de las nuevas casacas de talle alto y luengos faldones, que han venido

á simbolizar después la moda masculina del Directorio:

A la *Andrómaca* el sombrero
se ha de montar que es preciso
la extravagancia en los hombres
que á galanes se dedican...

De primer necesidad
se juzgan hoy las *patillas*
hasta parecer cocheros,
que la cosa en esto estriba.

Otras veces se refiere á la moda femenina, que se apresura á adoptar la novedad de París y se peina á *la víctima* ó bautiza la manteleta que las damiselas ajustan á su cuello con el nombre del aparato lúgubre que horrorizaba al mundo desde hacía dos años:

Tras de esta evidente ruina
¿quién le podrá tolerar
que al pañuelo quiera dar
título de *guillotina*?

.....

Y del *gorro*, qué diremos,
que llama *de libertad*?

No menos frecuentes eran los versos estrafalarios, descosidos y chabacanos, propios para el gusto de lectores de portal que, con pretensiones de sátira ó imitando el estilo de las *décimas disparatadas*, aludían á los sucesos y los personajes de la Revolución en forma incoherente, con bárbaro atropello ortográfico de apellidos y revuelta confusión de especies, tal como había de retoñar más adelante en la literatura infamatoria contra Napoleón y *Pepe Botellas*.

Sirvan de ejemplo las transcripciones siguientes
(*Diario* del 20 de Abril de 1793):

Pelletier vió en el infierno
en donde hace poco entró
á *Volter* y *Mirabó*
trazando un nuevo gobierno.

.....
Aquí os faltan, en verdad,
Pétion y Manuel, dos gatos
que paguen sus malos tratos
y *Monsiur de Egalilé*
sus injusticias...

.....
A *Custine*, *Lucifer* llamaba
á son de trompeta,
á *Valence* y *Lafayeta*,
á *Marat* y *Dumurier*.

.....
Y todos con gran tropel
bailaron hasta que él
hizo tocar el *ça-ira*.

No eran solamente castellanas las composiciones que solía publicar el *Diario de Barcelona* en aquellos años y relacionadas con aquellos sucesos. Ciudad cosmopolita ésta, y centro de actividad ó refugio para los extranjeros, ya entonces se refleja tal condición en las páginas del periódico, abiertas á menudo á los idiomas extranjeros, sobre todo el de Italia, que tenía á su favor la influencia incontrastable de la ópera. Así, por ejemplo, y para no citar más que un caso, cuando se organiza la escuadra al mando del almirante Borja, un poeta anónimo le dirige su

saludo en versos ardientes y le exhorta que ponga fin á la galicana impiedad:

Va, forte Ispano, e dei tuoi bronzi al suono
alla franca impietade intima il fine;
ecco la già tremar delle vicine
ibere antenne al formidabil tuono.

Di sangue Augusto ancor fumante il trono
dei templi e degli altari le ruine,
le humane legge infracte e le divine,
teco, ministro di vendetta, sono...

Otras veces publicaban los diarios lamentaciones ó desahogos debidos á la pluma de algún clérigo francés refugiado en Barcelona. Miles y miles de sacerdotes refractarios habían penetrado en España desde mediados de 1792, esparciéndose por distintas diócesis, llenando los conventos y los palacios episcopales, viviendo en la mayor estrechez, famélicos, desnudos y despojados de toda obvención, bien acogidos por la piedad de los españoles, pero sujetos á las vacilaciones de una política que aquí vigilaba y molestaba como sospechosos á los mismos que fueron arrojados del territorio de la República por no prestar á la Constitución civil del clero un juramento que consideraban apostático. De los peligros y penalidades que tan heroicamente soportaron había de quedar algún rastro en las letras.

Muchos buscaron en el estudio y la meditación un consuelo para sus desventuras; no pocos, iniciados ya en el conocimiento de la lengua castellana, leyeron sus grandes obras ascéticas. El canónigo Fremont d' Angers, por ejemplo, profundiza en las

páginas de Santa Teresa; el abate Rémond se enamora, mediante una traducción castellana, de un libro apologético del portugués Almeida, y lo traduce al francés; el P. Fontenelle, del Oratorio, compone una *Histoire de la littérature espagnole* y pone también en versos franceses los himnos de Prudencio que, tan de cerca, habían de recordarle las persecuciones de su propia iglesia galicana. Oscuros y modestos versificadores tratan de imitarle, y en un latín, tosco y austero, propio de los tiempos de proscripción y adecuado á las *acta martyrum* de todas las épocas, exhalan su dolor y espanto, consignan su firmeza, sellan su fe. De este género es la composición, debida á un sacerdote octogenario, que circula manuscrita profusamente y que recoge el *Diario*, el 11 de Abril del 93, con el título de *In Gallicam Libertatem*:

Non bene pro toto libertas venditur auro;
Gallica nec dono suspicienda foret.
Omnes Europae Reges vocat illa tyrannos;
Regibus at cunctis durior illa regit.
Cuncta licent: furtum, strages, cladesque cruentae;
Dum scelus omne licet, non licet esse bonum.
.....
Contemnit sacras aras, Divosque, Deumque:
Mars, Venus et Bacchus numina sola sibi.
Omnis Virgo sacrata Deo, Dominique Sacerdos
Aris sunt atris victima grata suis.
.....
Aequales omnes, ast hoc dicrimine tantum
Injusti regnant, dum bonus opprimitur.
Mundo nec similis visa est, nec habere sequentem
Barbaries; similis solus avernis erit.

Esta desolación del levita anciano que llora sobre las ruinas del templo y sobre el ara de los sacrificios profanada y manchada con la sangre de sus hermanos; esta tragedia de la emigración que por más de once años tuvo ausentes de sus diócesis, de sus catedrales y de sus parroquias á los prelados más ilustres, á los rectores más celosos, á los miembros más gloriosos del clero francés, á muchos de los que habían llevado su representación en los Estados Generales de 1789 esforzándose en la defensa popular y en la vía de las abnegaciones y renunciaciones generosas, que tuvo por expresión la noche inolvidable del 4 de Agosto; este espectáculo, repito, capaz de emocionar á un verdadero poeta, apenas halló eco en España ni dejó rastro en las letras de entonces.

Y ¿á quién se diría que hubo de corresponder el mérito de haber adivinado dicho asunto, ya que tan lejos quedó de realizarlo dignamente? A un ingenio especial y casi analfabeto, ramplón y bilingüe, cuyo nombre en las historias literarias suele ir enlazado con los orígenes del moderno teatro catalán, de la misma suerte que el batihoja Lope de Rueda figura en los del teatro castellano: á José Robreño, actor y autor de entremeses de la más burda estofa, con introducción de tipos populares y grotescos en lenguaje chabacano y fronterizo, y también, á ratos, proveedor de ciegos con sus romances y obrillas de cordel. En las *Obras poéticas ó Poesías sueltas*, publicadas por el editor Oliveres en 1855, figuran dos composiciones, titulada la primera: *Quejas amargas*

de un eclesiástico refugiado en el extinguido convento de Santa María de Jesús, extramuros de Barcelona, y la segunda: Del mismo sacerdote, puesto á los pies de Jesucristo. De la mansedumbre y pedestre entonación de dichas Quejas amargas, darán idea las décimas siguientes:

¡Ay de ti, misera Francia!
 Con justa causa diré:
 ¡cuán diferente se ve
 mi juventud de mi infancia!
 ¿Cómo en tan corta distancia
 has mudado en herejía,
 la piedad en villanía,
 la caridad en furor,
 el Evangelio en error
 y el amor en tiranía?

.....
 Veo á todo noble ahorcado,
 perdiendo por Dios la vida;
 la Religión destruída,
 el Sacerdocio ultrajado,
 el Monarca degollado
 sin mediar más circunstancia
 que una infernal petulancia
 de libertad; ¿y seré
 tan mudo que no diré:
 Ay de ti, misera Francia?

En esta lamentación interminable y llena de repeticiones y tautologías, donde no falta la imagen del monstruo revolucionario ni la cita de Voltaire, se adivina el destino de la composición, que seguramente fué salmodiada por ciegos y vendedores

en el corro de las plazas de pueblo para hacer llorar á las comadres, alternando con otras letrillas y romances del mismo tema, en catalán. Porque también en el catalán descompuesto de las postrimerías de aquel siglo tuvo su resonancia, aunque muy débil y puramente callejera, la Revolución famosa. En el mismo *Diario* se encuentran algunas muestras, que ofrecen el lenguaje descolorido y castellanizado propio de un momento en que parecía consumarse su extinción definitiva. Así es, por ejemplo, un soneto á *La presa de Bella-Guarda* que lo mismo puede reputarse escrito en castellano que en catalán, pues el vocabulario y la sintáxis son coincidentes, y no le lleva mucha ventaja esta décima, aparecida el 9 de Julio del 93, y que sintetiza todo el género:

Lo Gall francés ha quedat
 plomat tot menos les ales
 ab qual fuig lluny de les bales
 sempre que s'veu atacat.
 Bella-Guarda s'ha entregat;
 lo Rosselló está aturdit;
 y per més qu'alça lo crit,
 fins á Paris, Perpinya,
 l'Asamblea allí s'está
 com sí un llamp l'hagués ferit.

*
 * *

Tal fué en conjunto y seguida desde sus manifestaciones más elevadas á las más vulgares y toscas, la repercusión de la catástrofe francesa en la

poesía española de fines del siglo xviii. Como advertí al principio, ninguna de las inspiraciones á que dió origen corresponde á la grandeza del asunto, así se trate de glorificar la Revolución, como de execrarla y maldecirla poéticamente. Ninguna de esas obras figura ni figurará por derecho propio en las antologías ó selecciones que custodian y perpetúan el residuo vital y permanente de una cultura y un idioma. Todo ha muerto ya, en definitiva, para el interés literario y para la admiración de un lector atraído tan sólo por el deleite estético. Pero esas hojas secas de la flora poética de antaño, si perdieron su perfume y lozanía, conservan un interés histórico en cuanto á documentos ó signos del espíritu nacional contemporáneo.

La Revolución, su filosofía, sus principios y sus esperanzas pudieron tener, y tuvieron en efecto, partidarios y admiradores. Las consecuencias de ese cataclismo, es decir, el Terror y sus crímenes y locuras inauditas, no hallaron más que un grito unánime de execración en la conciencia española.

PERIODISMO DE ANTAÑO

PERIODISMO DE ANTAÑO

El 9 Termidor y Teresa Cabarrús.

Hablábase de la evolución de la prensa, y uno de los interlocutores sostenía que la amplitud que se da actualmente á los relatos redundaba en perjuicio de su claridad. «Las informaciones de ahora—observaba—adolecen de *falta de perspectiva*, sobre todo en los periódicos españoles. Los pormenores ahogan el conjunto: los árboles no dejan ver el bosque, y la línea general desaparece.» Para corroborarlo, citó la no muy lejana revolución de Portugal. La profusión de noticias se resolvió en incoherencia y barullo: miles de palabras telegrafiadas, con muchas columnas de texto, á las cuales hubiera sido preferible una condensación luminosa, un resumen hecho con habilidad y gradación de términos...

Me pareció que estaba en lo cierto, y hube de terciar en la cuestión, apoyando su tesis con un ejemplo que tenía á mano. Casualmente había llegado á mi poder, días antes, una porción de pape-

les viejos, sobre cosas del siglo XVIII y, entre ellos, uno de la mayor curiosidad por referirse á cierto acontecimiento capitalísimo en la historia contemporánea: la caída de Robespierre. Mediante esta relación, sucinta y lacónica, se enteró Cataluña, y puede decirse que toda España, del acabamiento del Terror. Se presta á una breve lección de cosas sobre este problema de *periodismo comparado* y sirve á maravilla para formar idea de la evolución de la prensa, á que antes me referí, presentando de una manera gráfica el camino recorrido desde entonces.

Pero antes de ofrecerlo, íntegra y literalmente, importa recordar el régimen de publicidad en que se vivió aquí durante el tiempo de la Revolución francesa. Los periódicos que salían á luz ó eran oficiales y órganos directos del Gobierno, como la *Gaceta*, ó se publicaban mediante concesión y privilegio precario y en todo tiempo revocable, como el *Diario* de Barcelona, el de Zaragoza, el *Semanario* de Mallorca. Respecto de estos últimos el mismo Gobierno se reservaba, no ya la censura previa, sino también el derecho de insertar los artículos y noticias que tuviese por conveniente. De modo que su intervención en aquellas publicaciones no era simplemente negativa: de hecho las tenía en sus manos y bajo su acción directa. Así, dichos periódicos no dieron, en general, noticias de los sucesos de Francia, por convenir de esta manera á la política del gabinete de Madrid que, como se sabe, fué de continua vacilación hasta la paz de Basilea, lo mismo dirigido por Floridablanca y por el conde de Aranda, que le

reemplazó, como por Godoy en persona, cuando vino á sucederlos ó, mejor dicho, á suplantarlos. Bien se inclinasen las corrientes á conservar la alianza diplomática con Francia, según la letra del *Pacto de familia*,—que Mirabeau quiso convertir en *Pacto nacional*,—bien nos acercaran á Inglaterra ó á las Potencias que se entendían con los príncipes y nobles emigrados, las medidas tomadas en el interior fueron siempre las mismas: prohibición absoluta de publicar ó introducir papeles referentes á la Revolución, y aun de hablar de ella en cartas y conversaciones particulares.

Desde 1789 hasta la guerra del Rosellón son continuas las órdenes circulares, las Reales cédulas y los edictos del Santo Oficio en este sentido, observándose que la desconfianza respecto á los súbditos franceses que se hallan en la península se extiende lo mismo á los sospechosos de manejos revolucionarios que á los infelices emigrados y fugitivos del desorden. Puede decirse que lo que se sabía en España era todo de origen clandestino: ó por agentes de los clubs de París enviados aquí á conspirar, ó por copias manuscritas de alguna gaceta ó boletín extranjero, ó por cartas particulares muy sigilosamente comunicadas ó recibidas y nunca confiadas al correo, á causa de la doble pesquisa policiaca que habían de resistir á uno y otro lado de la frontera, aquí de los recelos monárquicos y allí de las sospechas jacobinas. Hasta después de declarada la guerra por la Convención y de proclamada en España (25 Marzo 1793), no empieza á abrirse un

poco la mano en cuanto á la circulación de noticias. Aun así se equivocaría de medio á medio quien creyese hallar en los periódicos de la época una rúbrica ó sección normalmente dedicada á semejantes asuntos.

Todos ellos, incluso los más importantes, no aparecen ni se insinúan más que de un modo indirecto. En el *Diario de Barcelona*, por ejemplo, la primera alusión explícita á la muerte de Luis XVI, que como es sabido ocurrió el 21 de Enero de 1793, no aparece hasta el 5 de Abril, esto es, pasados dos meses y medio desde el suceso fatal que estremeció al mundo con un sacudimiento de horror é iracundia. Y aun esta alusión á que me refiero, tuvo que venir en un documento oficial, en la misma Real cédula de proclamación de la guerra, que es la que publicó el *Diario* en dicho día, por suplemento extraordinario. Bien es verdad que antes de esto había publicado (16 de Febrero), á modo de primer artículo, el *Testamento de Luis XVI*, fechado en la Torre del Temple el día 25 de Diciembre anterior; pero no puso cabecera ni nota alguna á este documento, ni mentó la ejecución del regio sentenciado. Las referencias son más frecuentes después, pero casi siempre en forma incidental, cuando no hay que buscarlas en la sección de anuncios. Así son las que pueden leerse en la *Carta de un padre anciano, actualmente preso en las cárceles de París, á su hijo, emigrante en España*, que apareció el 26 de Abril, ó las contenidas en alguna exhortación episcopal, ó en algún discurso patriótico á las tropas que se alistán

para seguir al general Ricardos, ó en algún himno patriótico de Guerrero ó de *Pau Treserras*, —poetas titulares del periódico, por el estilo de:

Alto, pues; á las armas españoles!
Vengad la muerte de Luis el Justo;
consolad á la Iglesia perseguida...

Respecto al proceso del Rey nada se encuentra más que el anuncio de venderse á cuatro cuartos en casa de Gibert, calle de la Librería, un papel conteniendo la «Lista de los 393 diputados que en la Asamblea Nacional de Francia votaron por la muerte del Monarca», en el cual papel se insertaba también un relato de la muerte de Lepelletier por el guardia de Corps Pâris. Del tiranicidio de Marat, apenas hay otro rastro que este anuncio (29 de Noviembre de 1793): «Retratos verdaderos de la heroína francesa madama Carlota *Cordé* (sic) y de M. Marat, en lámina fina»... con una relación de la vida de ambos, que también puso en venta el mismo librero. Y del suplicio de la Reina nada se trasluce sino casi un año después de ocurrido, al anunciarse, allá por Septiembre del 94, el poema *La Galiada ó Francia revuelta* y la *Elegía* «á la injusta tanto como dolorosísima muerte de la constante heroína María Antonia de Lorena, inmolada en las aras de la impiedad, del fanatismo y de la anarquía», obras las dos del modesto é ingenioso apuntador del Teatro de Cádiz D. Juan González del Castillo. Más atención merecían por ventura los documentos gráficos: «el retrato verdadero del Delfin, sacado del original en

este presente año de 1793 y proclamado Rey en Tolón con el nombre de Luis XVII, cuando se apoderaron de aquel puerto las escuadras inglesa y española; la colección de estatuas ó figuras que exhibía, allá por Julio del mismo año el italiano Juan Gabucera y entre las cuales se enumeran las del ilustre guillotinado, su esposa y el príncipe heredero. No recuerdo haber tropezado con el nombre de Robespierre en las páginas del *Diario de Barcelona* ni apenas en otro papel suelto, antes del 9 Termidor y de sus trascendentales consecuencias, que es lo que explica el boletín, impreso en Turín el 9 de Agosto de 1794 y que, semanas después, hizo su aparición en la Península.

En efecto: á últimos de Agosto ó principios de Septiembre de dicho año publicóse por cartel, según costumbre, y se puso también en el *Diario*, el anuncio de un nuevo impreso, que es el mismo que tengo ahora á la vista: *Copia sacada de la Gaceta de Bolonia en que se da noticia de la muerte de Robespierre con 68 miembros de su partido. Turin 9 de Agosto. Papeleta (boletín) de 30 de Julio de 1794 enviada de París.* Forma, según ya tengo dicho, un papel suelto del tamaño de un pliego de cartas y presenta la composición dividida á dos columnas, una para el texto italiano y otra para la versión castellana. Recuérdese que Bolonia era entonces un foco semiespañol, así por el célebre colegio de San Clemente, fundación del cardenal Albornoz, como por el gran número de jesuitas de la expulsión de Carlos III que allí se congregaron y de los cuales no

pocos vivían aún. Se comprenderá con esto que apareciera en los dos idiomas el boletín referido y que se apresuraran á remitir una parte de la edición para ser difundida en España. Y, ahora, imagine el lector las columnas, las páginas, los números enteros que la prensa de nuestros días hubiera dedicado á un suceso de tal magnitud, y compárelos con el siguiente modestísimo relato:

En la sesión de la Convención del día 27 de Julio, Robespierre, acusado por Barére, fué arrestado igualmente que su hermano menor, Cuthon y Saint-Just, miembros de la Junta de Salud pública; Le Bas, miembro de la Convención; Henriot, cabeza de toda la fuerza armada de París; el Estado Mayor (plana mayor) de la misma, y Dumas, presidente del Tribunal revolucionario.

Por la tarde del mismo día el Común de París declaró que tomaba á Robespierre bajo su protección, y juró defenderle.

Henriot, repuesto en libertad por el partido del Común, marchó al frente de la caballería hacia la Convención y mandó á los artilleros que dispararan las artillerías (sic) contra ella. Éstos se resistieron á obedecerle y se declararon partidarios de la Convención, la cual se constituyó permanente; *dispensó* de la ley (quiere decir: declaró fuera de la ley) á Henriot, Fleuriot, merino (esto es, alcalde) mayor de París, con toda la Municipalidad; confió á Barras, uno de sus miembros, el mando de las Guardias, y le dió cinco adjuntos, á saber: Ferand, Rovére, Bonnet y Leonardo Bourdon.

El día 28 Robespierre y su partido fueron vencidos. Aquél quiso matarse de un pistoletazo, pero sólo quedó levemente herido. El propio día dejó la cabeza en la

guillotina, igualmente que su hermano, Saint-Just y Cuthon, sus concolegas de la Junta de Salud pública; Henriot, cabeza de la fuerza armada de París; Dumas, presidente del Tribunal revolucionario; Payn, Agente nacional; Le Bas, miembro de la Convención, y 15 miembros de la Municipalidad.

El día 29 fueron también guillotinado 68 miembros de la Municipalidad con dos otros individuos, uno de los cuales, el zapatero Simon, carcelero de los Reales Principes de Francia, y el otro Le Clos, agente del difunto duque de Orleans, en todo 95 personas. Se toman ahora las disposiciones oportunas para purgar los cuerpos y administraciones organizadas por Robespierre, empezando por el Tribunal revolucionario. Todas las hechuras de este pretendido dictador serán sacrificadas. Pichegru ha sido ya denunciado, y con éste otros generales que eran tenidos por hechuras de Robespierre.

Luego que vengan á nuestra noticia ulteriores detalles, nos daremos también prisa en publicarlos.

Quiera Dios, finalmente, abrir los ojos á los infelices franceses y apartarles de aquella manada de tiranos que les hacen padecer, les despojan de todos sus haberes y, después de haberles privado hasta de quejarse, no dejan ver otra cosa que la miseria y la muerte.

Así se enteraron nuestros bisabuelos de la famosa jornada del 9 Termidor que ha sido objeto después, y continúa siéndolo á estas horas, de incesantes y extensos trabajos históricos. El ejemplar del boletín que me ha servido para la copia precedente, deja ver todavía el rastro de los dobleces que sufrió, prensado en el bolsillo de algún lector de antaño ó enviado de población á población para satisfacer la

curiosidad de algún ausente, según costumbre de la época que los mismos anuncios testifican, ya que suele hallarse en ellos esta nota: «puede remitirse dentro de una carta.» La relación no peca de prolija ni difusa, pero, en cambio, ofrece los rasgos esenciales del acontecimiento: acusación contra Robespierre, desobediencia de la Municipalidad ó *Commune* de París á los acuerdos de la Convención, éxito indeciso entre uno y otro bando durante el día 9, y triunfo completo de los conjurados en las primeras horas del día 10. Claro está que se observan en este documento algunos errores de fondo y otros puramente formales ú ortográficos: *Henriot* por Hanriot, *Ferand* por Feraud, *Payn* por Payan, aparte de la grafía de otros apellidos distinta de la que ahora prevalece: *Le Bas*, *Le Clos*, por Lebas, Leclos, etc. ¿Pero cuántas transcripciones viciosas, y aun completamente desfiguradas, de nombres y apellidos, no debemos á la confusión de los modernos despachos telegráficos?

En cuanto á las inexactitudes de fondo, pueden señalarse dos, en absoluto disculpables por el hecho de haber incurrido en ellas no pocos historiadores, que tuvieron tiempo de documentarse con toda suerte de testimonios á la vista. Lebas no murió en la guillotina, sino que se mató él mismo, al verse perdido, en la escaramuza de la casa comunal, donde se habían concentrado los robspieristas. Su cadáver, no obstante, fué conducido el día 10 hasta el lugar del suplicio, plaza de la Revolución, junto con los demás que cita el relato, de los

cuales, el hermano de Robespierre y Hanriot iban heridos y casi desangrados. El caso de Lebas no carecía de precedentes: cuando la ejecución de los girondinos, fué también transportado hasta allí el cuerpo de Valazé, que había querido ahorrar trabajo al verdugo hundiéndose un estilete en el corazón á la vista del Tribunal que acababa de condenarle.

La otra inexactitud—inexactitud relativa—es el supuesto intento de suicidio de Maximiliano Robespierre. Trátase de un pleito añejo entre los escritores de cada parcialidad: robespieristas, dantonistas, termidorianos. La versión más seguida ahora es la siguiente: El pistoletazo que fracturó la mandíbula inferior al terrible abogado de Arras, no lo disparó él, sino el gendarme Medá,—como escriben algunos, suprimiendo una *r*, para evitar la grotesca resonancia de este apellido. Medá fué el héroe de la sorpresa del *Hôtel de Ville*. El hasta entonces temido dictador, el *Incorruptible*, que había sido rescatado del poder de los convencionales, se hallaba dictando órdenes y procurando reanimar la decaída resistencia de sus partidarios en el despacho contiguo al salón de sesiones. De súbito se oye un violento ruido de pasos y carreras en el edificio; un grupo resuelto, que se había deslizado en la casa comunal merced á la confusión que allí reinaba, invade aquella dependencia; Medá lleva la orden de arrestar de nuevo á Robespierre, le pone la punta de su sable sobre el pecho y le dice: «Ríndete, traidor!» Entonces Maximiliano replica: «El traidor eres tú, y voy á hacerte fusilar ahora mismo.»

No bien había pronunciado estas palabras cuando sonó el tiro, cayendo al suelo Robespierre, bañado en sangre. Prodúcese un desconcierto espantoso; Couthon intenta escabullirse, pero enredado con su coche-máquina de tullido, rueda por la escalinata, abriéndose la cabeza. El hermano de Robespierre salta por una ventana á la cornisa del primer piso y desde allí se tira á la calle cayendo sobre las bayonetas de una patrulla. Lebas se suicida. Hanriot, perseguido, escóndese en una alcantarilla de la cual se niega á salir, siendo materialmente cosido á bayonetazos. Las tropas adictas á la Convención ocupan el Ayuntamiento y detienen á sus miembros en la misma sala de deliberaciones, en la plaza, en las calles, en las viviendas y escondrijos que por azar se les abrieron. El Terror ha terminado y empieza la contrarrevolución que, antes de diez años, traerá el Imperio y antes de veinte la Restauración borbónica.

Tales son las últimas conclusiones de la investigación histórica respecto á los sucesos de Termidor en lo que concierne á la dispersión de la terrible *Commune*, centro efectivo de los terroristas y demagogos frenéticos, en la víspera del 10 de Agosto lo mismo que el 2 de Septiembre y el 31 de Mayo. Fácil le será al lector comparar la reconstitución histórica que ofrecen los libros más recientes, con el lacónico resumen mediante el cual se enteraron de aquellas jornadas los barceloneses de 1794 y los mismos nobles, sacerdotes refractarios y fugitivos de todo género que, procedentes de la vecina nación, habían buscado refugio en la ciudad condal.

Ellos frecuentaban los sitios públicos; habían adoptado «un paseo en el cual se encontraban todas las tardes»; mataban el ocio de la expatriación en la *Fontana de Oro*, en el *Escudo de Francia*, en el café de las *Cuatro Naciones*, en el del señor *Andrés*; acudían por la noche á aplaudir la música del compositor y director Tozzi; colmaban de bravos y palmadas á la Úrsula Fabrizzi y Mariana Tomba en *Il mercato de Monfragoso*, en *Zelmira e Azor*, en *I due savoïardi*; asistían á los conciertos de óboe del turinés Andrés Sassi, en la sala de los Tejedores de velos, junto á San Francisco de Paula, y á las audiciones de arpa del profesor alemán Gaspar Breindembach; hablaban del cometa que, por los mismos días de la ejecución de Luis XVI, observó desde Montjuich el geómetra M. Mechain, que se hallaba en Barcelona para la medición del arco de meridiano desde Dunquerque á dicha ciudad...

Pues bien: ¿estaría al corriente ese público abigarrado y sediento de noticias, de la parte principal que en el drama termidoriano había tenido una joven española de no más de veinte años, por su familia Teresa Cabarrús y Gelabert y sucesivamente, marquesa de Fontenay, ciudadana Tallien, amante titular de Barrás bajo el Directorio, y princesa de Caraman-Chimay, por último, hasta 1835, en que acabó la increíble novela de su vida? No es de presumir, porque no he visto mencionado en España sino en papeles muy posteriores á 1794 el nombre de Tallien, que fué el verdadero centro de la conjura y el héroe de un instante, aunque sin condiciones

para aprovecharse de la victoria ni mantener la notoriedad é influencia sin límites que se le había venido á las manos.

La prensa de nuestros días hubiera llenado páginas enteras respecto á este episodio de una española influyendo, por arte de seducción, en los destinos de la humanidad y renovando el enigma histórico de las pequeñas causas origen de grandes efectos: la nariz de Cleopatra, los ojos aterciopelados de la Cabarrús... Pero, puestos á divagar, hablemos un poco de esa *Dona Thérèzia*, como escriben muchos autores franceses de campanillas, educados en lo que ellos llaman «el rigor de los métodos», ó de *Notre Dame de Thermidor*, como fué apellidada por el pueblo de París, los días de su popularidad, en recuerdo de sus bienhechoras intercesiones.

Teresa Cabarrús, *ci-devant* marquesa de Fontenay, hallábase detenida en la prisión de la Force. Cerca de dos meses de reclusión, en un calabozo oscuro é infecto, no habían bastado á marchitar la lozanía de su juventud, la impecable transparencia de su cutis, la gracia de su sonrisa. De semejante belleza cuentan maravillas, con excepcional unanimidad, tanto los hombres como las mujeres que pudieron admirarla. Esta hermosura de *Dona Thérèzia* no era el esplendor deleznable que dura dos ó tres años y se apaga bruscamente, sin dejar rastro. Pertenecía al linaje de las grandes Circes ó hechiceras destinadas á un alto papel y cuyos encantos se distinguen y avaloran por su precocidad no menos que por su persistencia, resistiendo á las voracidades de

la pasión, á los quebrantos de una fecunda maternidad y al desgaste de las inquietudes más trágicas de la vida; como si la naturaleza se hubiera complacido en producir un ejemplar ó arquetipo de sólidas perfecciones, de aquéllas que trazan surco en la historia; hacia el mal, hacia el bien ó en dirección oscilante y ambigua como acontece más á menudo.

Dos días antes del 9 Termidor, Teresa Cabarrús escribió á Tallien, desde la cárcel, el siguiente billete: *«El administrador de Policía acaba de salir de aquí. Ha venido para anunciarme que mañana debo comparecer ante el Tribunal, esto es, subir al cadalso. Todo ello se parece muy poco al sueño que he tenido esta noche: soñé que Robespierre había dejado de existir y que las puertas de las prisiones estaban abiertas. Pero, gracias á vuestra abyecta cobardía, muy pronto no se encontrará en Francia á nadie capaz de realizarlo.»* Así lo contaba á menudo.

Tallien había salvado ya, anteriormente, de la cárcel y de la guillotina á Teresa Cabarrús. Ello había ocurrido en Burdeos. La joven española, prematuramente casada en París, antes de cumplir diez y seis años, con el marqués de Fontenay, consejero de la sala tercera del Parlamento del rey, había visto, al par de sus años de matrimonio, levantarse y crecer el huracán revolucionario. Había contemporizado con sus primeras manifestaciones y fué amiga de los principales corifeos del partido constitucional y de la futura Gironda, á quienes recibía en su hotel de la calle Saint-Louis-en-l'isle ó en su residencia de verano de Fontenay-aux-Roses, jun-

tamente con multitud de militares, togados y plumistas: Rivarol, Chamfort, los hermanos Lameth, Luis de Noailles, Félix Lepelletier de Saint-Fargeau, Condorcet... A medida que arreciaba la tempestad, que empezaba á dibujarse el primer espectro del Terror, que se acentuaban las persecuciones contra los aristócratas y sospechosos de *incivismo*, el joven matrimonio comprendió que no le sería posible capear la tormenta.

En efecto: Fontenay se dispuso á emigrar á la Martinica, obteniendo para ello un pasaporte disimulado, y su esposa resolvió regresar á España para vivir con su padre, el conde de Cabarrús. También acordaron más ó menos amistosamente, con motivo de esta separación que podía ser eterna, aprovechar la nueva ley del divorcio. Las relaciones entre los dos esposos dejaban mucho que desear. No se entendieron, casi á partir del primer día, ni era Teresa más que una cabeza alocada, deseosa de brillar y dar oídos al coro de adulaciones y alabanzas que por doquier seguía sus pasos. Diríjense, pues, á Burdeos, donde se halla establecido, al frente de una casa de comercio, Teodoro Cabarrús, hermano de la ex marquesa, y desde allí su marido sale para dicha Antilla.

Mientras Teresa, al lado de su hermano, aguardaba ocasión propicia para entrar en España, de donde había salido cerca de ocho años antes; mientras pensaba acaso en deslumbrar á los madrileños con el imperio de su elegancia y de su belleza, pasadas por el supremo alambique de París, y repro-

ducir en su nativo palacio de Carabanchel las fiestas y recepciones de Fontenay-aux-Roses, llegaron á Burdeos, enviados por la Convención con una de aquellas misiones proconsulares de que los departamentos de Francia guardarán eterna memoria, Isabeau y Tallien. Se trataba de aterrorizar á la ciudad de Montaigne, indignada por la ejecución de los girondinos; de *sansculotizarla*, de aplastar en ella la hidra del federalismo, de purgarla de antipatriotas y contrarrevolucionarios, de rendirla totalmente, por hierro y fuego, á merced de la Montaña.

Tallien venía precedido de una siniestra celebridad. Acababa de presidir á los horrores de Tours y no se había secado aún de la sangre del 2 de Septiembre, cuya organización «administrativa» le era en gran parte reprochada. Por su mano pagó, como secretario-*greffier* de la Municipalidad de París, el infame estipendio concedido á los *trabajadores* de la Abadía, del Carmen, de la Salpêtrière, y á su nombre se extendieron los recibos y asientos correspondientes. ¿Cómo una mujer de la índole de Teresa, amoral y de manga ancha en materias amorosas, pero compasiva, dulce, de buen corazón y hábitos señoriles, pudo unir su suerte á Tallien, basto y vulgar, aunque buen mozo, y que trascendía casi materialmente á sangre coagulada, á matedero, á carnicería?

Ella lo dirá, cosa de treinta años más tarde, escribiendo á uno de sus amigos: «En un naufragio tan espantoso, no era fácil escoger su tabla de sal-

vación.» Teresa estuvo á punto de naufragar por dos veces en aquel mar alborotado y rojo. Las dos veces tuvo al alcance de su mano la misma tabla, y á ella se asió. Funcionaba la guillotina en Burdeos, con despiadada actividad, bajo la iniciativa de los terribles procónsules. Una noche, la casa de la señora de Fontenay vese cercada por las patrullas, se la obliga á ella á saltar del lecho y junto con una redada de sospechosos, es conducida al fuerte de Há. Esto, bien lo sabe, equivale á la muerte para dentro de dos, de tres, de ocho días. Escribe á Tallien, á quien recuerda haber visto una ó dos veces en posición harto más subalterna: antes en casa de la pintora Vigée-Lebrun, cuando la propia Teresa era la delicia de los salones y Tallien un infeliz *prote* ó regente de imprenta, que iba á recoger pruebas del Rivarol; después como amanuense de Alejandro Lameth. El infatuado convencional se presenta en la fortaleza, escucha la petición de la española y ábrele las puertas de la cárcel. El precio de esta generosidad no es difícil adivinarlo.

Algunos días más tarde, Teresa, convertida en la amiga oficial de Tallien, se instala en el mismo hotel de la plaza Nacional donde el procónsul se hospeda y cuyas ventanas miran todas sobre el propio teatro de las ejecuciones. ¿De qué raza de bestias sádicas y feroces fueron aquellos pretendidos espartanos que por tal manera simultaneaban con los desenfrenos de su sensualidad el desgarrador espectáculo de la cuchilla segando cabezas y vertiendo arroyos de sangre?... Pero, poco á poco el tigre

se amansa; suelta alguna de sus presas; siente el influjo de la compasión; escucha otra voz que las voces canibalescas del comité de vigilancia; se deja adormecer por la Circe, impura, pero benéfica, que tiene á su lado. Libros, folletos, memorias y cartas de emigrados ó perseguidos están contestes en afirmar esa sedación operada en el terror de Burdeos á partir del momento en que Teresa Cabarrús empezó á llamarse la *ciudadana Tallien*.

Desde Turquan en su obra de dicho título, hasta Arsenio Houssaye en *Notre Dame de Thermidor*, todos sus historiadores y biógrafos admiten en descargo de nuestra compatriota esa influencia suave y humana, que tantas vidas salvó y tantas lágrimas pudo enjugar. Así lo reconocen también, en sus *Memorias* respectivas, la duquesa de Abrantes, la marquesa de La Tour du Pin, la condesa de Laage de Volude, la baronesa de Montet, los condes de Paroy y de Allonville.

Y hasta el más austero de los historiadores tiene para esta cortesana clemente—nueva Rodhopis que levantaba también su gran pirámide expiatoria con el precio de sus noches de amor—un gesto de disculpa y gratitud. «Entre tantos sátrapas advenedizos—escribe Taine—el más cínicamente sensual »creo que fué Tallien, septembrino en París, guillotinado en Burdeos, pero rapaz y voraz por encima »de todo, esclavo de las fauces y del vientre. Hijo »del cocinero de un gran señor, conserva, sin duda, »las tradiciones de familia: el Gobierno es para él »una despensa, en la cual, como un mayordomo del

» *Gil Blas*, devora cuanto puede y reduce el resto á
» moneda. Su favorita titular es Teresa Cabarrús,
» mujer del gran mundo ó del mundo galante y equi-
» voco, á quien ha sacado de la prisión... Y todavía
» es este el mejor de sus sentimientos; porque, en el
» instante decisivo, el peligro inminente de su con-
» cubina le armará de coraje contra Robespierre, y
» la hermosa, que es una buena muchacha, no le
» pide muertes y venganzas, sino perdones.»

Claro que esta influencia benéfica no pudo alcan-
zarla más que á costa del pudor, renunciando á su
nativa delicadeza de gustos y transigiendo con la
compañía soez de los «patriotas», amigos de Juan
Lamberto, para tomar parte en sus cenas y beber
con ellos, á la redonda, de la misma botella. Allí es-
tán Isabeau, el otro procónsul, pedante y borrachín;
Dartigoyte, que acaba de sacrificar sin pruebas á los
inculpados de Auch; Lacombe, presidente de la «Co-
misión militar» de Burdeos, que trafica vilmente con
la libertad y la vida de los acusados; el hediondo
convencional Lequinio, amigo particular del verdu-
go, á quien tiene á su mesa muchos días. Pero, á
manera de refugio y purificación de esos contactos,
se ha arreglado un precioso gabinete que el conde
de Paroy describe, en sus *Memorias*, como «el san-
tuario de las nueve Musas reunidas». Detrás del for-
te-piano descuella un arpa, con sus graciosas curvas
de cisne, y más lejos un caballete, y luego la guitarra,
y á continuación un pupitre donde trabaja la minia-
tura. Y acá y acullá una paleta, un bastidor de bordar,
partituras, buriles y punzones de aguafortista...

Mucho de decorativo habría, ciertamente, en esa exhibición de habilidades, demasiado complejas para una frívola beldad de diez y nueve años. Ella era, ante todo y por encima de todo, mujer á la moda; y cuando en París soplaban vientos de liberalismo templado, se hace *membrese* del Club de 1789, y cuando la victoria corresponde al jacobinismo, se afilia en Burdeos á las *Amigas de la Constitución*, y en la antigua iglesia de los Recoletos, ahora «templo de la Razón», lee, el día 30 de Diciembre de 1793, un discurso rusioniano sobre *La educación* de la juventud con motivo de la fiesta patriótica allí celebrada. Pero ¿qué importa si de aquel saloncillo afectado y de aquellas nauseabundas contemporizaciones pueden salir el bien y la clemencia? Allí encuentra salvación para su padre, encarcelado, el conde de Paroy; allí obtiene su pasaporte para América la condesa de Laage de Volude, adicta un tiempo á la pobre Lamballe. La baronesa de Louvaret es rescatada por Teresa á la guillotina y devuelta á la libertad, mientras la marquesa de Valence, hija de Madama de Genlis, es salvada por ella de muy serios peligros, con abnegación tal, que le vale después el nombre cariñoso de *Notre-Dame du Bon Secours*. Otra marquesa perseguida encuentra refugio secreto en aquella estancia, y la ciudadana Cabarrús le sirve la comida por su propia mano durante más de veinte días. Sus intervenciones de este género fueron continuas y memorables, dejando en aquella ciudad una persistente tradición que Aureliano de Vivie, autor de *La Terreur à Bor-*

deaux, pudo recoger de labios de muchos hijos y nietos agradecidos. El conde de Allonville escribe: «Burdeos debió elevarle una estatua en reconocimiento de los beneficios que derramó sobre tantas familias salvadas por ella de la segur revolucionaria». Y otro conde, el de Paroy, ya citado más arriba, formula el mismo reproche y encuentra de menos en aquella capital una estatua de la Gracitud reproduciendo las facciones de la bella española.

Así tuvo que reconocerlo Robespierre en persona... Por cuanto empezó á dudar de la firmeza de convicciones de Tallien, de su adhesión á la causa republicana, de su integridad de *sans-culotte*, y le puso en su índice siniestro. No rendía ya bastante trabajo útil: se había enervado, se había dormido, como el león repleto, en la siesta estival. La *louisson* corría peligro de enmohecerse y las hornadas eran cada día menos numerosas. Jullien, el agente que mandó á Burdeos para vigilar á los comisionados de la Convención, no titubeó en señalarle el origen de esta humanización, de esta apostasía. «La república perecerá por causa de una mujer», tuvo que declarar, con hosca ironía, el *Incorruptible*, algún tiempo después, como para insinuar la necesidad de inmolar á esa mujer en aras de la república y anunciar su inapelable condenación.

Digamos finalmente, para terminar la digresión á que nos ha conducido el nombre de Teresa Cabbrús, que su angustioso recuerdo á Tallien, por medio de la carta ya mencionada, obró como un estimulante decisivo de las jornadas de Termidor.

Robespierre había ido descartando sucesivamente todos los obstáculos, deshaciéndose de todos sus rivales, preparando el reino de la pureza y de la virtud republicanas. Después de los girondinos, los dantonistas; después de los dantonistas, los hidrófobos de la calaña de Hébert y Chaumette, cuantos podían hacer sombra á su dictadura, mejor dicho, á su pontificado revolucionario, habían dejado la cabeza en el cesto de la guillotina. No menos de cincuenta y tres vidas fueron necesarias para vengar la supuesta tentativa de asesinato contra el *Incorruptible*. Ocho ó nueve carretas acababan de desfilar hacia la plaza de la Revolución, conduciendo á los sentenciados como cómplices de la virginal Cecilia Renault, cubiertos con la hopa encarnada de los parricidas. «Los dioses tenían sed», y para saciarla exigieron sacrificios y hecatombes como los de esa abominable *misa roja*. En la fiesta del Ser Supremo, Robespierre pudo creerse el Ungido de la nueva religión. Su figura destacó en la cumbre de la colina simbólica, á distancia de los demás convencionales, cuya presidencia le correspondía entonces, y su habitual cautela cedió al desvanecimiento del amor propio, entre los himnos corales, el estruendo de las salvas y las nubes de incienso que envolvían al nuevo Moisés sobre el Sinaí de las revelaciones democráticas.

Aquellas horas que señalaron su apogeo, anunciaron también su próxima caída. El «velo empezó á rasgarse», aun antes de que lo declarase Tallien en la tribuna de la Convención. De una manera plásti-

ca y material, Robespierre apareció separado y como sobrepuesto á la Asamblea, á guisa de supremo sacerdote ó gran inquisidor, más todavía que como un monarca ó un Cromwell. Entonces ya pudo leer en las miradas de sus colegas, en sus comentarios atrevidos, en sus increpaciones mal sofocadas, el término de su dominación. La parte más adicta de la Montaña, hallábase en misión por los departamentos ó cerca de los generales de la República. Habían vuelto, en cambio, los procónsules *averiados*, los corrompidos y venales, los que de antemano se sabían predestinados al patíbulo. El trabajo de zapa y la conjura no se hicieron esperar entre esos hombres espoleados por la desesperación y el común peligro; y la mano delicada y primorosa de una débil mujer señaló en el reloj de la historia el momento decisivo.

Esta mujer se hallaba recluída en la Force, durmiendo sobre una cama inmunda, cubierta de grosero vestido, privada de su ajuar y con los cabellos cortados, en espera de más horrible nivelación. Un retrato pintado por Lanouville, que figuró en el salón de 1796, representaba á Teresa Cabarrús, teniendo en las manos esa cabellera lujosa y tan admirada por sus contemporáneos. Vencedor el movimiento que el interés por su vida acababa de decidir, pudo salir de su encierro, el 12 Termidor, y desde entonces empezó á brillar de nuevo en París como el alma femenina de la nueva situación, como la Egeria de los termidorianos, como la musa del Directorio. Agradecida á Tallien, más que prendada de sus

cualidades; resueltos los obstáculos de orden legal que defirieron su propósito, contrajo matrimonio con el hombre que por dos veces había salvado su vida comprometiendo la propia. ¿Puede mostrarse dura la posteridad para con la joven española que, entregada á la inexperiencia de su edad, dotada de una belleza fascinante y peligrosa para sí misma, abandonada al mar de la Revolución más estupenda que han conocido los siglos, se asió á la única tabla de salvamento que tenía á su alcance?

Vino, sí, entonces la vida de escándalo y franca impudencia: el desquite de la carne aterrorizada por la guillotina, una explosión de sensualidad insaciable, de derroche, de extravagancia. Y á Teresa le cupo presidir, como gran sacerdotisa, esa crápula del Directorio, en medio de una sociedad grotesca, de gentes advenedizas y sin principios, que se co-dea con los supervivientes del naufragio en los nobles salones del antiguo régimen, escandalizados por la vocinglería canallesca de Adriana Angot. Es el tiempo de las modas inverosímiles, de las audacias de impudor, de la «desnudez envuelta en gasas». De su nido de *La Chaumiere*, especie de Trianon revolucionario, pasa Teresa á compartir los esplendores directoriales en el pequeño Luxemburgo; abandona al mediocre Tallien, el cual no sabe detener la fortuna que por unos instantes le hizo el amo de Francia; se entrega á Barras, al nuevo dominador, y después á Ouvrard, el poderoso asentista y banquero, gastando, consumiendo, devorando siempre fortuna tras fortuna, luciendo las más

costosas pedrerías en sus piernas marmóreas bajo las *camisas* de linón trasparente y los más ricos brillantes en sus pies desnudos, calzados ahora con sandalia de oro y que, al decir de la bella pecadora, muestran vestigios de la mordedura de los ratones en los calabozos de la Revolución. El lujo insolente de los vencedores y el tráfico de todas las cosas públicas á cuya costa lo mantienen, acaba por hastiar al pueblo, que ya no ve en la ciudadana Cabarrús á *Nuestra Señora de Temidor* y se acuerda de que puede también llamarla *Nuestra Señora de Septiembre*, en memoria de Tallien, tan señalado en las matanzas de las cárceles. Poco á poco la Circe hechicera se eclipsa para buscar más seguro puerto en una posición no oficial. Su belleza es todavía bastante deslumbradora para fascinar al conde de Caraman, futuro príncipe de Chimay; pero en cambio Tallien, desciende, desciende, pasando cada día á mayor vulgaridad y á puestos más subalternos hasta el punto de que el dictador de un día, acepta para vivir el cargo de agente comercial en Alicante, y allí le sorprende, envejecido, con un ojo menos, encorvado bajo el peso terrible de su memoria, el alzamiento del 2 de Mayo contra Napoleón, de cuyos furores escapa penosamente. ¿Hay que asombrarse? ¿Hay que indignarse ante una novela en que los acontecimientos se imponían á todo?

Todo pereció en aquel inmenso cataclismo: leyes, costumbres, vínculos de familia, valores morales, tradiciones. Todo naufragó ó anduvo perdido y flotante por más de quince años en aquella marea es-

pantosa; y fuera estrechez de criterio, medir las acciones privadas con la sola medida de los tiempos normales ó pacíficos y sustraer los personajes del drama á las presiones del espíritu de la época, al influjo ineludible de las circunstancias, á los agobios del Terror. Pasado el vendaval, vuelta á su centro la sociedad, serenos los ánimos, aquellos mismos personajes experimentaron la sensación de haber dormido la siesta de Parménides y de recobrar su propia vida y su propio albedrío, arrebatados durante unos decenios por el vertiginoso torbellino de la fatalidad. Muchos de ellos pudieron exclamar sin afectación, como la misma princesa de Caraman-Chimay, días antes de morir cristianamente en 1835: «¡Qué existencia la mía! ¿No es verdad que parece un sueño?» Merced á ella, renacieron en el corazón de Francia la dulzura y la generosidad; la gracia femenina recobró su imperio, anulado desde 1789, y el perdón floreció sobre la repulsiva inflexibilidad del catonismo sanguinario. Fué, como acaba de decir uno de sus biógrafos, *la única sonrisa de la revolución*, y acabó sus días, rodeada de numerosa descendencia, en la paz de su tercer matrimonio, honrada por muchas amistades, acompañada en su castillo de Chimay por huéspedes tan ilustres como los compositores Auber y Cherubini, el pintor Isabey, el poeta Lemercier, la famosa Malibran; bendecida, en fin, por muchos desgraciados que no pudieron olvidar la clemencia y abnegación con que les había arrancado de la muerte.

Y basta por ahora de divagación á propósito de papeles viejos como ese olvidado boletín que, hace la friolera de ciento veinte años, anunció á los españoles la caída de Robespierre y la paralización de la guillotina.

UN GRANDE DE ESPAÑA
TERRORISTA

UN GRANDE DE ESPAÑA

TERRORISTA

En los momentos más terribles del 93, un aventurero español,—el único cuyo nombre se ha incorporado plenamente á la literatura revolucionaria,—brilla y desaparece con la violenta rapidez del rayo. De Marchena, por ejemplo, hablan muy pocos libros franceses. Thiers cita su nombre como de pasada; en las *Memorias* de Riouffe, compañero suyo de malandanzas girondinas, no se le designa por el apellido, sino con la indicación vaga de «el español»; su figura pertenece al mundo de la erudición antes que al de la popularidad.

Pero este otro personaje á que me refiero, con todo y lo breve de su vida pública, ha dejado huella en todas partes: en los archivos, en las obras de investigación, en las divulgaciones populares y aún en las novelescas. De *l'Espagnol Gusman*, ó *Guzmán*, hablan á menudo los historiadores generales

de la Revolución francesa: Blanc, Michelet, el mismo Thiers. Citanlo infinidad de Memorias y documentos literarios de su época. Víctor Hugo lo introduce como personaje episódico en su *Quatre-Vingt-Treize*, codeándose con el imaginario Cimourdin en los antros del terrorismo parisiense. Y Lamartine, en su lírica *Histoire des Girondins*, preséntalo una y otra vez como elemento principal en la sublevación del 31 de Mayo, moviéndose, con movilidad de ardilla, en las secciones, en la Municipalidad, en el comité insurreccional del Arzobispado, en los *cordeliers* y en dondequiera que la exaltación y la hidrofobia tuviesen su centro (1).

Cuanto hubo de insensatez, de violento contraste y de romanticismo paradójal en aquel trastorno de la conciencia, desde Felipe *Igualdad* abajo, todo eso lo personifica el aristócrata español convertido en fanático de Marat y en columna del bando extranjero y de la facción de los *ultra*. Por tan extraño proceso ese apellido de Guzmán, ilustrado y glorificado en las viejas crónicas como sinónimo de heroísmo y lealtad castellana; ese apellido que, nada más que un siglo antes, significaba en la persona del Conde-Duque omnipotencia y dominación, y, otro siglo después, debía dar á Francia la más gentil y desventurada de las emperatrices, vino á condensar entonces, de 1793 á 1794, la expresión suprema del furor demagógico y disolvente.

(1) *Histoire des Girondins*, Obras completas, tomo IV (XII de la colección), pág. 290.

Un grande de España *enragé*, terrorista, camarada de Hébert y de todos los «bebedores de sangre», guillotinado con Danton y sus amigos, no es, en verdad, espectáculo anodino ni que á todas horas se reproduzca. La objetividad de la historia ha de sentirse aquí ligeramente turbada por el incentivo de lo pasional y dramático; y á ese incentivo se junta también el de la curiosidad satisfecha á medias. La documentación en que viene conservado el recuerdo de Guzmán, si no peca de escasa, adolece en cambio de fragmentaria, fugaz é incompleta. Jamás llega á mostrarnos el personaje directamente y por entero, en la normal continuidad de su carácter y su vida; jamás nos lo presenta en forma corpórea y tangible, sino bajo borrosas apariencias espectrales. Piezas de archivo, discursos de la Convención, debates del Tribunal revolucionario alusiones de los escritores de su tiempo, dejan en el ánimo del rebuscador la sensación angustiosa de lo incoercible. Parece, en algún instante, que van á entregar por completo la imagen perseguida; mas se apagan y disuelven de súbito en la oscuridad con la molesta titilación de un cuadro fundente.

Respetemos, pues, esa vaguedad de los testimonios objetivos, limitándonos á presentar, en vez de la esencia, la «proyección» de dicha figura, tal como va destacando, oscilante y fugitiva, sobre el muro de sombra de lo que fué. No poco deja de escozor y prurito contrariado esa perpetua fuga de la aparición, que se refleja y se pierde para reaparecer en otro lado y siempre inasequible, como en una gale-

ría de espejos. Pero ¿no constituye esto mismo el primer encanto de la investigación que, si se complace en la verdad definitiva, no goza menos con el sabor agrídulce y estimulante de las interrogaciones?

I

EN ESPAÑA

Veamos, ante todo, cómo ha sido conocido en España nuestro Guzmán. Cuando el proceso y muerte de los dantonistas, acaecida esta última el 16 germinal año II (5 de Abril de 1794), tenía alrededor de cuarenta y dos años y hacía unos veinte que se hallaba fuera de nuestro país, habiéndose naturalizado en Francia en 1781, como uno de tantos nobles ó militares, españoles y franceses, que aprovecharon la estipulación del *Pacto de familia* para pasar, indistintamente, al servicio de una ú otra corona. Ni los periódicos oficiales ni los no oficiales dijeron entonces una palabra respecto á la ejecución de nuestro compatriota y al papel que había desempeñado en las convulsiones de la nación vecina; y ello, seguramente, por la razón que se explicará. Tampoco me ha sido posible hallar una sola referencia á su nombre en ningún escrito, carta ni documento español del siglo XVIII, como si sobre aquél y su memoria pesara una interdicción infranqueable, mejor todavía que el olvido consiguiente á tan larga ausencia. Ilustre y principal era su familia,

extendida y larga su parentela, incontestable su arraigo. Hermano menor de Guzmán fué el conde de Tilly que, vuelto de Francia después de la catástrofe, debía adquirir tanta notoriedad en el levantamiento de Andalucía con motivo del 2 de Mayo y que firmó, como individuo y delegado de la Junta Suprema de Sevilla, la famosa capitulación de Bailén. Todo hace creer, por lo tanto, que el silencio procedía de consigna ó respeto, mucho más que de ignorancia.

El primero en romperlos ostensiblemente fué, sin disputa, D. Andrés Muriel. Según es sabido, el abate Muriel escribió, emigrado en el extranjero, su *Historia de Carlos IV* (1), que parece concebida como un capítulo de la propia Revolución francesa. De aquí sus largas digresiones expositivas de los movimientos de París, que absorben más de la mitad de la obra, y el cuidado que puso en señalar, antes que nadie lo hiciera, la intervención de los españoles que habían representado algún papel en el memorable drama. Entre ellos figura Guzmán en primer término. Las noticias recogidas (2) son, casi íntegramente, de procedencia francesa y parecen una mera transcripción de las que figuran en los repertorios biográficos del tiempo, en especial la *Biographie nouvelle des contemporaines* publicada en 1822. El único pormenor nuevo y de origen na-

(1) Publicada en el *Memorial Histórico Español* de la Academia de la Historia, tomos XXIX á XXXII, ambos inclusive.

(2) Se hallan en el tomo XXX de dicho *Memorial*, págs. 194 y 195.

cional que se consigna en dicho extracto, es el que voy á transcribir seguidamente: «Es de notar » que las relaciones de estos sucesos (proceso y » muerte de los dantonistas), hechas en aquel tiempo » por la *Gaceta* y el *Mercurio de Madrid*, callaron » cuidadosamente el nombre de Guzmán, no que- » riendo sin duda ninguna anunciar á los españoles » que uno de sus compatriotas se había dejado arras- » trar á los excesos y crímenes de las facciones de » la nación vecina, si ya no fué también que el silen- » cio proviniese de miramientos y consideración por » su familia.» Y añade á esta indicación que Guzmán no se distinguió por sus talentos, sino por sus exageraciones y arrebatos.

La *Historia de Carlos IV*, aunque escrita en el primer tercio de la pasada centuria, permaneció inédita largos años, hasta que en 1893 empezó á publicarla, en su *Memorial*, la Real Academia de la Historia. Ello no obstante, el manuscrito fué repetidamente consultado antes de esa fecha y no dejó de influir, aún sin haber visto la luz pública. Siguió después Miñano, con la traducción de la *Historia* de Thiers (1) y las notas destinadas á esclarecer sus referencias á asuntos ó personajes españoles, sin añadir nada notable. Y casi al mismo tiempo aparece la *Historia de España, hasta la mayoría de la reina Isabel II*, arreglo de la del inglés Dunham, por D. Antonio Alcalá Galiano (2). Habla del alza-

(1) San Sebastián, 1840-41.

(2) † Madrid, 1844-46.

miento de Sevilla en 1808, de la Junta que se formó y de sus dos principales miembros, uno de ellos el P. Gil. «Era el otro — añade — el conde de Tilly, »de ilustre familia extremeña, que habiendo estado »en Francia, conocía los modos de la revolución de »aquel país, donde su hermano *el ex eclesiástico* »Guzmán había representado un papel notorio si »no brillante, habiéndose dado á conocer como al- »borotador furibundo del bando más extremado y »sedicioso, y terminado su vida con la parcialidad »de Hébert y Chaumette en el patíbulo» (1). No pe- reció Guzmán con dicha parcialidad, sino con la de Danton y Camilo Desmoulins, si bien parece co- rresponderle una filiación resueltamente hébertista. Esta inexactitud de Alcalá Galiano prueba una vez más la carencia de información revolucionaria con que solían escribir los mismos españoles exaltados al ocuparse del Terror y sus hombres. ¿Qué valor tendrá, en cambio, la otra afirmación del carácter de «ex eclesiástico» atribuido á Guzmán, que no vuelve á reproducirse en ninguna referencia espa- ñola? Verosímil, cuando menos, hay que declararla, ya que muy bien pudo haberla recogido de tradi- ción inmediata el fogoso orador de *La Fontana de Oro*, y puesto que tanto solía entrar en las costum- bres del tiempo la primera tonsura con ocasión de prebendas y beneficios.

Nada, ó casi nada, como no fuese simple repeti- ción de tales precedentes, volvió á decirse en mu-

(1) Tomo VI, pág. 157.

chos años acerca del singular personaje. Allá por 1882 publicó Menéndez y Pelayo el tomo III y último de su *Historia de los heterodoxos españoles*, en el cual habló de tres que se habían dado á conocer en Francia durante la época de la Revolución: el teósofo Martínez Pascual, el teo-filántropo Santa Cruz y el abate Marchena; pero de Guzmán no dijo entonces una sola palabra. A remover la memoria del agitador granadino y á poner al mismo Menéndez sobre su pista, debía venir algún tiempo después el artículo de D. Adolfo de Castro, titulado *Un girondino español* que apareció, precisamente, en el primer número de la revista *La España Moderna* (1). Este artículo, consagrado por entero á Marchena, cita por vía de digresión, como otro de los españoles arrastrados por el vendaval revolucionario, á nuestro Andrés María Guzmán de quien dice, en resumen: que era natural de Granada; que tenía cuarenta y dos años en 1793; que se hallaba naturalizado en Francia desde 1788 (debe decir 1781) «con despacho de coronel» y que fué muy amigo de Marat, hasta el punto de que herido éste por el puñal de Carlota Corday aprovechó los últimos momentos de la vida que se le escapaba para escribirle un billete de despedida que Guzmán llevó consigo, á guisa de amuleto, hasta la muerte.

Ya se verá oportunamente el origen y lo que pueda creerse de esta versión y, sin apartarnos de nuestro resumen, citemos la *Historia de Europa* de Cas-

(1) Enero de 1889.

telar, no ciertamente por su consistencia, sino por el nombre y nacionalidad de su autor, el menos objetivo y realista de los escritores de historia, en la cual representaba como el polo opuesto de cuanto ha venido á constituir la depuración y el método crítico de nuestros días, trabajando siempre de memoria y engolfado como vivió el ilustre tribuno en el lirismo republicano de 1848, mezcla de Lamennais, Quinet y Pelletan. Su horror por las cosas de primera mano, su adorable subjetivismo, se ponen manifiesto en ese recuerdo del demagogo andaluz (1). Hablando de «Franciscanos (*cordeliers*) y Girondinos», cita entre los primeros á Guzmán; dice, sacándolo de no sé dónde, que «vivió en una buhardilla, porque imaginaba que sólo podía en la pobreza obtener autoridad y aptitud para defender y difundir la buena nueva revolucionaria». El párrafo es tan anfibológico que, perdiéndose en el laberinto de las anécdotas ó acaso para embellecer editorialmente el relato, parece acumular sobre la cabeza del aventurero granadino las extravagancias de Anacarsis Cloutz, el *Orador del género humano*, acabando por refundir en una sola las dos figuras. Podría entenderse que fué Guzmán quien se apellidaba «ciudadano de la República universal», quien llamó á la Constituyente francesa «Concilio ecuménico del mundo», quien propuso la canonización civil de Gutenberg y quien, en suma, se presentó un día á la Asamblea capitaneando la famosa

(1) Tomo I, págs. 818 y 819.



legión de extranjeros atraídos por la estrella de la libertad...

¿Cómo extrañar, pues, que en la misma patria del revolucionario andaluz, en Granada, se ignore todo cuanto le concierna y se haya perdido en absoluto el rastro de la tradición? Allí, en el periódico *La Alhambra* (1), D. Francisco de P. Valladar, publicó un breve trabajillo, sugerido principalmente por el de Castro en *La España Moderna*. Valladar, tan estimable en otros aspectos de su labor patriótica y erudita, dió á la nota de que hablo el título de: *Granadinos olvidados.—Guzmán el girondino*. La desorientación que este solo enunciado demuestra, viene á dispensar de todo análisis. ¡Girondino Guzmán que fué, precisamente, su más irreconciliable enemigo, el instrumento principal de su caída, el héroe y cabeza de acción en la noche del 31 de Mayo! El remate de dicho articulillo no es más feliz que sus comienzos: «Ahora bien, —dice—¿volvió» Guzmán á España con el P. Marchena y los demás españoles que intervinieron en la Revolución francesa? ¿Dónde murió y cómo? Sería muy interesante un estudio biográfico de este original revolucionario granadino». Lo poco que se sabía en España acerca de él, era, precisamente, el cómo y dónde de su muerte, que le privó de volver á nuestro país.

Tenía que ser el imprescindible Menéndez y Pelayo quien, aún en estas materias de historia políti-

(1) Año II, núm. 43.

ca cercana á nosotros y en cierto modo fuera de su órbita de actividad, nos pusiera en el verdadero camino documental, sin hablar de oídas ni copiar literatura por entregas. Cuando, á expensas del generoso vecino y protector de Utrera D. Enrique de la Cuadra, marqués de San Marcial, salieron á luz las obras inéditas de Marchena, el ilustre santanderino refundió y extendió considerablemente, para prólogo de las mismas, lo que en el tomo III de los *Heterodoxos* había escrito acerca del endiablado abate. De tal refundición salió una semblanza magnífica, reimpressa también en la tercera serie de sus *Estudios de crítica literaria* (1). Y en dicha semblanza ocúpase incidentalmente de Guzmán y da á conocer el primer documento de archivo é inédito que se ha publicado en España acerca de nuestro personaje (2). Trátase de una carta de reparos, dirigida por él al ministro de Negocios Extranjeros, Lebrun, contra un manifiesto á los españoles, obra de Marchena, que acababa de publicar el departamento de propaganda. Con esta ocasión recoge y condensa no pocas noticias interesantes de las ya conocidas y deja entrever la figura situada debidamente y con irrefragable corrección histórica.

Y ahora pueden darse por agotados los precedentes españoles de esta biografía, llena de lagunas y misterios más difíciles de desvanecer trabajando de Pirineos adentro que en parte alguna del mundo,

(1) Madrid, 1900.

(2) *Ibidem*, págs. 222, 232 y 33.

por razones hartó conocidas y que fuera enojoso repetir.

II

EN FRANCIA

Cuando empezó á sonar públicamente en la vecina nación el nombre de nuestro compatriota, hacía ya mucho tiempo que se había ausentado de España, lo cual no excluye que hubiese vuelto aquí de vez en cuando y temporalmente. Por repetidas declaraciones suyas y por lo que resulta de los papeles del Tribunal revolucionario, sabemos que nació en Granada el 6 de Octubre de 1752 (otros documentos y libros dicen 1753), poniéndosele por nombre Andrés María; y toda mi diligencia para obtener su partida bautismal se ha estrellado contra la desorientación ó falta de interés de quienes hubieran podido prestar este pequeño servicio. La misma familia Guzmán, de tanto arraigo después en Sevilla,—los actuales duque de T'Serclaes y marqués de Jerez de los Caballeros son todavía sus representantes,—resulta desconocida en Granada; y no falta erudito local que confundiera durante muchos años al célebre demagogo con un histrión del mismo apellido.

Fuesen cuales fueran los motivos de aquella residencia en la ciudad de Boabdil, lo que sabemos de la *Memoria justificativa* que, andando el tiempo, debía dirigir á los miembros de la Convención, nos

permite conjeturar aproximadamente los de su ausencia y expatriamiento. Esta *Memoria* fué conocida del Dr. Robinet, que la aprovechó en parte para su libro *Le procès des dantonistes* (1), y se me dice que el eminente archivero M. Caron está á punto de publicarla, si no lo ha hecho ya á estas horas. De la antigua dominación de España en los Países Bajos quedaban todavía, á mediados del siglo XVIII, muchos vestigios de carácter social y privado: vínculos y entronques de familias poderosas, enlaces entre dominadores y vencidos, sucesiones, herencias y derechos en confusa reciprocidad. Uno de estos casos ofrecía la estirpe de los Guzmán: prepotente en la Península, tenía esperanzas de no serlo menos fuera de ella. La madre del revolucionario granadino era nieta del príncipe Alberto Octavio de T'Serclaes-Tilly, Virrey de Cataluña á raíz de la guerra de Sucesión. La expectativa de tan enorme fortuna: muchos millones en propiedades del Brabante, con más los títulos y el lustre de la casa, puede explicar la expatriación con el intento de acercarse al lugar donde aquélla radicaba, cultivar el parentesco y vigilar, en suma, la efectividad de dichas esperanzas.

Fallecida su madre, sobre Guzmán recayeron los presuntos derechos hereditarios; pero eran éstos sobrado cuantiosos para que no despertasen la codicia de algún competidor. Y, en efecto: salió á disputárselos la casa Montmorency-Robeck, con todo

(1) París, 1879, págs. 400 y 401.

el formidable apoyo de la corte de Versalles. Los pleitos interminables y costosísimos que de ahí se sucedieron, las intrigas que dice haber padecido, los desengaños y sinsabores experimentados, echáronle en brazos de la Revolución, primero en el Brabante, en Francia después, y siempre con aquel ardor violento, arrebatado y meridional que fué su característica. He aquí, pues, uno de esos casos, innumerables en la historia de las revueltas, en que la contrariedad personal, antes que la convicción serenamente elaborada, lanza los hombres á la rebeldía. Rebelde por despecho al principio, bien pudo serlo después por sugestión y contagio. Guzmán se había naturalizado francés en 1781, y si es que jamás ostentó ese carácter eclesiástico que Alcalá Galiano le atribuye, trocólo en la vecina nación por la carrera de las armas.

Ignoramos por completo qué fué de su vida en los primeros años de la Revolución. No empieza á figurar en ella hasta los mismos comienzos de 1793 y parece que entonces acababa de servirla activamente en los ejércitos de la República, con despacho de coronel agregado á la caballería. Bueno fuera que algún rebuscador futuro persiguiese, antes de aquella fecha, los rastros de su itinerario y de sus estancias en París. ¿Databan de más antiguo sus relaciones con los hombres del día: con Marat, con Hébert, con Danton y los *cordeliers* ó franciscanos? Convendría averiguar también si, no obstante aquella naturalización, figuró entre los extranjeros que Anacarsis Cloutz acompañó á la Asamblea Consti-

tuyente, pidiendo ser admitidos á la fiesta de la Federación; si firmó en el altar de la Patria la petición del 17 de Julio de 1791 contra el rey y cuándo se incorporó, en fin, á ese ejército de la frontera del cual fué expulsado á últimos del año siguiente. ¿Por qué razón? El mismo nos lo indicará, exculpándose en el Tribunal revolucionario. Se le había atribuído calumniosamente una afirmación antipatriótica: «que los voluntarios distaban mucho de ser buenas tropas» (1). Bajo esta inculpación fué detenido, interrogado en París y puesto en libertad, por último, merced á las justificaciones que dió, apoyadas por toda su sección, que era la de *las Picas*, una de las más furibundas entre todas las de la capital, y en la que tenía decisivo influjo.

El hecho de tal apoyo por parte de su sección, si fué así como lo afirma, viene á revelar que antes de aquella temporada de servicio militar activo, se habría dado ya á conocer por su revolucionarismo delirante. Todas las indicaciones parecen corroborarlo. Su predilección por Marat y la que éste le profesaba se han hecho proverbiales. «El español Guzmán—dirá Lamartine más adelante—*era respecto de Marat lo que Saint-Just respecto de Robespierre*» (2), ó sea el lugarteniente y como el discípulo amado. Este mismo concepto rueda, antes y después de Lamartine, por los repertorios y diccionarios biográficos, que van repitiéndose unos á otros, y, de tal in-

(1) *Bulletin du Tribunal révolutionnaire*, núm. 24, pág. 94.

(2) *Histoire des Girondines*, tomo IV, pág. 428.

timidad, Menéndez y Pelayo deduce la sospecha de que hubo de ser Guzmán quien pusiese en relación con *L'Ami du Peuple* al abate Marchena. Sin embargo, Marchena no llegó á París hasta los comienzos de 1793, habiendo permanecido en Bayona ocho meses desde que salió de España. Hasta la misma fecha no vuelve Guzmán de campaña ni se desenreda de su primera persecución; y, á los dos meses escasos, aparece ya un documento indubitable, y en orden cronológico el primero conocido hasta ahora acerca de la vida política del granadino, que revela total hostilidad contra su compañero de expatriación, si ya no supone ignorancia de su persona. No parece creíble, pues, aún con lo vertiginoso de las pasiones de aquel tiempo, que se pasara en tan breve espacio de la familiaridad á la aversión.

Iban á romperse las hostilidades entre los dos países. El Gobierno de París, fiel en su propósito de soliviantar á los pueblos contra los reyes que lo combatían, trataba de organizar en toda regla la propaganda revolucionaria en España, inundábanos clandestinamente de folletos y papeles subversivos y sostenía junto á la frontera, uno en Bayona, otro en Perpiñán, dos comités destinados á atizar el fuego en la Península. Algún tiempo trabajó Marchena en el de Bayona, recomendado por Brissot al ministro de Negocios Extranjeros, Lebrun, á quien el propio recomendado dirigió una ardiente profesión de fe republicana, una *Memoria* confidencial sobre la situación de nuestro país y un *Aviso al pueblo español* que había escrito y hecho imprimir

y que, á la cuenta, fué patrocinado y repartido después por el Ministerio.

Á vuelta de largas invectivas contra la Inquisición, aboga dicho *Aviso* por la inmediata reunión de Cortes españolas, con cierto predominio del sentido histórico y federalista á la antigua; invoca los manes de Padilla y los comuneros y aun solicita para esta obra nacional el concurso del clero y la nobleza. «En vano—dice—los ignorantes ó los mal intencionados os asustan con el ejemplo de Francia... La Francia necesitaba de una *regeneración*; la España no necesita más que de una *renovación*. Esta verdad sólo pueden contestarla los charlatanes de la política que no saben que las Cortes de Aragón y de Cataluña eran el mejor modelo de un gobierno justamente contrapesado.» Semejante lenguaje, aun procediendo de un hombre que en España era considerado como un aborto de los infiernos, en Francia debía resultar harto sospechoso de moderación. Era el lenguaje de los «hombres de Estado», de los presuntos traidores de aquel momento y, en suma, de los girondinos y *brissotins*. La protesta no se hizo esperar y fué Guzmán quien se encargó de consignarla. He aquí, puesta en castellano, la carta que dirigió á Lebrun y que Morel-Fatio comunicó á Menéndez, dándola éste á conocer en su estudio sobre *El abate Marchena*:

Ciudadano Ministro:

El azar ha puesto hoy en mis manos un cuaderno que sale de vuestro departamento, y que tiene por título *Aviso á los españoles*; y creería dar una prueba de incivismo si pasara en silencio mis observaciones sobre un escrito destinado sin duda á ilustrar á dichos españoles.

1.º Puede en verdad decirse que no está escrito en español; los contrasentidos, las faltas de ortografía y los barbarismos abundan allí de tal modo que, después de haberlo leído, uno debe preguntarse á sí propio lo que se quiso decir; en cuanto al pueblo nada entenderá de muchas cosas de esas, mientras que las personas instruidas, si tienen la paciencia de leer, no tendrán valor para terminar la lectura.

2.º Creo que el autor no domina siquiera el español; si lo dominara hubiese tratado de hablar al pueblo el lenguaje que entiende...

GUZMÁN (1).

Lleva este documento la fecha de 4 de Marzo de 1793, año II de la República; y puede considerarse como uno de tantos episodios parciales y menudos del gran duelo á muerte entablado ya entre la Gironda y la Montaña. Un año después, cuando Guzmán y los suyos se vean acusados á su vez de traición, de espionaje y de manejos contra-revolucionarios, invocará en momento solemne el testimonio de esta carta, como prueba de su constante civismo y de su odio contra la tiranía disfrazada de moderación. «Fuí denunciado por Lebrun,—dirá entonces—que había hecho imprimir un folleto reaccionario

(1) Aff. Etr., *Espagne*, 6 5, núm. 194.

y lo repartía en España, y á quien, con tal motivo, hube de anonadar.» Y á estas mismas fechas, ó un poco antes, se contraen las sospechas y los equívocos que siempre pesaron sobre la conducta de Guzmán. Los ultra-revolucionarios se dan la mano harto á menudo con los ultra-reaccionarios en todos los períodos de agitación; y este amigo de Marat, de Hébert y de todos los «hombres de sangre», éralo al mismo tiempo del barón de Batz y de sus asiduos. De aquí el tinte ambiguo con que aparece en la contradicción de los documentos y en el juicio de sus contemporáneos: unas veces se le cita como al energúmeno del Terror y otras como agente solapado de Pitt y de Coburgo. Se le acusará de haberse introducido capciosamente en las secciones, en el Obispado, en el comité de los Nueve. Su mismo furor le hará sospechoso; sus repartos de dinero á la plebe para crearse un público ó partido en los arrabales seránle reprochados como manejos realistas, acaso como un intento de corrupción del pueblo «en el momento en que iba á cumplir un gran acto de justicia», que bien pudiera ser la ejecución de Luis XVI, cuando Batz, con descabellada intrepidez, se propuso estorbarla. Y, de otra parte, la memoria de nuestro paisano pasará á la posteridad estrechamente unida á la de Marat, bestia negra del Exterminio. Á creer á determinados historiadores, para Guzmán fueron el último recuerdo, el último suspiro y el último billete del monstruo, herido por el puñal libertador de Carlota Corday. El facsímil de dicho billete apareció en la obra de Dulaure:

Esquisses historiques sur les principaux événements de la Révolution (1). Su texto es el siguiente:

Esos bárbaros, amigo mío, no me han querido dejar el consuelo de morir en vuestros brazos, pero llevo conmigo á la tumba la consoladora idea de que eternamente quedará grabada mi imagen en vuestro corazón. Este pequeño obsequio, por lúgubre que sea, os hará recordar al mejor de vuestros amigos: llevadle en memoria mía. Vuestro hasta el último suspiro,

MARAT.

Añaden quienes recogen tal versión, que Guzmán, fiel á estas lúgubres recomendaciones, llevó consigo hasta la muerte, en un relicario de tafetán negro, la carta *del mejor de sus amigos*. Así lo indica también don Adolfo de Castro, que fué el primero que dió á conocer en España el triste honor que había cabido á uno de nuestros compatriotas. Pero aquí se presenta una objeción irrefutable. Si el hecho es exacto, si Guzmán recibió efectivamente dicha esquela, no puede en modo alguno ser referida al atentado de Carlota. Todo el mundo conoce la jornada del 13 de Julio, hasta en sus últimos pormenores. De la escena del baño no queda una sombra por desvanecer. Hundida el arma en el pecho de Juan Pablo, no tuvo éste tiempo más que de balbucir breves palabras pidiendo socorro: la sangre saltó á borbotes y Marat inclinó el rostro sobre la bañera, de donde fué sacado, sin que volviera á reanimarse. La bella tiranocida permaneció de pie, absorta y como indiferente, junto á la ventana. Y así la encontraron

(1) París, 1823; tomo II, pág. 455.

al entrar, respondiendo á las voces de auxilio, Simona Evrard, concubina del moribundo, la hermana de ésta, Catalina, la ciudadana Aubin, portera de la casa, que plegaba números de *L' Ami du Peuple* en otra habitación. Entonces trató de ganar la salida del piso, pero le cerró el paso un mandadero llamado Bas, que acababa de traer un fardo de papel para la impresión del periódico, que el tribuno hacía tirar en su propio domicilio de la calle de los Cordeliers, núm. 20. Quien sacó del baño á Marat fué el dentista Michon-Delafondée, inquilino de la misma escalera, que acudió en los primeros instantes atraído por los gritos y sollozos de las mujeres: el herido vertía el resto de su sangre y movía penosamente la lengua, como queriendo articular palabras que ya no se entendieron. Poco después expiró. Y la valerosa doncella de Caen, maltratada por los familiares del feroz tribuno, sustraída con dificultad á la ira rugiente de las turbas, se portó ante el Tribunal y en el patíbulo como todo el mundo sabe: haciendo honor á su parentesco con el gran Corneille, de quien pareció al mismo tiempo la descendiente y la heroína por su estoica serenidad y nobles arranques, que no desmerecieran entre los más patéticos del *Cinna* ó del *Horacio*.

Es imposible, por lo tanto, que Marat escribiera entonces, durante esa agonía tan rápida, su famoso billete. No obstante, Luis Blanc, en su *Historia de la Revolución francesa* (1), sostiene que el docu-

(1) Tomo IX, pág. 85, de la edición española, 1857.

mento presenta caracteres de autenticidad, opinando que la carta debió de ser escrita la víspera ó antevíspera del atentado. Pero, ¿qué sabía Marat en aquel momento de la suerte que le estaba reservada? A nadie enteró Carlota de su proyecto; la agresión fué súbita é imprevista. Más lógico es pensar en una fecha anterior, en un peligro inminente y conocido de antemano. La fiera se había visto acorralada no pocas veces; sus terrores, sus escondrijos, su manía persecutoria se han hecho proverbiales. Así que arreciaba la indignación producida por sus infames predicaciones, así que podía temer una acusación ó un proceso, sepultábase en los famosos subterráneos y madrigueras que tantas veces resguardaron su vida. Lafayette y los constitucionales primero, después los girondinos quisieron ahogar para siempre aquella voz agria, monótona y horripilante que deshonoraba á la Revolución y sería vergüenza eterna del género humano. Durante una de esas persecuciones, precisamente, ofrecióle asilo Simona Evrard y comenzó su trato amoroso. Más tarde, entre los papeles de Marat, encontrósese una declaración extendida de su puño y letra, con fecha de 1.º de Enero de 1792, en la cual, para después del viaje á Londres que se ve precisado á emprender, comprométese á darle su mano con obligación sagrada.

Ahora bien: el autógrafo dirigido á Guzmán, ¿no pudo tener un origen semejante y haber sido escrito en uno de esos momentos que su imaginación exasperada y de visionario le hacía creer decisivos ó

mortales? Así, por ejemplo, en Abril del 93. Los girondinos, «cansados de sospechas, de provocaciones, de amenazas y de injurias», que no iban acompañadas de suplicios todavía, pero que claramente los anunciaban por proceder de los organizadores de las matanzas de Septiembre, resolvieron jugar su última carta y dar la batalla á Marat, que era daría á la demagogia y al delirio agitante y homicida. La Cámara vacila; muchos *montagnards* no se atreven á defender al monstruo ni á renegarlo públicamente; se decreta, por último, la acusación y *El Amigo del Pueblo* se substraee á ella, sepultándose en su indefectible sótano. Pero cambia bruscamente de opinión y el día 24 comparece ante el Tribunal revolucionario. Muy bien pudo entonces escribir la esquila conservada por Guzmán, coqueteando con su papel de víctima y excitando de paso la irritación, el celo y la actividad de sus parciales contra la pobre Gironda, cuyos días están contados ya por el destino.

III

EL 31 DE MAYO: «DON TOCSINOS»

Harto conocidos son los episodios de la lucha entre la Gironda y la Montaña, la cual tuvo su concreción histórica en las dos fechas del 10 de Marzo y el 31 de Mayo. La Revolución hizo su camino empujada por dos resortes formidables: el miedo y la sospecha. Desde 1789 veníase ofreciendo la paz

y la normalidad á plazo fijo: que el rey fuese á París, que aceptase una constitución, que el antiguo régimen se despojase de sus privilegios, y todo estaba conseguido. Más tarde fué necesario espantar á los aristócratas, á los emigrados y á los monarcas de Europa. Después, suprimir al tirano. Pero cada avance traía una nueva decepción y una más profunda desconfianza. Y cuando la Revolución hubo acabado con sus obstáculos y enemigos exteriores, empezó á buscarlos en su propio seno y se puso cerco á sí misma, guiada por esa *fiebre obsidional* de la traición y el enemigo oculto. Todas las popularidades y todos los ídolos de un momento se hundieron en la ignominia con vertiginosa rapidez: Mirabeau, Barnave, Lafayette, Bailly, Dumouriez, Brissot, «el virtuoso Roland», «el virtuoso Pétion»...

Y ahora entramos en esta última etapa. La ejecución de Luis XVI, de la cual como de una audacia suprema se esperaba todo, no vino á resolver nada. Continuaron los reveses, las carestías, las amenazas extranjeras. El *enemigo* persiste, por lo tanto, royendo las entrañas de la nación, y esta vez es preciso buscarlo en el seno mismo de la Asamblea, extirpando la parte *gangrenada*. Esa parte gangrenada no podía ser otra que la flamante aristocracia del talento y de la elocuencia que los girondinos vinieron á constituir, sustituyéndose á la vieja aristocracia de los privilegios y los blasones. La austeridad revolucionaria no permitía la nueva forma de desigualdad que suponen la gloria y la reputación. Ahí radicaba el daño, precisamente: en los «hom-

bres de Estado», en los brissotinos, en los elocuentes, en los generosos y tímidos, incapaces de salvar la Revolución con actos decisivos y extremos, incapaces también de una franca renuncia al poder. Y esta fué la intimación que, en los primeros meses del 93, la demagogia de París dirigió á la Convención perpleja y vacilante.

Con este período coincide la mayor actividad política de Guzmán, y su nombre suena con motivo del 10 de Marzo y, más especialmente, con motivo del 31 de Mayo. El 10 de Marzo vino á representar contra la Asamblea lo que el 20 de Junio del año anterior había representado contra la Monarquía: el aviso definitivo, el ultimatum. Entonces se le decía al «representante hereditario de la nación»: ¡abajo el veto suspensivo, aceptación pura y simple de la constitución civil del clero, campamento de 20.000 hombres en París para asegurar la inviolabilidad de la Asamblea! Y ahora se le decía á esta misma Asamblea: ¡abajo las vacilaciones, ley de sospechosos, tribunal revolucionario inapelable, dispersión de los federados venidos de provincias y convertidos en *guardias de corps* de la aristocracia parlamentaria, tasa en el precio de las subsistencias, préstamo forzoso de los ricos para pagar á los pobres que impulsan la Revolución en el ejército ó en las sesiones permanentes de los clubs, de los comités, de los organismos populares! Y entonces, como antes del 2 de Septiembre, se preconizaba el exterminio legal para evitar que la indignación del pueblo tuviese que proceder más expeditivamente.

¿Fué el 10 de Marzo un verdadero complot contra la libertad de la Convención y, sobre todo, contra la mayoría que votaba con la Gironda, ó se limitó á una manifestación espontánea de los hervores de París, sin plan concreto, sin conspiración previa? Para nuestro objeto basta saber que la agitación provenía principalmente de los *cordeliers* y dantonistas, y que en los informes y documentos oficiales que sucedieron á la pretendida conjura, una vez dominada momentáneamente, se menciona como foco más visible de ella la reunión ó *peña*, que diríamos ahora, del café Corazza, en el Palais-Royal. Y, en primera línea de los agitadores y energúmenos, bajo el doble concepto de *cordelier* y de asiduo parroquiano de dicho establecimiento, aparece el nombre del español Guzmán al lado de Proly, Desfieux, Chabot, Tallien, Lazouski, Varlet, Fournier el Americano... ¡Curioso grupo el de esos hidrófobos, extranjeros y profesionales de la degollina! Figuran en él, de un lado, los energúmenos de la legión de Anacarsis Cloutz: belgas, polacos, portugueses, italianos, dinamarqueses; de otro, la flor de los *septembrizadores*, los héroes de la Abadía y del Carmen, los carniceros de Versailles, los exterminadores de los presos de Orleans y, en fin, los «hombres de sangre» en la *Commune* del 10 de Agosto. Y, no obstante, con estos hombres se co-dea y mantiene trato continuo el famoso barón de Batz, el especulador ó financiero de la Compañía de Indias, urdidor efectivo de todas las conspiraciones realistas ó cabeza de turco de todas las sos-

pechas y desconfianzas demagógicas. Á Batz le será atribuído muy pronto el maquiavélico plan de acelerar los horrores revolucionarios envileciendo á la Asamblea, corrompiendo por la venalidad á sus miembros principales, lanzando unas contra otras á las facciones y sirviéndose precisamente, para el espionaje ó la provocación, de esos mismos energúmenos que cultiva con su habilidad social y sus larguezas.

Dígalo, si no, el ex capuchino Chabot á quien semejante familiaridad hubo de acarrear la perdición y la ignominia. Por cierto que, á título de sospecha ó hipótesis, me atrevo á intercalar aquí el recuerdo de la última tentativa del Gobierno español para salvar la vida de Luis XVI, cuando iba á decidirse de su suerte. No quedaba en París más agente de España que el cónsul, caballero de Ocáriz, cuyas generosas intervenciones cerca de la Convención en los últimos momentos del proceso son harto conocidas. Desesperando de los medios públicos y de cancillería en favor de su regio pariente, Carlos IV intentó ganar por soborno los votos necesarios á fin de que la condena fuese á lo menos condicional y diferida á un plebiscito. Godoy afirma, en sus *Memorias*, que se dió carta blanca á Ocáriz poniendo á su disposición cuantos fondos necesitase. Valiéndose de un intermediario consiguió entrar en relaciones con algunos de los miembros más podridos de la Asamblea, escuchándole con oído atento el imprescindible Chabot, como debía escuchar poco después la seductora oferta de la Compañía de In-

días, cuando se trató de falsear el decreto de su liquidación. Ocáriz desembolsó grandes sumas; alguno de los comprometidos no quiso arriesgarse después y devolvió lo que recibiera, y todo paró en una estafa de 1.800.000 libras á la buena fe de nuestro agente (1). ¿Pudo andar en ello la mano de Guzmán y servirse el cónsul español de semejante intermediario para acercarse á los *averiados* de la Asamblea que eran, precisamente, los de su intimidad y contacto? ¿No se le acusó de la distribución de dinero en las secciones y barrios populares en el momento de aquel «gran acto de justicia»?

Valga por lo que valiere esta indicación, digamos que la amenaza del 10 de Marzo, una vez disipada de momento, dejó como rastro oficial una serie de medidas y persecuciones policíacas contra sus organizadores presuntos: Fournier el Americano, Varlet, Lazouski, Desfieux y toda la pandilla de Guzmán. La *Commune* no los sostuvo en esta ocasión; los jacobinos vacilaron, y el Tribunal revolucionario estuvo á punto de estrenarse contra los mismos que lo habían impuesto. Bajo las sugerencias del elocuente Vergniaud, creyóse la cámara en presencia de una nueva conjuración de Catilina. El ministro del Interior, Garat, extremó sus medios informativos, evacuó su informe y, con la habilidosa sutileza que constituía su especialidad, fué evaporando y desvaneciendo las sospechas hasta dejarlo todo re-

(1) Muriel, *Historia de Carlos IV*, tomo II, pág. 73.—Véanse también las *Memorias* de Senar, ex secretario de la Seguridad General.

ducido á las proporciones de una efervescencia popular no dirigida por nadie. Lo que pudo descubrir de más preciso fué esa reunión del café Corazza sostenida por diversos dantonistas y miembros de los *cordeliers*, Guzmán, en primer término, muy conocidos por ser los agitadores ordinarios de las secciones y que se congregaban á última hora, después de la sesión, para comentar las novedades políticas (1). Y, á pesar de todo, el café Corazza fué señalado siempre como un foco realista y de contra-revolución, no logrando salvar las apariencias esos convencionales y vociferadores frenéticos que allí se daban cita (2), si es que en algún momento no llegaron á delatarse por su propia violencia y fanatismo.

Y con esto llegamos al 31 de Mayo. La levadura continuó trabajando la masa y sólo faltaban un pretexto que viniese á determinar la nueva explosión. La Municipalidad de París, de un lado, y de otro las secciones, repitieron contra la Convención lo que habían ensayado contra la Monarquía en la víspera del 10 de Agosto. Un nuevo poder: la misma Municipalidad, se levanta para imponerse á la Asamblea y dominarla, trata de corresponder con todos los municipios de la nación y se apodera del manubrio. Y para impulsar y vigilar á su vez á la Municipalidad se constituyen juntas públicas ó clandestinas.

(1) El informe de Garat puede verse en Buchez et Roux, *Histoire parlementaire de la Révolution française*, tomo XXV.

(2) Schmidt, *Tableaux de la Révolution française*, tomo I, página 140.

tinias, se provoca una asamblea general de las secciones, se establece un *Comité central revolucionario*, y el alcalde, Pache, repite contra el «virtuoso Pétion» y sus amigos de la Gironda, las ambigüedades é hipocresías legalistas á que, algunos meses antes, había recurrido el mismo Pétion desde el mismo puesto contra el rey. La trama era conocida: purgar la Convención, apoderarse por buenas ó por malas de los veintidós diputados pérfidamente señalados al furor demagógico como traidores, como cómplices de Dumouriez, como reos de federalismo y moderación, y dar impulso al exterminio legal bajo la amenaza de repetir el 2 de Septiembre más en grande todavía.

De estos manejos estaban diariamente enterados la Convención, el ministro Garat y la famosa Comisión «de los Doce». Los agitadores empezaron por reunirse en el Obispado á título de representantes de las secciones y bajo la dirección é iniciativa de Varlet. Este comité constituido, sancionado y casi en seguida desautorizado por la Municipalidad, no ha de desaparecer por eso. Anda á salto de mata, se reconstituye, trabaja en la sombra y aprovecha todas las coyunturas favorables á su propósito. De él formaban parte principalísima Guzmán y los extranjeros más conocidos en las revueltas parisinas. El día 8 de Abril la sección del Bon-Conseil se lió la manta á la cabeza y planteó descaradamente la lucha. La diputación que mandó á la Asamblea dijo en público lo mismo que á escondidas tramaban los conspiradores del Obispado, los

cordeliers de Danton, los jacobinos puros de Robespierre. Pidió, sin más demora, la acusación de los traidores y los señaló sin ambages por su apellido: Vergniaud, Guadet, Gensonné, Brissot, Roland...

La sección de la Halle-au-blé imita esta conducta, acusa también á los girondinos y requiere á las restantes cuarenta y siete secciones de París para que solidariamente la apoyen. La marea popular sube y se encrespa. Varlet y el club del Obispado arbitran el medio de reunir á los delegados de las secciones en Asamblea general y los convocan en la Alcaldía para tratar del «desarme de los sospechosos», pero no hablan en realidad más que de asaltar é invadir la Convención. La inteligencia queda establecida y, en adelante, todas las noches, esta reunión de los comités seccionarios tendrá efecto en el ex palacio episcopal, á donde concurrirán seiscientos ó más representantes. Los oradores más violentos serán Dufourny, Varlet, Desfieux, Pereyra, el judío portugués, Proly, el hijo natural del ministro prusiano Kaunitz. Los informes de los «observadores del espíritu público» señalan también, en primera línea y como un terrible y divertido botarate, á nuestro Guzmán (1).

Los sucesos se precipitan, y harto conocido es por las historias generales el desenlace de esta lucha. Cuentan los girondinos con la mayoría oscilante de la Convención hasta que el *Marais* se deje atemorizar y decida de su suerte, como decidirá

(1) Arch. Nac., F, 7 Policía general, 4.686.

muy pronto de la de los dantonistas y, un poco más tarde, de la de Robespierre. Pero la fuerza popular y demagógica está contra ellas y viven, en medio de París, cercados por la muchedumbre, aislados de los departamentos protectores, absolutamente solos con su elocuencia y su molesta superioridad de teorizantes. Todo se repite en esta Revolución, con fatigosa monotonía; y cada partido, cada grupo espían sucesivamente las persecuciones de que hicieron objeto al partido ó al grupo que les precedió. La defección de Dumouriez es achacada ahora á los girondinos como lo fué á los constitucionales la defección de Lafayette; y el reto de Isnard, declarando que París será borrado de la lista de las ciudades si atenta contra la inviolabilidad de la Asamblea, reproduce la irritación que poco antes había desatado igual amenaza, proferida por Brunswick en su célebre manifiesto, para el caso de atentarse contra el rey y su familia.

Mientras tanto la Convención perora y acuerda en el vacío, el ministro del Interior procura tranquilizarla con afirmaciones de que nada compromete su libertad, la «Comisión de los doce» prosigue sus tareas defensivas de la inmunidad del Parlamento, y la Gironda en masa, cercada de peligros, vacila entre el abandono, la fuga ó la desesperada resistencia, intentando á su vez reanimar algunas secciones y crearse una fuerza que sirva de dique á la inevitable rebelión. Todo en vano. El comité de los *Seis*—uno de ellos Guzmán—persevera en su labor tenebrosa con mayor obstinación que nunca. El 29

de Mayo se reúne por última vez en el Obispado la Asamblea general de los comisionados de las secciones. Celebran antes su conciliábulo en una salita reservada; cada uno de los seis cobra dos mil quinientas libras, de ignorada procedencia, para gastos de la insurrección y, convenido el plan de combate, aparecen en la sala de sesiones. Entonces se resuelve que, á título de compromisarios, ochenta de los reunidos al decir de unos, ó doscientos según otros, pasen á la sala contigua para elegir un comité ejecutivo de nueve personas que, con poderes absolutos y sin intervención ni apelación, dirijan el movimiento acordado. Estos hombres expeditivos y sin escrúpulos, hechos á los golpes de mano más audaces y siniestros, se llamaban: Dufourny, Desfieux, Varlet, Proly, *Guzmán*, Pereyra, Dobsent, Wendlin y Fournerot.

No sin dificultad ha podido ser reconstituída esta lista, que ningún documento ni referencia ofrece en su integridad. Para completarla ha sido preciso concordar no pocos textos, cartas, memorias y peticiones. Instalado el comité, los seccionarios se retiran y transmiten á sus respectivas secciones la orden de prepararse para el momento preciso. Su primer acto, después de declarar á las secciones en abierta insurrección, consiste en suspender á todos los miembros de la Municipalidad de París y á todos los del Departamento ó provincia; pero obtenida la seguridad de que ni los unos ni los otros han de contrariar el movimiento, los reponen por acuerdo revolucionario confirmando sus poderes de origen legal.

El momento se acerca. Las secciones armadas han recibido la consigna de salir á la calle así que suene el toque de rebato y sea disparado el cañón de alarma, para dirigirse á la Convención, como el 10 de Agosto á las Tullerías. Los girondinos se defienden á la desesperada, con prodigios de retórica en la Asamblea, pero sin apoyo popular alguno en la vía pública, antes bien, con la unánime hostilidad de las multitudes. Llega, por fin, la noche del día 31; las últimas vacilaciones son vencidas y la audacia de nuestro compatriota viene á decidir la jornada, en forma que hace imposible retroceder.

Es Guzmán quien corre á Nuestra Señora de París, quien hace tocar á somatén, quien propaga de iglesia en iglesia la señal de insurrección. Y, por esta hazaña, queda desde entonces señalado con un pintoresco nombre de tragicomedia que, aun en tales momentos, continuará la serie estrafalaria de las interpretaciones españolistas á la francesa. ¿No ha sido el hombre del *tocsin*, no se ha cuidado de que repercutiera el tañido siniestro hasta los últimos confines de la población? Pues se le llamará en adelante *Don Tocsinos* ó *Guzmán-Tocsinos*, como dice en su *Nouveau Paris*, Sebastián Mercier, el famoso costumbrista y convencional, que tanto se complace en tirar de la lengua á nuestro atollado y bullido compatriota. Con el mote de *Don Tocsinos* lo distinguirá la chusma de los arrabales y se verá aclamado en su furiosa sección de las Picas; con el mismo mote será festivamente saludado en los garitos del Palais-Royal, en el café Co-

razza, en el *tripot* de Aucane y la Sainte-Amaranthe, núm. 50, de las arcadas; en las tiendas y porterías de su propia calle, *rue Neuve des Mathurins*.

Popularidad meteórica y de un instante, pues que, á la par de ella, comienza á fraguarse su perdición y los cargos recogidos por la comisión de los Doce en el último momento de la Gironda, servirán muy pronto á los propios triunfadores para diezmarse y perseguirse entre sí. Véanse los rastros documentales de esa lucha, por lo que á nuestro *Tocsinos* se refiere: El día 27 de Mayo, cuando la Convención trata de impedir todavía la revuelta que tan á las claras se anuncia, dicha odiada comisión de los Doce ordena que sean reconocidos y sellados los papeles de Guzmán. A tal efecto se persona en su domicilio Luis Roberto Honorato Lafosse, asesor del Juez de paz de la sección de las Picas, en cumplimiento de la expresada providencia y *le sieur Guzmán* protesta, según el atestado, para ante la Asamblea general permanente de la sección «contra esa medida arbitraria é injuriosa pidiendo que se le declare en estado de arresto por el comité revolucionario de la misma sección, ya que su persona no debe ser menos sospechosa que sus papeles» (1). Dos días después, 29 de Mayo, carta de Guzmán al ministro de la Justicia, rogándole que ordene levantar

(1) Tuetey, *Répertoire général des sources manuscrites de l'histoire de Paris pendant la Révolution française*, tomo VIII, número 4.587.

los sellos puestos sobre los papeles de referencia (1), no constando el resultado de esta petición que sin duda sería desechada por las autoridades legales, próximas á sucumbir á las imposiciones de la violencia. En el momento culminante de la rebelión y mientras ejerce su fugaz dictadura de una noche (31 de Mayo), á Guzmán se dirige el ciudadano Pyroy, presidente del comité revolucionario de la sección de las Picas, pidiéndole por carta que, como individuo del comité de los Nueve, les haga entregar cuando menos una pieza de artillería (2), disponiendo de la fuerza pública y del armamento, como se sabe, la Municipalidad de París.

Todavía la Convención, sitiada y aislada en medio de un mar de picas, fusiles y cañones que se extiende desde la plaza del Carrousel hasta los barrios extremos, se hace la ilusión de vivir su vida deliberante, dicta órdenes irrisorias, interpela al alcalde de París, acuerda la apertura de informaciones y pesquisas acerca de la sublevación que se ha enroscado á su cuello y está á punto de ahogarla. Barére, el hombre de las ponencias difíciles y de las sutilidades evasivas, lee su *rapport*, en la tormentosa sesión definitiva del 2 de Junio, que acabará con la miserable entrega de *los veinte y dos*. En dicho documento toma expresión pública la sospecha de conspiración extranjera, que arrastrará

(1) *Idem id.*, núm. 2.696.

(2) *Idem id.*, núm. 2.723.

muy pronto á los propios dantonistas vencedores, y se acusa nominalmente á nuestro compatriota. «El movimiento que nos amenaza—dice—pertenece de derecho á Londres, á Madrid, á Berlín. Uno de los miembros del comité revolucionario, llamado Guzmán, me era conocido como español. Yo pregunté al alcalde (Pache) cómo un español podía haber obtenido carácter de representación pública en la villa de París. El alcalde ofreció tomar los informes necesarios sobre este punto, y Guzmán no ha vuelto á presentarse en el comité...» Y el día siguiente, aunque ya consumado el sacrificio de los girondinos en forma que uno de ellos comparaba á la *purgación de Pride* durante la Revolución inglesa; cuando por inercia continuaban trabajando las comisiones de la Asamblea y recibiendo denuncias contra sus enemigos—inofensivas en aquel instante, pero que la futura purgación no tardaría en aprovechar,—preséntase una mujer en el comité de Vigilancia y depone contra Guzmán una serie de cargos, murmuraciones y *commerages* de lavadero, pero suficientes á fraguar su perdición.

IV

EL PROCESO Y LA MUERTE

Entre las piezas que figuraron después en el proceso de los dantonistas, la más importante de las que se refieren á Guzmán es, en efecto, la que transcribo á continuación y no ha sido publicada hasta ahora. Dice así, literalmente traducida:

Comité de Seguridad General y de Vigilancia de la Convención Nacional del 3 de Junio de 1793, año II de la República Francesa, una é indivisible.

Se ha presentado al Comité la ciudadana Dionisia Isabel Cavillier, que habita en la calle Nueva de los Mathurins, núm. 43, sección de las Picas (el número de la sección es el 683 ó el 684), la cual declara que el llamado Guzmán, que se ha hecho pasar como español en su sección, dióse á conocer hace cerca de veinte años como un barón alemán, bajo el nombre de *barón de Frey*, que vivía entonces en la calle de la Roquette, arrabal de San Antonio, frente por frente del hotel de Montalembert, en casa del ciudadano Bauze; que después se hospedó en casa de la ciudadana Valson, calle de Baffroy; que hizo objeto de diversas trampas al ciudadano Bauze, lo mismo que á la ciudadana Valsou; de cuya casa se vió obligado á salir; que por la época de esta salida escribió á la ciudadana madre de la declarante para pedirle refugio, tomando en dicha ocasión el nombre de *caballero de Saplinno*; que la madre de la declarante lo alojó, calle de San Bernardo, en casa de la viuda del pintor Chapelle,

en un departamento que amuebló ricamente, le alimentó y proveyó á todas sus necesidades; que entonces se decía *hijo de Clemente Augusto de Baviera, Elector de Colonia*; que era protegido de Sartine y del ex-Arzobispo de París, de Beaumont; que lo fué también por Juigné y por el Nuncio del Papa, lo mismo que por Cristina, Abadesa de Remiremont, y por muchos otros *ci-devant*; que habiendo advertido el padre de la declarante las intrigas de este sujeto, no puso en duda que se trataba de un aventurero muy sospechoso, sobre todo después de las distintas estafas que había cometido; y en su consecuencia, prestó unas veces ante Sartine, otras ante Lenoir y muchos otros comisarios de policía, diferentes declaraciones relacionadas con el asunto.

Por copia conforme,
BRUN, *Secretario greffier* (1).

He aquí, pues, una de las denuncias típicas de los días del Terror, que bastaban y sobraban para perder á un hombre, con todo y su vaguedad, su incongruencia y su falta absoluta de valor jurídico. Sobre esta pieza deleznable se levantarán en su día el aparato de la acusación contra Guzmán, los cargos de Saint-Just, las requisitorias de Fouquier-Tinville. Un odio personal y de vecindad, acaso un despecho amoroso, sostenido con toda la crueldad de las exasperaciones femeninas, es lo suficiente para comprometer una vida, entregándola á la venganza de las facciones. Sólo se necesita que una ciudadana Cavillier cualquiera, vecina del denunciado, habi-

(1) Arch. Nac., W 342, 548, parte 1.ª, núm. 43.

tante en la calle Nueva de los Mathurins, núm. 43 —Guzmán ocupaba el núm. 36 de la misma calle,— se preste á invertir un cuarto de hora en el infecto despacho de la Seguridad general, junto á la mesa de un escriba displicente y distraído, para verter sospechas é insinuaciones malignas. Si de momento no germina la cizaña arrojada al surco, no tardará en brotar y ser aprovechada. El triunfo contra los girondinos es demasiado reciente para que los vencedores peligren. Las causas incoadas contra ellos en los últimos momentos de la lucha se abandonan y sobreesen; y así encontramos dos decretos del mismo Comité de Seguridad general, uno de fecha 4 de Junio, disponiendo todavía, que Guzmán quede preventivamente detenido, y otro del día siguiente, cuando se considera por completo fijada y asegurada la nueva situación, poniéndole en libertad definitiva (1).

Muy poco había de durar, no obstante, esa rehabilitación de nuestro paisano. Unidas momentáneamente las facciones contra el enemigo común, así que falta éste, falta el vínculo que las uniera, y la *fiebre obsidional* ó la desconfianza buscan nuevos objetos y recaen sobre otras cabezas. Acentúase el ascendiente de Robespierre, y el *Incorruptible* empieza á poner la mirada en ese grupo de los extranjeros, de los energúmenos y de los agiotistas, al cual enredará más tarde en el proceso de Danton ó en el de las *chémises rouges*. A los tres meses esca-

(1) Tuetey, *idem*, VIII, núm. 2,916.

sos de la insurrección contra la Gironda, Guzmán es molestado de nuevo; y el Comité de la Seguridad general acuerda (29 de Agosto) «que comparezca en el local ordinario de sus sesiones para que declare sobre hechos importantes» (1). No constan ó, por decir mejor, no he podido averiguar los términos de esa nueva pesquisa; pero dos días más tarde, el 31, decreta el mismo Comité que «el ciudadano Andrés María Guzmán, nacido en España y naturalizado francés desde 1781, sea guardado á vista en su domicilio por un gendarme, como medida de seguridad general» (2). Y esta vez puede considerar perdida para siempre su libertad: el arresto doméstico se convertirá muy pronto en cárcel y de ella ya no ha de salir más que para el Tribunal revolucionario y el patíbulo.

Mientras Guzmán empieza á sufrir las persecuciones que alcanzaron á los amigos de Danton, otro compatriota nuestro, Marchena, soporta las que acompañaron á los girondinos fugitivos, en su peregrinación trágica del Pico de Ambés; mientras Guzmán, conserva como un amuleto y una santa reliquia el autógrafo de Marat, ídolo de sus adoraciones revolucionarias, Marchena canta con el mismo entusiasmo, aunque con menos inspiración y pureza que Chénier, el heroísmo de Carlota. De esta manera, dos españoles, dos andaluces, vienen á tomar parte en la Revolución francesa, figurando en los

(1) Tuetey, ídem. IX, núm. 1.196.

(2) Idem, íd., IX, núm. 1.781.



campos más opuestos y enemigos: simbolizando el uno todos los furros demagógicos de la Montaña, y el otro la tendencia federalista, elocuente y más generosa del bando proscrito. Guzmán, además, con justicia ó sin ella, quedará para siempre incluido en el grupo de los corrompidos ó corruptores, de los averiados y venales que andaban en torno de Danton; y su memoria padecerá envuelta bajo el equívoco de esos ultra-revolucionarios que, por su misma insensatez delirante, parecían instrumentos de la reacción ó agentes provocadores y astutos que, acelerando la anarquía, trabajaran para restaurar el antiguo régimen.

Véase cómo Jorge Avenel, en su libro sobre *Anacharsis Clootz*, vino á resumir en forma esquemática y pintoresca las tradicionales difamaciones que cayeron sobre el grupo dantonista: «¡Ah! ¡Pereyra, »el expendedor de tabaco! ¡He aquí el judío! ¡He »aquí el bayonés, mártir de la Inquisición portu- »sa, libertado por Fígaro-Beaumarchais, el siempre »humano! ¡Cómo deslumbra el gorro frigio que ha »puesto á guisa de muestra, desde el 92, sobre la »fachada de su tienda de la calle de San Dionisio! »A este gorro debe la fortuna...! ¡Cómo anda, segu- »ro de sí y de sus méritos, del brazo de Dubuisson, »el empresario-autor del teatro Louvois! ¡Cómo be- »bía ayer, á chorro, el vino de Desfieux, calle de la »Grange-Batelière, en casa de Custine! ¡Cómo lo »bebe todavía en casa de Guzmán *Tocsinos*, en »casa del abate d'Espagnac ó en el garito de la »Sainte-Amaranthe-Demeurs, en compañía de Dan-

»ton, de Fabre, de Camilo, de Hilarión Chabot, de
»Bebford y de O'Quin, un irlandés que sostiene á
»una de las pequeñas Sainte-Amaranthe, precisa-
»mente la que casó con el hijo de Sartine! ¡Ah! ¡He
»aquí unos regocijados comensales! Todos de na-
»turaleza diplomática. Oidles después de beber,
»pues tu Burdeos no es triste, señorita Desfieux, ni
»sobrias son tus comidas *Dona Guzmán*, descen-
»diente del Campeador... ¡Cien escudos por cabeza!
»puede exclamar orgullosamente el hidalguillo...»

¿Debe tomarse al pie de la letra esa alusión á *Dona Guzmán*, á la esposa ó amiga titular del agi-
tador granadino, que no he visto mencionada en
ningún documento? De todas las referencias, por el
contrario, parece deducirse su condición de célibe.
Pero no obstante lo arbitrario y anovelado de esa
síntesis de Avenel, conforman muchos de sus rasgos
con los que ofrecen otros textos é informaciones
más verídicas. Guzmán fué, efectivamente, amigo y
familiar del barón de Batz, metido como él en asun-
tos financieros, tachado como él y como el abate
Espagnac de agiotista é intrigante. Cítanlo como
«banquero» algunas piezas, sin que se desprenda
claramente si tal carácter se refiere á la alta banca,
propiamente dicha, ó á la participación que otros le
atribuyen en ciertos garitos ó casas de juego del Pa-
lais-Royal. Sus comidas con Danton y con el famo-
so conspirador realista, á cien francos por cabeza,
aparecen con frecuencia mencionadas. Y su mismo
papel en la insurrección del 31 de Mayo no tarda en
inspirar sospechas de complicidad con Batz y en

parecer inspirado en un designio más grave todavía que el de acabar con la Gironda. A este propósito se recuerda que el grito y la consigna fué el de: ¡abajo la Convención! «Así me lo confesó—dice Mercier en su *Nouveau Paris*—el español Guzmán, á quien llamábamos *Tocsinos* por alusión al *tocsin* del 31 de Mayo, que había hecho tocar. Dijome infinidad de veces, á cambio de algunas confidencias mías, que la insurrección de que había sido uno de los factores principales, *estaba dirigida contra la Representación nacional en masa*».

En la noche del 10 germinal, año II (31 de Marzo de 1794), á los diez meses justos de la caída de los girondinos, los comités de Salud pública y de Seguridad general, reunidos en sesión extraordinaria, decretaron la inmediata captura de Danton, Lacroix, Camilo Desmoulins y Philippeaux, todos representantes del pueblo. Los dantonistas, como los secuaces de Hébert, Chaumette y la *Commune*, iban á seguir la misma suerte que habían preparado é infligido á los diputados de la Gironda. El día siguiente, 11 germinal, mediante un informe ó ponencia de Saint-Just en nombre del propio comité de Salud pública, y con la intervención irresistible de Robespierre, la Convención, aterrorizada y hecha ya á diezmarse á sí misma, confirmó aquella medida y acordó que los detenidos comparecieran ante el Tribunal revolucionario como cómplices de Fabre d'Eglantine.

El autor del *Filinto* estaba preso en la cárcel del Luxemburgo desde el 24 nivoso (12 de Enero) ante-

rior; sus papeles habían sido secuestrados, y, previo un informe de Amar, la Convención habíale sometido también al Tribunal revolucionario. El acusador público pidió poco después la apertura de juicio contra él, lo mismo que contra Chabot, Bazire, Jullien, de Tolosa y Delaunay, de Angers, sospechosos de «haber tomado parte en una conspiración urdida contra el pueblo francés y su libertad, tendiendo á difamar y envilecer la representación nacional y á destruir por medio de la corrupción el Gobierno republicano». Por ahí empezaba la famosa *conspiración de Batz ó del extranjero*, que vino á repartirse entre dos grandes hornadas: la de Danton y sus amigos, y la de las *chémises rouges*. A Danton y los suyos fueron incorporados también, á última hora, Héroult de Séchelles, el ex abate d' Espagnac, los banqueros alemanes Frey, cuñados de Chabot; el danés Deisderichen, el general Westermann, Benoit, de Angers y el barón de Batz—estos dos últimos en rebeldía—y, por último, el español Guzmán, que arrestado por algún tiempo en su domicilio y vigilado por un gendarme, como se ha dicho ya, no tardó en ser trasladado á la prisión de Santa Pelagia antes de finalizar el año 93. Allí pudieron encontrarle, reconocerle y compartir su cautiverio, aunque fundado en razones harto opuestas, algunos jefes y oficiales españoles caídos prisioneros en las escaramuzas del sitio de Tolón, y entre los cuales se contaba el joven Negrete, hijo de nuestro ministro de la Guerra, conde de Campoalange.

En la ponencia de Saint-Just, leída en la Conven-

ción el 11 germinal, se contiene ya una referencia á nuestro compatriota: «En aquel tiempo—dice—Danton comía con frecuencia en la calle de la Grange-Bastelière con unos ingleses; *comia con Guzmán, español, tres veces por semana*, y con la infame Sainte-Amaranthe, el hijo de Sartine y Lacroix. Allí es donde se hicieron algunos de los famosos banquetes á cien libras por cabeza» (1). Una vez puesto á disposición del Tribunal revolucionario procedióse á tomar declaración al aventurero granadino, aunque sólo *pro formula* y con el escandaloso cinismo homicida de los agentes de Fouquier-Tinville. He aquí el acta inédita de lo que hubiera tenido que ser indagatoria, con la particularidad de que llenó en la misma las funciones de escribano actuario una mujer, según podrá verse por el contexto:

Hoy, 12 del germinal del año II de la República francesa una é indivisible; ante nos Gabriel Deliege, juez del Tribunal revolucionario, establecido en París por la ley del 10 de Marzo de 1793, sin recurso ante el Tribunal de casación y en virtud de los poderes conferidos á aquel Tribunal por la ley de 5 de Abril del mismo año; asistido de Ana Ducrey, *comisaria-greffier* del mismo, en una de las salas de audiencia del Palacio, y en presencia del acusador público... (suprimido el interrogatorio de otro procesado que precede al de Guzmán y suprimidos también los que siguen) hicimos comparecer á nuestra presencia desde la prisión de Santa Pelagia á otro detenido

(1) *Moniteur*, 1.º de Abril de 1794.

á quien interrogamos acerca de su nombre, edad, profesión, patria y residencia, habiendo dicho llamarse Andrés María Guzmán y ser de edad de cuarenta y un años, naturalizado francés desde 1781, antiguo coronel agregado á la caballería, nacido en Granada, de España, y estar domiciliado en la calle Nueva de los Mathurins, núm. 36.

Preguntado.—Si ha conspirado contra la República.

Contesta.—Que le deja asombrado esta pregunta y que lo ha sacrificado todo en servicio de la República.

P.—Si tiene designado defensor.

C.—Que dispone para este objeto del ciudadano Gatrety.

Leída que le ha sido la presente diligencia, ha dicho que se ratifica en todo lo declarado y firma con nos y el greffier.—*Guzmán.*—*Deliege.*—*Ducrey* (1).

Para reforzar el valor jurídico de esta irrisoria pesquisa, pocas horas después llega á manos del Tribunal que hubo de entender en el proceso—de algún modo hay que llamarlo —la siguiente comunicación, unida á los autos y que debía acompañar la copia, también agregada á los mismos, de las manifestaciones hechas por la ciudadana Cavillier, ya conocidas del lector:

Comité de Vigilancia del Departamento de París, establecido en la calle de la Convención Nacional, número 18, enfrente de San Roque, el 13 germinal de la República Francesa, una é indivisible.

Al Acusador público, cerca del Tribunal revolucionario.

Los miembros del Comité de Vigilancia del Departa-

(1) Arch. Nac., W 242, 648, 3.ª parte, núm. 46.

mento, que lo fueron del Comité central revolucionario, se creen en el deber de informarte de que Guzmán, acusado ante el Tribunal revolucionario y que se había ingerido en dicho Comité central revolucionario de 31 de Mayo, fué expulsado del mismo, y desarmado y arrestado como un intrigante en extremo sospechoso.

Amistad, fraternidad.

Moëfrard, Marchand, Löys.

P. S.—Observarás que su detención tuvo efecto en el instante mismo en que el Comité dió comienzo á sus tareas. (Se repiten las firmas) (1).

La impudencia procesal, característica de los Tribunales del Terror, resplandeció en este asunto de los dantonistas llevada á su mayor extremo. Acusaciones vagas y generales, si se exceptúa la concierne á Chabot; frases abstractas convertidas en materia de penalidad; ningún hecho concreto, ninguna atribución terminante y precisa; incongruencia escandalosa entre los términos de la calificación y los del interrogatorio; igual incongruencia entre el interrogatorio y la prueba admitida que, después, inicuaamente, se suprimió por declararse á última hora ilustrada con exceso la conciencia de los juzgadores... ¿Cómo no había de revolverse enfurecido y tronar con su voz estentórea, desde el banco de los acusados, aquel Danton á quien se debía este mismo Tribunal de iniquidad, cuantas leyes de eliminación y venganza podían invocarse y, en suma, todo el régimen de terror que ahora se volvían con-

(1) *Idem*, W 342, 648, 1.^a parte, núm. 42.

tra él y su grupo? En vano ruge, contestando á las ritualidades del interrogatorio ó á las imputaciones de corrupción y venalidad, que «su domicilio será bien pronto la nada y su nombre quedará en el panteón de la historia», que «los hombres de su temple son impagables» porque en su frente nunca abatida brilla inextinguible «el genio de la Revolución». En vano Camilo recordará sus treinta y tres años, «edad del *sansculote Jesucristo*», y la *vèrve* endiablada de su pluma, nunca quieta contra los tiranos. La voz tonante ó desgarradora de los acusados, que entusiasma al público y, por las ventanas abiertas, llega á la muchedumbre estacionada en los muelles, será apagada bien pronto por las hechuras de Robespierre en el Tribunal que les interrumpen de continuo, deslucen sus efectos oratorios y acaban por retirarles la palabra.

Presidía Herman, presidente nato de todos los procesos espinosos, que ya actuó en el de los gironinos y había dirigido también el de María Antonieta; estaba asistido de los jueces Masson, Denisat, Foucault y Bravet, con los jurados correspondientes. Sirvió de acusación contra el grupo principal el famoso *rapport* de Saint-Just á la Asamblea, y contra los dos grupos restantes la sostuvieron el acusador público Fouquier-Tinville y su sustituto Fleuriot-Lescot. Siguiendo el análisis de Campardon en su clásico é impecable libro *Le Tribunal revolutionnaire* (1), veamos la composición de di-

(1) Tomo I, pág. 262.

chos grupos. Ponencia de Saint Just: Danton, Desmoulins, Lacroix, Philippeaux, Fabre y Hérault de Séchelles; acusación de Fouquier-Tinville, primer grupo: Chabot, Bazire, Delaunay d'Angers y el mismo Fabre; y segundo grupo: D'Espagnac, los hermanos Frey, Deisderichen y Guzmán. Contra Danton y consortes se invocaba sus concusiones con motivo de la misión á Bélgica, su inteligencia con Dumouriez, y, por tanto, su traición contra la República. Chabot y sus compañeros veíanse acusados por la falsedad cometida, mediante cohecho, en el decreto sobre la Compañía de Indias, amañado en provecho de ésta hasta convertir en beneficiosa para sus partícipes una medida que entrañaba la liquidación de la sociedad. Por último, Guzmán, los hermanos Frey, Deisderischen y d'Espagnac, representaban el elemento activo en ese tráfico de conciencias que, según el maligno plan del barón de Batz, tendía á envilecer y encanallar el Gobierno revolucionario: aquellos convencionales se habían dejado sobornar, y estos banqueros y agiotistas habían propuesto el soborno y aprontado el precio.

Las sesiones de la vista correspondieron á los días 13, 14, 15 y 16 germinal, y transcurrieron en la forma accidentada é irregular que ya se indicó. No es de este lugar referirlas de nuevo siendo, como son, tan conocidas entre los lectores de historia revolucionaria. Basta entresacar ahora del escrito de acusación presentado por Fouquier-Tinville, con fecha 9 del mismo mes, la parte referente al proce-

sado español. El párrafo indicado, después de incluir á Guzmán entre los agentes del barón de Batz para la corrupción de los miembros de la Asamblea, dice así:

Guzmán, banquero, hábil en el sistema del agio, conoedor de todas las maniobras y todos los fraudes, intrigaba y traficaba por cuenta de la Asociación (Compañía de Indias) y hacía pasar al extranjero las sumas amasadas por el bandidaje de esos indignos mandatarios del pueblo (Chabot, Fabre...), á fin de que, como no se ocultaban de decir, pudiesen contar con una reserva en caso de la contra-revolución que ellos mismos y por sus propios crímenes preparaban; fué él quien, en el momento en que el pueblo francés ejercía un gran acto de justicia, se dedicó á distribuir dinero entre los conjurados que introdujo en la muchedumbre, para inducirla á cometer crímenes cuya ejecución el pueblo mismo se cuidó de impedir...

Y siguen después, con arreglo á esta pauta, los cargos contra el abate d'Espagnac, los hermanos Frey y Deisderischen. El interrogatorio, durante la audiencia pública, fué conducido de la manera más caprichosa é insolente: pasando de uno á otro inculpado, sin orden ni concierto; suspendiendo la declaración así que ella interesaba al público ó arrancaba manifestaciones de agrado; negándoseles todo medio de prueba y hasta la presentación de testigos admitidos con anterioridad por el propio Tribunal. Á Guzmán le tocó responder el día 15, ó sea en la sesión penúltima. Y para que se vea lo incongruente de las preguntas con relación á los car-

gos y la inaudita ligereza de las inculpaciones, basta traducir literalmente lo que consigna el *Bulletin du Tribunal Revolutionnaire*:

El Presidente á Guzmán.—¿No se entrometió usted, bajo pretextos especiosos, en el Comité central?

Contesta.—El hecho es cierto, pero harto conocidos fueron en su día los motivos que me determinaron á obrar; no puede decirse de ellos otra cosa sino que fueron loables. Toda mi sección atestiguará, en caso necesario, la manera cómo me porté en la jornada del 31 de Mayo y en cuantas ocasiones se vió amenazada la libertad ó de alguna manera comprometida la seguridad pública. Me he visto encargado de repetidas misiones y las desempeñé siempre á satisfacción de los verdaderos patriotas. Nadie puede dirigirme, con fundamento, el más leve reproche.

P.—¿No ha sido usted expulsado del Ejército como persona sospechosa?

C.—No negaré el hecho en sí; pero añadiré que esta expulsión tuvo su origen en ciertas expresiones que me fueron imputadas calumniosamente. Se me acusó de haber dicho que los voluntarios no eran buenas tropas. Bajo esta inculpación fui detenido; di explicaciones, completamente satisfactorias, que fueron apoyadas por toda mi sección, y quedé absuelto.

P.—¿No se ha dedicado usted á distribuir dinero entre el pueblo?

C.—Yo no he podido hacer estas distribuciones entre el pueblo, porque, en la época á que son referidas, estaba encarcelado. Enemigo jurado é irreconciliable de los contra-revolucionarios, todos me han atacado y me han perseguido de continuo. Me vi denunciado por Lebrun, que había hecho imprimir en España un folleto reaccio-

nario y lo repartía; pero, con este motivo, le confundí. Ignoro por qué razón figuro yo en este proceso, sobre todo desde que Barère ha declarado no tener ningún cargo que alegar en contra mía.

P.—¿No vivió usted en la calle de la Roquette? ¿No usó usted el falso nombre de barón de Frey, y no era usted noble de extracción y grande de España de primera clase?

C.—Jamás he tenido mi domicilio en la calle de la Roquette; jamás me he llamado barón de Frey. Mi nacimiento, es verdad, me había colocado entre los primeros grandes de España; mas no por ello dejaba de idolatrar menos la libertad. Sentíame el alma hecha para disfrutar de este don precioso, y fué con la esperanza de gozarlo plenamente que vine á Francia hace años... (1).

Tales fueron las últimas palabras de su vida pública, en las cuales parece volver á la nativa dignidad castellana y purificarse de su antiguo dejo abotaratado y petardista. Habla en este interrogatorio con la estoica serenidad de un noble español que, á las puertas de la muerte, recobra-se el sentido de su raza y la perdida tradición de su estirpe. Guzmán fué condenado á la última pena, como lo fueron todos sus coacusados menos Lullier. Fué condenado, según reza la sentencia, por venir incurso, juntamente con d'Españac, Deisderischen y los hermanos Frey, en esta culpa: «haber sabido apreciar y conocer el grado de perversidad de unos hombres (los convencionales prevaricadores) cubiertos con la máscara del patrio-

(1) *Bulletin du Tribunal Revolutionnaire*, núm. 24, pág. 34.

»tismo; y conociendo también su codicia insaciable, »haberles preparado, en su designio de disolver la »representación nacional por el envilecimiento de »los mandatarios del pueblo, una celada en que ca- »yeron por sus excesivas ansias de depredación.»

No hay más que comparar el acta acusatoria con el interrogatorio y el interrogatorio con la sentencia para advertir la enormidad del fallo y el infame cinismo del Tribunal. Así subió á la carreta y fué conducido á la plaza de la Revolución, mientras Danton vociferaba por el camino é, increpando á Robespierre, le anunciaba que no tardaría en seguirle; mientras el pobre Camilo ofrecía el lastimoso espectáculo de su abatimiento, de su desesperación, de su camisa desgarrada y en jirones. Así entregó su cuello á la guillotina un grande de España, á quien el azar de los tiempos convirtió en demagogo y para quien se apagó la luz de este mundo el 16 germinal (5 de Abril) de 1794. Así transcurrió la breve y alborotada existencia de este personaje *sui generis*: aristócrata de la más elevada alcurnia y tal vez eclesiástico en España; militar en Francia bajo el antiguo régimen; ahora pretendido nieto de Clemente Augusto, Elector de Colonia; después falso barón de Frey, caballero de Saplinno, Guzmán-Tocsinos en el 31 de Mayo, y siempre pintoresco, sospechoso y enigmático, por insuficiencia de información documental, por ligereza y sobriedad de los testimonios históricos.

Todavía después de su muerte esa contradicción, esa fatalidad enigmática le persigue en el rastro que

deja por algún tiempo su memoria, hasta extinguirse. ¿Quién lloró por él? ¿Qué fieles tuvo esta memoria en el campo de la política ó en la región más pura de la intimidad y los afectos familiares? Caliente todavía su sangre sobre el tablado, pocas horas después de la ejecución, el Agente nacional, Payan, habló en la sesión del consejo de la *Commune*, de las eternas conspiraciones contra la República y de la que acababa de reprimirse, y hubo de dedicar un recuerdo á «cierto Guzmán, español, que se había deslizado en una de las secciones de París, en la cual adquirió popularidad y confianza socorriendo á los indigentes». Y Payan, dirigiéndose á esa misma Municipalidad tiránica, en honor de la cual y para la cual el aventurero español lo había comprometido todo y sacrificado todo, añadía: «Esto ha de enseñarnos cuánto debe desconfiarse de los extranjeros, y sobre todo, de los que vienen á mezclarse en nuestros asuntos. No son todavía los aristócratas los más de temer; son aquellos que tratan de provocar falsas medidas. ¡Lejos de nosotros la peste extranjera!» (1).

Y muy poco después, hablando Dumas en la Convención para probar las relaciones de la nueva conspiración descubierta—la de los hebertistas—con esa otra de Danton y sus amigos, exclama, en uno de sus apóstrofes: «Y vosotros, feroces austriacos y *sanguinarios españoles* que no llegasteis á esta tierra de la libertad más que para mancharla de

(1) *Moniteur*, 7 de Abril de 1894.

crímenes; vosotros cuya fortuna, relaciones é inteligencias tan claramente os acusan, ¿no confesáis que enviasteis emisarios á Londres?» Esto decía Dumas el 10 de Abril; sus interpelados no pudieron sincerarse ni contestar á la pregunta por la sencilla razón de que cuatro días antes les habían cortado la cabeza. Retoñan de vez en cuando las referencias fugaces, las menciones rápidas, la alusión directa ó indirecta á nuestro compatriota. Ahora lo cita, de pasada, Sebastián Mercier en su *Nouveau Paris*; ahora el autor de las *Memorias de la prisión de Santa Pelagia*, calificándolo de *scélérat déterminé*. Unas veces su recuerdo flota como el del peor y más carnicero de los «hombres de sangre»; otras como el de un *crupier* ó gancho de los garitos y casas mal reputadas. Para unos significa el último grado del terror ó la fiebre de exterminio; para otros, la traición y la intriga contra-revolucionaria.

Su nombre se va haciendo cada vez más raro en los documentos y en los escritos, y, si reaparece, es para dejarnos sumidos en la misma perplejidad. Un *rapport* de 24 nivoso año VII (1799) sobre las casas de juego de París—que el director Barras unió á sus *Memorias*—hablando de la *maison Egalité*, número 129, esto es, núm. 129 del Palais-Royal, dice que la casa era tenida, en la fecha del informe, por Descarières, el cual *estuvo asociado con el español Guzmán, guillotinado hace años como espía*. Descarières—según el propio documento policíaco—tiene una amiga que ostenta el más escandaloso lujo y cuya indecencia le ha valido un nombre: *la*

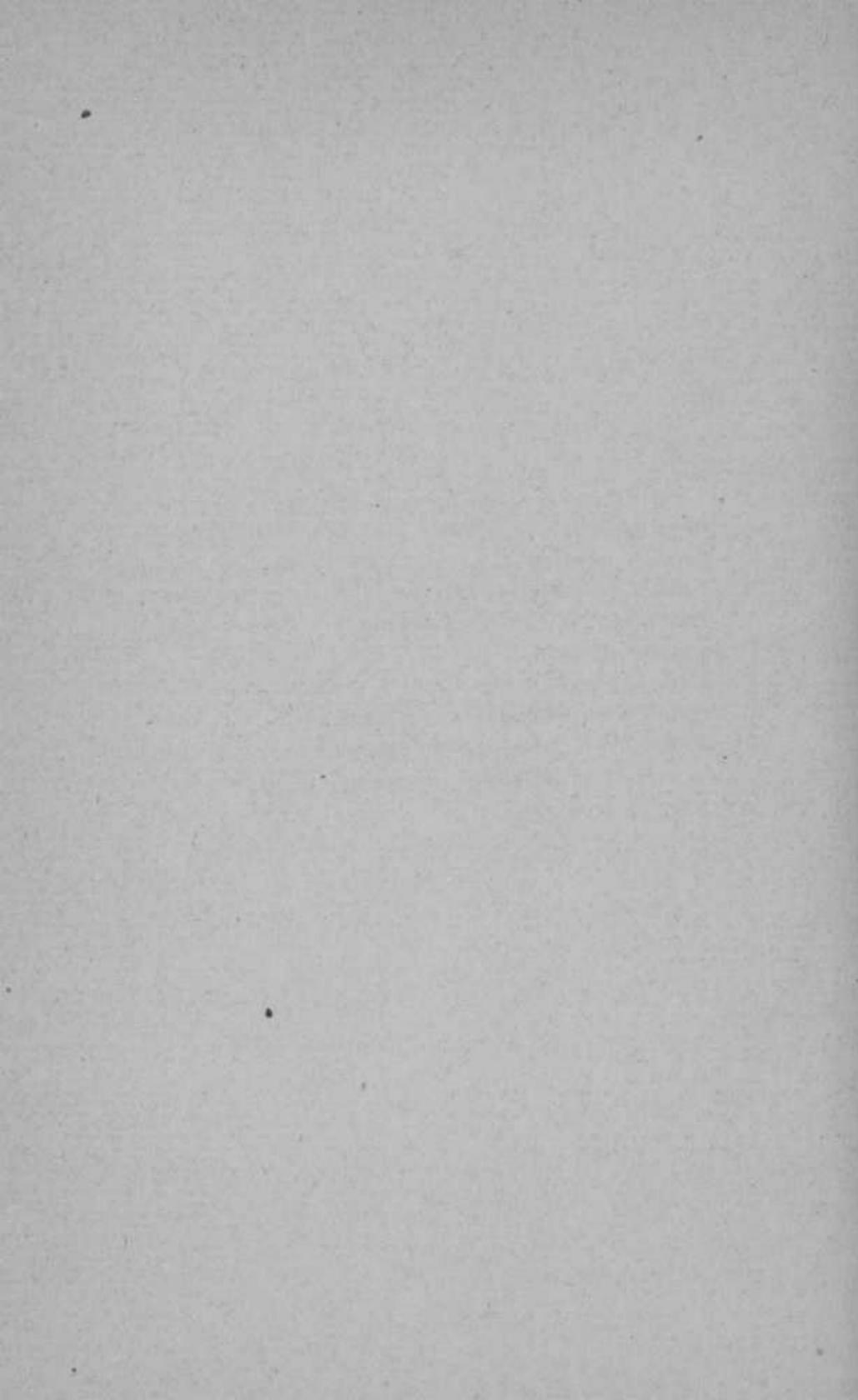
belle Bacchante du Palais-Egalité. Al tratar, bajo otra rúbrica, de las casas de compromiso, menciónase la del número 126 de la calle de Bonne-Nouvelle tenida por una Mme. Tholon y su asociado d'Aoust. Y á este propósito suena todavía el apellido del inquieto andaluz. Mme. Tholon y d'Aoust fueron agentes de los Orleans, después pasaron á serlo de Inglaterra y piden ahora la «radiación» ó exclusión del conde de Senef, en las listas de los emigrados. «Este conde de Senef—añade la nota, como un indicio de sospecha que va perdurando—*fué amigo de Guzmán y del prusiano Cloutz...*»



Errata.

En la página 13, líneas 27 y siguientes, se omitieron algunas palabras. El párrafo que dice: «En la fecha de que hablo, y después de la distinción obtenida en un certamen de la Academia Española (1779) por su canto épico »*Las naves de Cortés destruidas...*», debe leerse de la siguiente manera:

«En la fecha de que hablo, y después de la temprana distinción obtenida en un certamen de la Academia Española (1779) por su canto épico *La toma de Granada*, que su padre antes no consiguiera con *Las naves de Cortés destruidas...*»



INDICE

INDICE

	<u>Páginas</u>
Un viaje á Francia en 1792.....	9
La poesía española y la revolución francesa.....	117
Periodismo de antaño.....	195
Un grande de España terrorista.....	225





M. S. O'NEILL

LOS ESPAÑOLAS
EN LA
REVOLUCION

D-2
13564